

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 31 julio - 7 agosto 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Número 348

SIN NOVEDAD



Las grandes pas-
siones de la posteridad en
el momento del des-
cubrimiento. Bulgari
sostiene una
conversación
elegante en la
presencia de Faure

EL XXXVI CONGRESO EUCARISTICO INTERNACIONAL DE RIO DE JANEIRO

Una completa información de los actos religiosos celebrados
en el Brasil (pág. 9)

Carta del Director a don Arturo Gómez Torregrosa (pá-
gina 7). * Túnez, hoy, por Luis Antonio de Vega, enviado
especial (pág. 13). * Vall de Uxó calza a media España,
por F. Costa Torró, enviado especial (pág. 18). * Chicue-
lo II, por José María Deleyto (pág. 25). * Novedades en el
Museo del Prado (pág. 32). * Portugal en la política de
Palmerston, síntesis del libro de F. P. Almeida (pág. 47). *
Entrevista con Luis Delgado Benavente, por J. L. Castillo
Fuche (pág. 50). * Montilla se viste de luces, por María
Jesús Echevarría, enviado especial (pág. 52). * Europa, año
«0» de la Liberación, por M. Blanco Tobío, enviado es-
pecial (pág. 57).

L A U R A, novela por Antonio Fernández Molina (pág. 40)

EL FRENTÉ DE LA GUERRA
NO HAY PAZ CON RUSIA

QUE SE ESCONDE DETRAS

LA OFENSIVA DE LAS SONRISAS

VEA PAGINA 3



NO EMPAÑE
SU APARIENCIA

Más cerca
uno de otro

Cuanto más en contacto ha de estar —recuerde el baile— más interés debe poner en no decepcionar a quien la distingue. Y el olor de la transpiración puede ser decepcionante

ODO-RO-NO ataca la causa y desvía el sudor. No "enmascara" como hacen muchos productos, de duración efímera. Su acción es prolongada. No hace falta llevarlo en el bolso. Resultaría incómodo y hasta poco elegante.



ATOMIZADOR ODO-RO-NO

Ultima novedad. Se maneja como los pulverizadores.

MUY PRACTICO PARA HOMBRES

y uso rápido y frecuente.

ODO-RO-NO Normal (Rojo)

ODO-RO-NO Instant (Incoloro)

CREMA ODO-RO-NO

ODO-RO-NO

**ELIMINA LAS MOLESTIAS
DEL SUDOR**

Concesionarios: FEDERICO BONET, S. A. - Infantas, 31 - Madrid

SIN NOVEDAD



LA POLITICA INTERNACIONAL Y LAS DAMAS DE EVANSTON

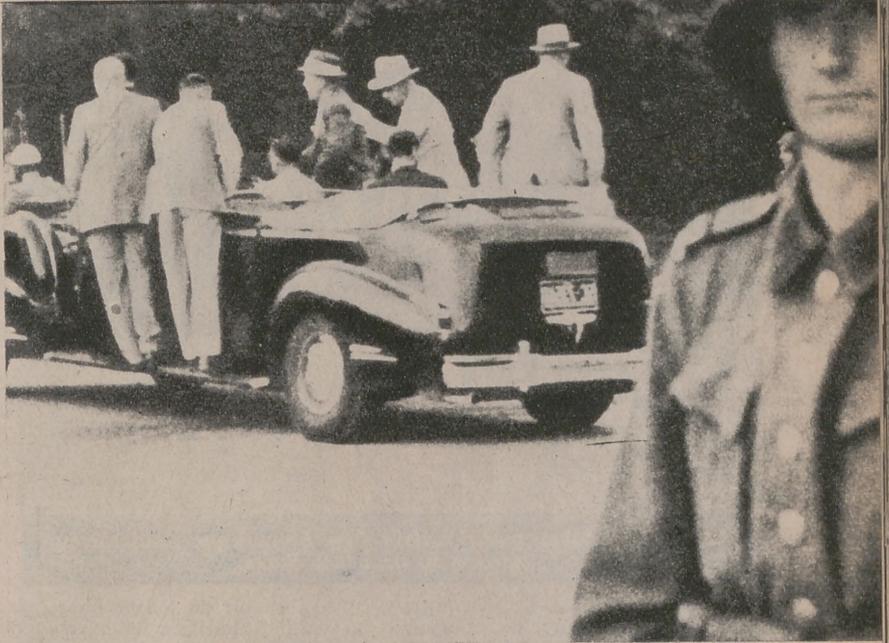
Las damas de la Sociedad de Templanza de Evanston, delicioso lugar de Illinois, dirigieron al Presidente Eisenhower, mientras estaba en Ginebra, un cable inefable en que «rogaban de la manera más insistente para que ninguna bebida alcohólica fuera servida a los «grandes» en el curso de la Conferencia de Ginebra».

Las felices e inocentes señoras de Evanston, que deben tener ideas muy personales sobre las reuniones internacionales, recordarian posiblemente los infortunados y vergonzosos brindis de la Conferencia de Yalta. Por eso, quizá, terminaban con una solicitud especial: «... en particular en el momento en que sean tomadas las decisiones importantes».

Es curioso, sin embargo, que ese telegrama inocente y peregrino, cayera en la trampa de pensar que, efectivamente, existía el peligro de que se tomaran decisiones importantes. Por lo pronto, si algo tiene de revelador, uniremos a la curiosa anécdota de la Sociedad de la Templanza, unas famosas palabras de Dulles.

El 19 de julio, Eisenhower recibió en su villa del lago Lemán a la Delegación soviética. Fué comida de hombres solos, porque si bien «Mamie» Eisenhower acompañó a sus huéspedes hasta el salón, se retiró inmediatamente a sus habitaciones. La explicación, como todo el mundo sabe, es que los rusos viajaban sin sus esposas. Lo cierto fué que, a la hora feliz de los brindis, después de los primeros «toast» de Eisenhower y Bulganin, Molotov se levantó de la mesa para reunirse con Dulles. Con el vaso en la mano le dijo:

—Permitame que me una a usted en el brindis. Hemos tenido muchas diferencias a lo largo de estos años...



EN EL FRENTE DE LA GUERRA FRIA NO HAY PAZ CON RUSIA

LO QUE SE ESCONDE DETRAS DE LA OFENSIVA DE LAS SONRISAS

Si las palabras de la diplomacia están medidas, o deben medirse, las de Foster Dulles, fueron, efectivamente, de las que difícilmente se olvidan. Tranquila y sonrientemente le contestó:

—Esta conferencia tiene la gran ventaja, al menos, de que, si se cometen errores, los reproches se dirigirán contra los jefes de Gobierno y no contra sus ministros de Asuntos Exteriores.

La frase, irónica, tenía su profundo sentido.

EN LAS MALETAS DE LOS VIAJEROS, LA VIEJA PALOMA DE LA PAZ

Una vez más la diplomacia occidental ha ido detrás del «New Look» soviético. Son éstos, con sus sucesivos golpes de teatro, de los que se pueden destacar la visita a Belgrado y la asombrosa y pintoresca visita a las Embajadas de los Estados Unidos y Francia en Moscú, los que han creado un estado de opinión evidentemente propicio a la terminación de la guerra fría.

La reacción occidental (caso de



Arriba izquierda: Eisenhower visita el reactor atómico en Ginebra.— Arriba derecha: El automóvil del Presidente Eisenhower fuertemente escoltado por su guardia personal.—Abajo: Foster Dulles, Mac Millan y Pinay cambian impresiones sobre la Conferencia



Bulgánin y Zúkov pasan revista a las fuerzas que rindieron honores a su llegada a Suiza

existir) ha sido la de prepararse para discurrir por ese nuevo círculo vicioso. Las tentativas y los proyectos estratégicos realizados en Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, pasaremos a examinarlos rápidamente. Por lo pronto, hay que decir que cada uno de los «tres occidentales» llevaba en sus maletas, camino de Ginebra, un proyecto de paloma de la paz.

Todos ellos coincidían en una cosa: Alemania es el centro y la clave de todo lo demás. Para solucionar el dilema se presenta el plan Eden.

EL PLAN EDEN Y EL VIAJE DE ADENAUER A MOSCÚ EL 10 DE SEPTIEMBRE

El más grave fracaso occidental estriba precisamente en haber dejado al canciller Adenauer en su próximo viaje a Moscú. Si se atendiera, por encima de la hojarasca del pacifismo soviético, al pulso auténtico de ese pueblo se vería que el sentimiento de la reunificación es cada día más fuerte.

Ahora bien, el plan Eden imponía unas elecciones bajo control internacional con derecho, para Alemania, de escoger, posteriormente, sus aliados.

La posición de Rusia había sido ya definida, sin embargo, en San Francisco: ni la Alemania occidental, ni la Alemania oriental. Es decir, ni Adenauer ni la República comunista del Este. ¿Qué situación cabía? Seguir con la división de Alemania. Tal es la respuesta que se da, al menos, Edgar Faure, jefe del Gobierno francés. El dice: «Invocando argumentos de seguridad la Unión Soviética ha refutado la tesis de las tres potencias. Igualmente, por consideraciones de seguridad, los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, han rechazado una contraproposición rusa. La división presente de Alemania garantiza por sí misma la seguridad de todos.»

Pero así se ha dejado a Rusia la ocasión y la esperanza de terminar, efectivamente, con Adenauer. Puede reducirle, primero, por la edad de este hombre de ochenta años, y después, por la presión de todo un pueblo que sueña y quiere, al cabo de diez años, con la unidad. Adenauer sabe que realizar la unidad de acuerdo con Rusia será tanto como quedar en la situación de Austria o pagar todavía un precio mucho más caro. Es el único que resiste, heroicamente, ese terrible dilema.

Así, en medio de la general euforia porque Kruschev, Bulgánin y Molotov hayan sonreído con evidente profusión a la Conferencia, se les ha dejado en las manos la carta más importante: Alemania. Carta que, inexorablemente, jugarán. La edad de Adenauer es una baza que pueden permitirse tener en reserva.

Es decir, hasta hace unos meses, la política soviética consistía, como todo el mundo sabe, en el «niet». Es decir, en el «no» y en el veto. Ahora, con la de la sonrisa, están adquiriendo las mismas cosas. Nada ha cambiado.

EDGAR FAURE, DE CARA A LAS ELECCIONES DE 1956

Muchas de las incongruencias de la Conferencia de Ginebra

La llegada del Canciller Adenauer a Ginebra

han estado sostenidas, por hilos invisibles, por un hecho importantísimo y decisivo: las elecciones de 1956.

En 1956 habrá elecciones generales en Francia, y en Norteamérica, los partidos demócrata y republicano presentarán sus candidatos a la Presidencia. Es así que Ginebra por encima de muchas razones ha estado conscientemente utilizada como plataforma electoral: la paz, aunque no exista, es siempre fiel aliada. No digamos en el caso de Francia, donde los millones de votos comunistas, de acuerdo con las consignas de apaciguamiento, pueden recibir órdenes concretas de colaborar con los equipos ministeriales.

Porque, ¿por qué no?, hay que pensar que siguiendo el orden de la escala superior, la colaboración y la sonrisa de Kruschev, Bulgánin y Zúkov, pueden dar motivo a una colaboración burguesa de todos los partidos comunistas nacionales. Y ello, naturalmente, en un mundo «ablandado» previamente.

El plan de Edgar Faure, en sus líneas generales, pedía la creación de una organización internacional que dispondría de los recursos dedicados a la seguridad. Estos medios serían administrados de forma que fueran aplicados a obras de asistencia de los países poco desarrollados o de las poblaciones indigentes.

Visto así, a vuelo de pájaro, se piensa y se calcula el evidente y sorprendente asalto a la buena fe del mundo. ¿En qué medida cabe engañar a los pueblos con la ilusión de un desarme universal y dedicar éste a obras de caridad cuando naciones enteras, poblaciones de rango histórico, de civilización milenaria están sometidas con la bayoneta?

Seguir este juego es uno de los fraudes más fabulosos que cabe hacerse. Porque, verdaderamente, hay que hacer todos los esfuerzos posibles por la paz, pero sin que la paz se convierta, por sí misma, en un arma para un enemigo que no da prueba alguna de estar dispuesto a realizar un cambio auténtico. Los puntos de la discrepancia entre Oriente y Occidente han sido señalados bien claramente por Eisenhower. ¿Cuáles son?

LOS OCHO PUNTOS DE EISENHOWER Y UNA RESPUESTA DE BULGANIN

Según Eisenhower ocho son los puntos decisivos para resolver pacíficamente los problemas pendientes:

1. La reunificación de Alemania.
2. Creación de un sistema de seguridad entre el Este y el Oeste en el cuadro del cual Alemania será libre de elegir entre sus aliados.
3. Los satélites.
4. El «telón de acero».
5. El comunismo internacional. «Esta cuestión—dice—entorpece desde hace treinta y ocho años las relaciones internacionales.
6. Desarme.
7. La utilización pacífica de la energía atómica.
8. Un «standard» de vida



más elevado para las naciones poco desarrolladas.

En los casos más importantes de los ocho puntos, comunismo internacional, es decir, partidos políticos nacionales al servicio de Rusia, se ha encontrado la oposición más decidida a cualquier cambio.

En el caso de los satélites o pueblos ocupados, Bulganin ha contestado con las siguientes palabras: «Se ha presentado la cuestión de los países de Europa occidental, es decir, los países de la democracia popular. Discutiendo esta cuestión en la Conferencia de Ginebra, intervendríamos en los asuntos internos de esos Estados, cuando es universalmente conocido que el régimen democrático-popular ha sido establecido en esos países por sus propios pueblos a través de una voluntad popular libremente expresada. Nadie nos autoriza a discutir esas cuestiones en esta Conferencia.»

Esas son, taquígraficamente, sus palabras a la hora de hablar de países como Rumania, Bulgaria o Polonia. ¿Puede decirse algo que no sea más cínico y duro en una Conferencia internacional?

LA PRESENCIA DEL MARISCAL ZUKOV EN EL CORTEJO RUSO

El primer día de la Conferencia todo el mundo estuvo pendiente del encuentro de los generales Eisenhower y Zukov. Inmediatamente después de estrechar las manos de Bulganin y Krustchev, Eisenhower, se dirigió hacia Zukov, y ambos generales parecieron estar encantados de verse.

Esta extraña llegada a Ginebra de Zukov no deja de tener su dimensión cuando se examinan algunas de las batallas psicológicas desarrolladas en la Conferencia. Es evidente que en casos determinados, Eisenhower se ha dirigido concretamente a «su hermano de armas», con un deseo enorme y sincero por ganarse su confianza.

¿Esperaban estas reacciones los rusos? Evidentemente, sí. La presencia de Zukov en Génova supone un considerable y atento examen ruso de la situación. Tanto Bulganin como Krustchev o Molotov difícilmente podrían romper el hielo del departamento de Estado que ha acudido, con Foster Dulles a la cabeza, evidentemente mal dispuesto. Un solo hombre estaba en disposición de hacer ese raro prodigio: Zukov.

Esto es tan claro que un hecho incidental lo puso de relieve: la llegada de Stassen a Génova como consejero en el asunto del desarme demostró en qué medida los militares norteamericanos apoyaban al Departamento de Estado en su desconfianza. La medida inmediata fue, aunque leve y difusa, una concreta oposición a Stassen.

Los rusos (Molotov acababa de llegar de San Francisco y sabía perfectamente cómo iban las cosas) conocen por experiencia (Roosevelt en Yalta) el grado de fuerza y asentimiento popular que existe detrás de un Presidente norteamericano. Mas cuando se trata de Eisenhower, una de



El Presidente Eisenhower, sorprendido en el momento de comprar muñecas para sus nietas

las personalidades políticas y humanas más importantes que ha tenido la nación. Pues bien, Zukov ha cumplido en Ginebra un plan estratégico: la conquista, a su vez, de Eisenhower.

Claro está que se puede decir que Zukov ha llegado a Ginebra por derecho propio. Es decir, por ocupar un puesto casi decisivo en la vida soviética. Para contestar a esa vieja idea de Zukov a la cabeza del Estado soviético nada mejor que detenerse en uno de los últimos sucesos del régimen ruso.

El organismo superior de la vida política y estatal de Rusia es como todo el mundo sabe, el Presidium del Comité Central del partido comunista. Aunque Zukov es un viejo militante comunista, hasta el año pasado no fue incluido en la lista de los 125 nombres que componen el Comité Central. En cuanto al Presidium, pocos días antes de comenzar la Conferencia de Génova, dos nuevas personalidades fueron elegidas: Suslov y Chepilov, ambos comunistas profesionales que han hecho toda su carrera desde el partido. Zukov, que estaba en vis-

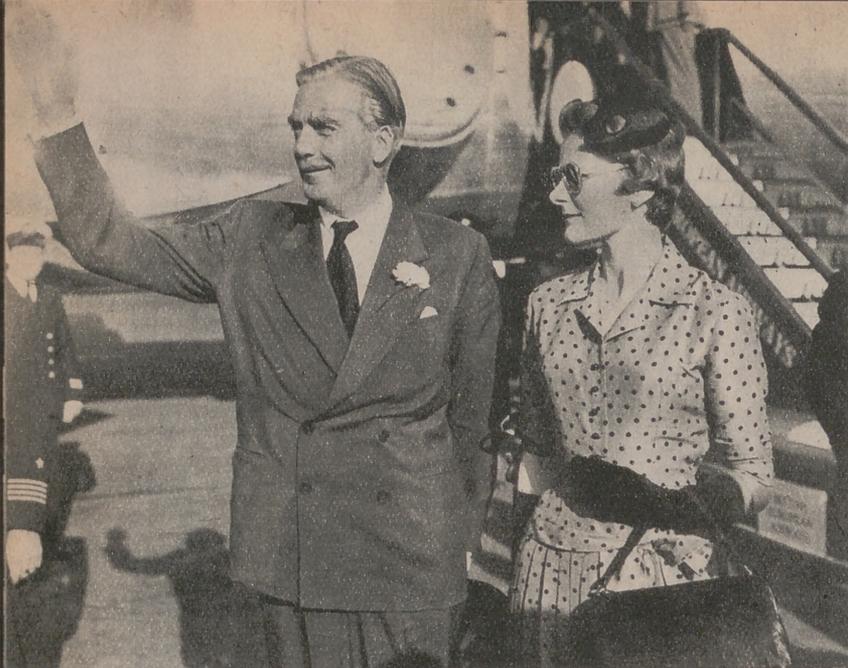
peras de partir al extranjero, fue completamente olvidado para esos cargos. La alta dirección del partido le ha sido vedada, hasta el momento presente, en su totalidad.

LAS DOS BOMBAS DE GINEBRA

En la rapidez de los días, dos han sido las ocasiones en la vida de Ginebra, capaces de despertar verdadera emoción. Las dos, ciertamente, han corrido a cargo de Eisenhower que ha jugado



Un operador cinematográfico obtiene un primer plano de uno de los soldados suizos encargados de la vigilancia



Sir Anthony Eden regresa feliz a Londres en compañía de su esposa

con sincero apasionamiento y generosa disposición política, una carta personal imprevista. De acuerdo con la tradición política americana de tratar directamente, de entenderse con el puro y colosal caudal humano (que tan pésimos resultados le dió a Roosevelt con Stalin), Eisenhower lanzó en Génova una verdadera llamada patética a Zukov diciéndole: «Escuchadme atentamente. Me conocéis hace largo tiempo. Sabéis que yo soy un soldado y que no he dicho nunca nada contra la verdad. Cuando se me ha encargado de dirigir la Organización Atlántica yo he aceptado con la convicción de que se trataba de una organización que no tenía ningún carácter agresivo. Yo os puedo asegurar solemnemente hoy que el Gobierno de los Estados Unidos tiene la voluntad más expresa de resolver todos los problemas por la negociación.»

El carácter personal, el énfasis dramático de la declaración que realizaba Eisenhower mirando fi-

jamente a Zukov, sobrecogió a las Delegaciones.

No contento con eso, la segunda bomba Eisenhower ofreció a los rusos una proposición sensacional. Era en la reunión sobre el desarme. «La primera medida para resolverlo sería proporcionándonos recíprocamente una lista completa de nuestras instalaciones militares. La segunda medida sería autorizar en un país y en el otro a tomar fotografías. Nosotros permitiríamos que se realizaran en nuestro país vuelos aéreos de reconocimiento, que tendrían autorización para tomar las fotografías que desearía. Rusia nos daría el mismo permiso...»

LO QUE EXIGIRIA TAL OPERACION

Según un estudio publicado por una revista americana, para que el reconocimiento aéreo fuera efectivo, los aviones deberían volar una vez al mes por los territorios sometidos a su control. Tal operación exigiría de 6 000 a 8 000 aviones y un personal de pilotos y fotógrafos, comprendido el personal, de dos millones de hom-

bres. Pero un control absoluto de los armamentos nucleares es técnicamente imposible. Una bomba capaz de destruir una ciudad podría ser guardada en un gran sótano (Eisenhower), y si la producción de armas nucleares se detuviese, efectivamente, en los Estados Unidos y Rusia, estos dos países disponen ya de «stocks» suficientes e incontrolables. Por otra parte, un reactor atómico industrial, utilizado para fines pacíficos, puede fácilmente transformarse para ser utilizado en empresas militares.

Esto es suficientemente sencillo y claro como para demostrar que la paz no puede establecerse, exclusivamente, aunque pueda ser un objetivo entrañable, con sólo buenas intenciones. En las circunstancias actuales del mundo, a pesar del armisticio en la «guerra fría», no se desarmará nadie. Este hecho realista y concreto no escapa, pese a toda su dolorosa e íntima tragedia, a nadie.

LOS PRIMEROS OBJETIVOS DE RUSIA SE HAN CUMPLIDO

Aparentemente, Ginebra no ha sido nada más que la exposición general por los jefes de Gobierno de las ideas de sus respectivos países. Nada se ha conseguido en el terreno de los hechos prácticos, porque los ministros de Asuntos Exteriores siguen atando cabos a la madeja. Pero todo ello es superficial. El único país que ya ha conseguido sus primeros objetivos es Rusia. Y la cosa está clara.

Por lo pronto, Rusia ha hecho correr un río de propaganda en torno y alrededor de su «nueva política». Ha detenido toda conversación sobre asuntos enojosos, en Alemania, comunismo internacional y países ocupados y se sitúa en una posición espléndida como poder moderador en la próxima Conferencia sobre Asia. Es decir, China y estrecho de Formosa.

A Molotov, cuando se le ha hablado en Ginebra de Asia, ha respondido: «De allí no vendrá la guerra.» Y tiene razón; la guerra que hacen los comunistas en Indochina, en Corea o en China, no es guerra. Las guerras, como ya ha quedado sobradamente demostrado, las producen y las realizan sólo los pueblos occidentales.

Así, prácticamente, se ha levantado la cuarentena a Rusia, y precisamente, en estos momentos de «entente cordiale», el «primer» comunista indochino, Ho Chi Min, ha visitado Moscú, donde, además del recibimiento triunfal, recibió 400 millones de rublos.

De una forma u otra, con la complicitad de algún pueblo occidental que juega la carta anti-alemana con una inconsciencia fabulosa, veremos a los comunistas, con su juego de paz y de sonrisas, conducir al mundo a un nuevo callejón sin salida. En el caso reciente de Ginebra, todo sirve para demostrar, de una forma efectiva, clara y terminante, la ceguera del mundo.

Enrique RUIZ-GARCIA



Un momento de la recepción que ofreció Bulganin a la Delegación francesa, presidida por monsieur Edgar Faure

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON ARTURO GOMEZ
TORREGROSA

POSE a los tres obstáculos superados porque el número de su ciudad es aguantar doce meses sin llover, cuando la única agua potable vierte desde los canalones de las techumbres hasta los aljibes, esta imperecedera y vitalísima Torrevieja podrá celebrar en agosto su Primer Certamen Nacional de Habaneras. El éxito de usted, Alcalde de los torrevejenses, tanto como el éxito de la Comisión oficial de fiestas, es el éxito de su pueblo, que no se resigna a languidecer y a extinguirse entre la sequía y la mecanización del embarque de la sal en los barcos que la conducen desde el Japón a Groenlandia. Propagandísticamente Torrevieja tiene un nombre pésimo, un nombre repelente, ya que en la vida se ha desvalorizado la vejez con la obsesiva dilatación de la juventud en la persona humana. Se quiere ser longevos, acaso inmortales; pero hay una repugnancia y un pánico a ser viejos. Una cosa vieja no desprende el aroma mítico de una cosa antigua, aunque también la antigüedad se va quedando reducida, monopolizada sólo por los arqueólogos. Ruinas y excavaciones presentan su hechizo en las edades románticas y en las edades neoclásicas; pero nuestra edad es superromántica, a pesar de que se envuelve por la potencia de las armas nucleares en un peplo de pacifismo clásico. Al pronunciar la palabra Torrevieja evocamos un torreón derruido, un lugar polvoriento y cochambroso; esto es, lo que no es; puesto que Torrevieja, reconstruida después de un terremoto en el tiempo de Fernando VII, es una ciudad reciente, como si la hubiese terminado de edificar la Dirección General de Regiones Devastadas. La armonía urbanística y espaciosidad de sus calles, sus perspectivas abiertas hacia el mar, la longitud de su perímetro urbano, la convierten en algo sedante, apetecible, hospitalario, acogedor, en lo más opuesto a lo que representa su fonema equivocado, ya que debería llamarse Torrenueva o Torre de la Sal.

No obstante este obstáculo, su originalidad irradió su convocatoria por el mundo, y ante su llamada acudieron todos: sus aborígenes de dentro y de fuera, los forasteros y los extraños. No hay casa de la ciudad que no se llene durante el mes de agosto con hijos pródigos con nietos y hasta con bisnietos pródigos. El torrevejense de la diáspora vuelve a la cuna, por no decir al redil, y retorna embelesado. El entusiasmo que se amasó entre el coro de Vallejo y el coro de Hódar, donde se han mezclado la filarmónica con las lágrimas, se ha desbordado a través de los límites tiernos del término municipal, y rebosa más allá de la población y sus contornos, las provincias de España y las naciones del extranjero. Para venir a Torrevieja, y no por el sendero innumerable de la mar, había que sobrepasar el segundo obstáculo, el de las vías de comunicación, el de las carreteras. Cuando Hitler se sentía más Führer se sentía así, porque había ordenado la construcción de la red de autoestradas. Era la auténtica reunificación del Reich, de Alemania, que traducida a lo español significará la meta final de nuestra unidad, cuando los regionalismos, los cantonalismos, los cableñismos desaparezcán delante de unos caminos anchos y transitables. Mientras se realiza el plan de ensanchamiento y modernización de nuestras carreteras, que en ciertas fases actuales es lo más antipropagandístico para el turismo de España, hay que tener paciencia y romper ballestas, aunque de ambas sustancias hay repuesto. Usted me escribía: «Don Juan, que nos arreglen un poquito las carreteras, que nos remienden los accesos, que nos

tapen los baches, siquiera unas semanas». Yo he trasladado estas peticiones a las autoridades provinciales y del Estado, y no he llegado hasta Roma, porque en su simbolismo etimológico el Sumo Pontífice cuida de los puentes o es el sublime viaducto entre lo natural y lo sobrenatural, el arco entre lo temporal y lo eterno. Son los contratistas los que convierten los créditos presupuestarios en asfalto y en grava. Más o menos.

Carreterita estratégica de Alicante a Cartagena, pasando por Torrevieja, en los puros huesos, pelada y mondada, triturada por los carros agrícolas de Guardamar, por las tartanas, por los camiones. Carretera de Murcia a Alicante, que me sonrojé cuando la vi reproducida como ilustración de un reportaje tendencioso publicado en una revista italiana. Esta carretera se unge de delicia familiar al bordear Orihuela, que sale a su encuentro tan campechanamente, que se la reparten para su asueto en las tardes invernales, en la parte de abajo, los frailes de la Orden franciscana, en tanto que pasean en la parte de arriba los barbudos capuchinos. La carretera de Orihuela a Torrevieja por Bigastro es un atentado contra el orden, un desbordamiento de la huerta, que aun se porta peor en el trayecto de Torrevieja a Novelda, pues allí no hay sino fango acumulado en el invierno y cataratas de polvo en las otras estaciones. A pesar de este panorama viario, ya ha empezado la movilización hacia su ciudad, que se está hinchando de alegría y de gente, cual una sandía muy grande. El último obstáculo era ultramarino y de difícilísima superación, porque el ritmo de la habanera no es el ritmo en 1955 de La Habana, que se mueve y prospera al compás de otras melodías más frenéticas. Señor Alcalde de Torrevieja, usted no ha recibido respuesta del Alcalde de La Habana cuando lo ha invitado a su Primer Certamen Nacional y a la Exposición en homenaje de La Habana, de La Habana española y de La Habana del Presidente Batista. Los recuerdos de La Habana en Torrevieja son copiosos y sentimentalmente intensos, como su amor por Cuba, de la que en algún aspecto parece un reflejo. Según la popular habanera de Ricardo La Fuente, Torrevieja es un espejo donde Cuba se mira... El tercer obstáculo superado es esta distancia.

¿Qué ocurre en el Mediterráneo para conmemorar en las playas de Lloret el centenario de «Marina», ópera lírica y decimónica de Arrieta y Camprodon, para que Torrevieja se apreste a resucitar las habaneras, que después de invadir los escenarios y los hogares, de estremecerse en la «Carmen», de Bizet, y en todas las zarzuelas españolas, habían desaparecido de las costumbres junto a la hamaca y la mecedora? ¿Qué sucede en Madrid para reponer con un triunfo clamoroso en La Cerrala «La verbena de la Paloma», donde también retozan las habaneras? Son interrogaciones que no contesta la lógica, sino tal vez la corazonada. El Mediterráneo es un mar demasiado antiguo para desdeñar la música, porque el mundo está hecho según música y según música humana, según el latido del corazón del hombre. Tal vez el hombre, en su perpetuo vaivén, pretende tomar otra postura que facilita ese género de música a que pertenecen desde «Marina» hasta las habaneras. Son los misterios del corazón humano, como se escribía en las novelas del siglo XIX, el siglo de los folletines y de las famosas novelas. Si alguien no está conforme con esta confusa explicación que vaya a Torrevieja, donde quizá no se le aclarará nada, pero saldrá rendido por la liberalidad y la gentileza de ustedes. Mi enhorabuena.

JUSTICIA SOCIAL Y CARIDAD CRISTIANA

«**Q**UE cada miembro se ocupe solícito por el bien de los demás tanto o más que por el propio» He aquí unas palabras del reciente mensaje con que Su Santidad se ha dirigido al Congreso Eucarístico Internacional celebrado estos días en Rio de Janeiro.

Este anhelo de la perfecta caridad cristiana, este desvelo por el cumplimiento de una mayor justicia social lo fundamenta el Papa en su mensaje en un argumento raras veces esgrimido para defender la caridad o la justicia. Un argumento que para nosotros los católicos tiene necesidad de ser el primero, el de fuerza mayor, el que nos empuje a llevar la caridad allí donde no pudiera llegar la justicia. Es el argumento de la unidad como prerrogativa esencial y exclusiva de la Iglesia, del catolicismo. Porque somos uno, porque el misterio de la unidad universal de la Iglesia «tiende a unirnos en una sola familia, en un cuerpo único» venimos obligados por derecho a sentir viva en nosotros esta preocupación cristiana y evangélica de buscar solícitos «el bien de los demás tanto o más que el bien propio».

La justicia social esgrimida como arma defensiva, más que defender los derechos de los demás, parece como si se exhibiera como escudo de nuestros propios intereses. Habría que denunciar los presupuestos en que con harta frecuencia suelen basar a la justicia social muchos de sus retóricos.

Sólo la justicia social adquiere y consigue su perfecto sentido humano cuando se proclama como coronamiento de otras exigencias elementales de la justicia, pero nunca si con ella se olvidan otros vínculos. El dar a cada uno lo suyo socialmente, ¿no está suponiendo de al-

guna forma que antes se le había arrebatado?

Probablemente ninguna otra doctrina social se puede presentar con unas exigencias tan exacerbadas de «justicia social» como el comunismo. Y precisamente por donde falla esta pretensión de justicia de la doctrina comunista es radicalmente por la ausencia absoluta del concepto cristiano de caridad. La caridad es la que convierte la justicia en equidad liberándola de la suprema injusticia. Una justicia en la que no se adivine la caridad como vínculo humano carece de sentido. Y el ejercicio de la caridad mientras se ejerce la justicia es un deber de justicia no precisamente de misericordia.

Este viene a ser el verdadero sentido de la doctrina pontificia de la justicia social. El hombre no adquiere conciencia social por la sola administración de la justicia, sino por el reconocimiento que se le otorgue como hombre de alma y cuerpo, por el acatamiento y respeto que se tribute a la dignidad de la persona humana. Por esto es falsa toda pretensión de justicia social en los sistemas políticos que preconizan como ideal de una política o de un sistema el absurdo colectivismo absoluto, donde la persona desaparece, se esfuma en aras de una ilusoria y ridícula «personalidad social».

Cuando el Papa habla de anteponer el bien de los demás al bien propio, es claro que está aludiendo al precepto de caridad cristiana, de caridad evangélica, que, trasplantada a la realidad social, ha de entenderse como apoyo y cimiento o quizá coronación de la verdadera y auténtica justicia.

No habría que olvidar que muchas veces, más que de justicia social, de lo que la sociedad está necesitada es de honestidad social en sus dimensiones económicas. Los regímenes políticos o los sistemas sociales de otros países donde aun menudean los vestigios del liberalismo donde todavía se pretende convencer, argumentar y engañar con el equivoco de la libertad y las libertades, suelen a veces sorprendernos con revelaciones, donde en apariencias, a título de lujo o de tópico, la «justicia social» viene a quedar como meta de modernas reformas sociales. Pensar que con dosis de esa «justicia social» se aliviará el desconsuelo humano o que con ella se equilibrará el forcejeo de los débiles, supone la reducción económica de todos los problemas humanos. Cualquier solución social que desconozca el sentido humano de la sociedad, el sentido cristiano de la vida, subvierte al hombre para desposeerlo de toda su auténtica categoría individual y social.

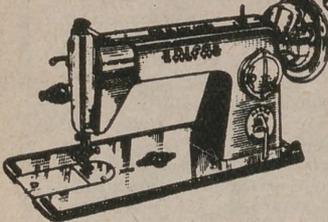
Con claridad deslumbradora lo ha expresado nuestro Caudillo al referirse a las reformas y avances sociales llevados a cabo en España a lo largo de nuestra era de paz: «Se impone una valiente política de justicia social, que si no se hace con un sentido cristiano, vendrá fatalmente con un signo materialista. Quienes se oponen a ella adoptan una actitud que no sólo es censurable por egoísta, sino por suicida.»

Más de cuatrocientos delegados de organismos católicos internacionales se han reunido en la capital brasileña, durante los días del Congreso Eucarístico, en una Conferencia donde se han abordado los problemas sociales más acuciantes que agobian y pesan sobremanera en el mundo de nuestro tiempo. Una ocasión más para decir que nadie como la Iglesia ha sentido, de siempre y con más viva inquietud, la necesidad apremiante de hallar caminos y buscar soluciones a la problemática social de todas las épocas.

La doctrina social de la Iglesia se ha manifestado de nuevo para hablar de «un nivel de vida que esté en todas partes en armonía con la dignidad humana», de «un orden social en que todos los hombres puedan vivir de acuerdo con los preceptos cristianos».



CENTRAL PUBLICIDAD



ALFA

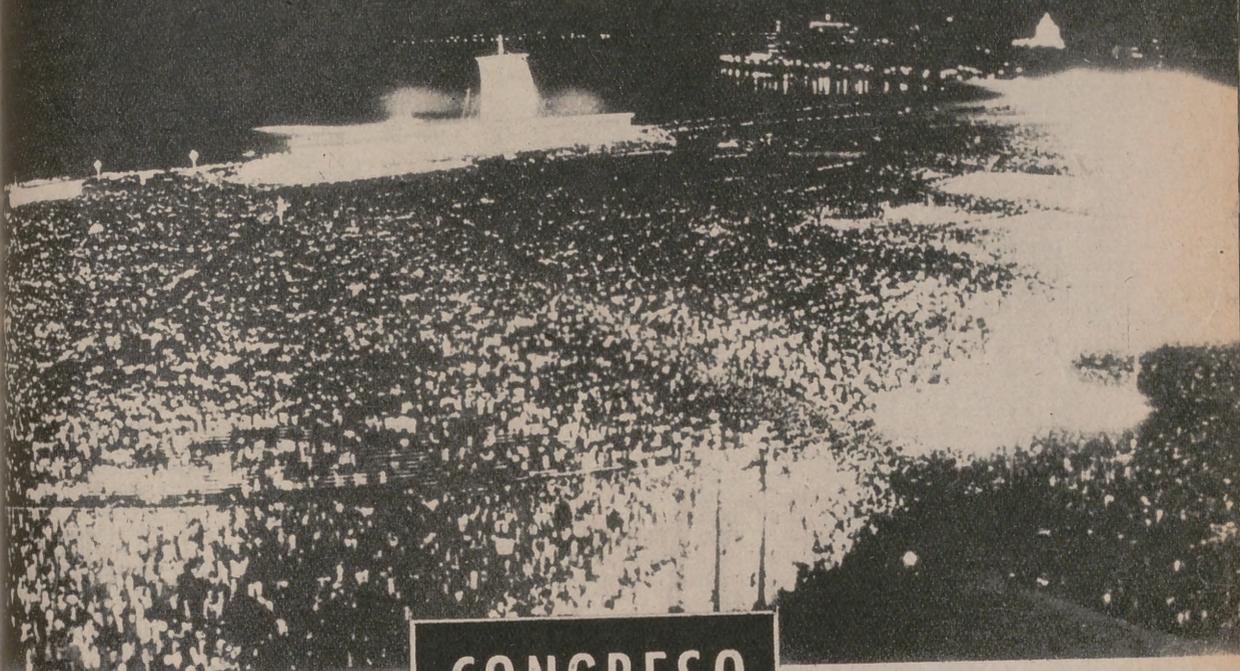
LA MAQUINA DE COSER Y BORDAR FAMOSA EN EL MUNDO ENTERO

Una imagen paradójica... pero cierta.

En las reservas indias, los "skaws" emplean también la super máquina de coser y bordar ALFA. Por su resistencia y economía ALFA se ha impuesto en todas partes, siendo un lazo de unión entre las mujeres del mundo entero.

EL ESPAÑOL

UNA HUELLA MEMORABLE DEL MUNDO CATOLICO



30 naciones estuvieron representadas en este Congreso de la Paz

TODAVIA estaba presente en la imaginación y en el recuerdo del mundo católico la grandiosa que había revestido el XXXV Congreso Eucarístico Internacional, celebrado en Barcelona en el mes de mayo de 1952, cuando volvió a ponerse en marcha el barco de la Iglesia. Esta vez, su proa, que abarca y define los contornos del mundo, puso rumbo a Sudamérica, a Río de Janeiro. Muchas razones, y todas buenas, lo decidieron.

Terminada la guerra mundial, durante la cual habían quedado interrumpidos. Su Santidad el Papa escogió a España para celebrar en ella el primer Congreso de la paz. Así, por razones que no escaparán a nadie, España y América, en línea de continuidad, han sido elegidas como verdaderos y profundos campos de Cristo. Podríamos decir: España a un lado y al otro la América española y portuguesa. Que las dos naciones ibéricas han sentido, al fin y al cabo, como hijas fieles de un mismo tronco, una idea común de la colonización: predicar y evangelizar. La lengua y la cruz. Por eso, Brasil, el país del que se dice es, como un planeta verde, el verdadero futuro del mundo tiene, en su 93 por 100, población católica. Y, Brasil, joven nación con el pecho cubierto por inmensos bosques sin explorar, tiene ya 52 millones de habitantes.

LA HISTORIA DE LA PLAZA DEL CONGRESO EUCARISTICO DE RIO

El día 15 de julio, a las cinco de la tarde, «el prefeito» Alim Pedro entregaba oficialmente a la archidiócesis de Río la plaza del Congreso. El cardenal arzobispo, don Jaime Barros Câmara

CONGRESO EUCARISTICO DE RIO DE JANEIRO

miraba ante sí, casi asombrado y totalmente conmovido, el inmenso escenario. Una hora después, sobre la plaza, vivaquena la luz vivísima de los reflectores y los cientos de focos. El gobernador de la ciudad, al lado del cardenal arzobispo de Río le decía:

—Todo está terminado.

—Ahora comienza—decía el cardenal.

Un hombre paseaba, a esa misma hora, acorralado por los perio-

Desde el Corcovado al Guanabara, Brasil vivió la emoción de su catolicismo

distas, entre el espacio acotado para las 30 naciones. Este hombre era simplemente Onofre Pinheiro Guedes: el ingeniero que había planeado todo. Porque, la plaza del Congreso, el gigantesco escenario del XXXVI Congreso ha nacido de la noche a la mañana sin hacer mucho caso de la plaza de París, no muy lejana y orgullo del habitante de Río.

En los primeros momentos, cuando se tuvo la noticia en el año 1953 de que, Río de Janeiro, sería el punto de cita de la peregrinación católica en 1955, se buscó ansiosamente, sobre todo por el obispo auxiliar, monseñor Helder Câmara, que estaba encargado de los trabajos de organización, el lugar a elegir. Primero se



La bahía de Guanabara, con el monumental altar levantado en ella.—Abajo: La plaza del Congreso durante uno de los actos

pensó en el aeropuerto y sucesivamente, en dos o tres sitios más. No faltó, tampoco, una visita al estadio de Maracanã. Había alguien que decía: «¿Para qué bucar más?»

Pero la Iglesia, y las autoridades civiles, no se dieron punto de reposo hasta llegar al pensamiento decisivo. Río Janeiro no tiene donde realizar el Congreso. Hay que hacerlo.

Así, sencillamente, como un día se trazaron las calles de 33 metros, la vieja y maravillosa de Río Branco, que se quedó pequeña para el fenomenal crecimiento de la ciudad y hubo de crear los bulevares fabulosos que siguen la línea de la bahía, Río Janeiro se decidió a crear una inmensa plaza. Para ello había que «comerse», en las cercanías de la bahía de Guanabara, un pequeño monte. Y así empezó la cosa.

Las obras comenzaron el 2 de julio del año pasado y han terminado, prácticamente, el día 8 de julio de 1955. Más de mil quinientos hombres han trabajado, con un entusiasmo que recordaba, para el Río de Janeiro amigo de las apuestas de caballos, el sistema de los records incomprensibles. Vean ustedes, como ejemplo, algunas cifras: se han extraído, un millón novecientos mil metros cúbicos de tierra. ¿Es suficiente? Todavía, sin embargo, el ingeniero cuenta a los periodistas esta sabrosa cifra anécdota:

—«Batendo um record» os operarios pavimentaram os 210 mil metros quadrados, que estão cobertos pelos 110 quilômetros de bancos, em 60 dias».

Pero ese inmenso espacio libre, superior a los 200 000 metros cuadrados, ¿de dónde salió, se preguntarán ustedes?

Pues salió, prácticamente del mar. Se arrebató al mar. A la inmensa bahía de Guanabara donde, según dicen, cabrían todas las flotas mundiales.

UNA MONTANA SE VA AL AGUA

El procedimiento ha sido curiosamente expectante para Río. Todos los automovilistas de la ciudad, conocían la colina de San Antonio, en el centro de la ciudad, porque, por culpa de ella, se veían obligados a dar un enorme rodeo. Pues bien, se pensó que se podían matar dos pájaros de un tiro, y, prácticamente, la colina de San Antonio, como si hubiera pasado sobre ella una gigantesca apisonadora, se ha ido poco a poco, día tras día al agua. Puede decirse que ha sido casi totalmente «transportada» a la bahía.

Les he contado ya que la plaza estuvo totalmente iluminada en los momentos de la entrega simbólica al cardenal arzobispo de Río de Janeiro. Miles de personas con los coches en la avenida que tiene como fondo los rascacielos de los bulevares, asisten encantadas al espectáculo. Los fotógrafos eran bien es verdad, los que salen mejor: disparan sus placas, las primeras del Congreso, sin necesidad de «flash». Repitiendo lo que se oye decir por Río, les diré que «todo isso graças... a más de 600 lámparas o reflectores funcionando».

EN EL ALTAR DE DIOS UNA CUSTODIA PRODIGIOSA CONSTRUIDA CON DONATIVOS DE LOS FIELES

Si las perspectivas del espacio son grandiosas, no lo son menos, prácticamente, las perspectivas del paisaje. Río de Janeiro está entre el agua y las montañas. La bahía de Guanabara, donde se ha levantado la plaza, está protegida y cercada por los montes. La ensenada es enorme y prodigiosa. El mar empuja hasta ella, como una cosecha verde, la flora del Atlántico, y en medio de la bahía, dentro de su arco, surgen las islas. Y por si ello fuera poco, como les digo, al fondo están los montes. Todos ellos son conocidos, como fieles amigos, de la ciudad de Río. No hay nadie, a quien se pueda preguntar en la calle, que no sea capaz de decir sus nombres. Y los hay para todos los gustos: La Viuda, el Perro, los Dedos de Dios, el Corcovado y el llamado Pan de Azúcar. Este último es el más sobresaliente, pero el más importante es el Corcovado. En la cima de éste se levanta una estatua de Cristo de treinta metros de altura, cuya cabeza se inclina hacia la ciudad. En la noche, la cruz aparece iluminada proyectándose vigilante sobre el mundo brasileño.

Pues bien, frente a la plaza del Congreso existe ese fondo físico, pero en ella se ha levantado también (como un monte Corcovado más) el altar de Dios. Pinheiro

Guedes va comunicando a la Prensa sus medidas:

—«Extensao de 120 metros e largura de 15 metros, situado numa elevacao de 4 metros e meio».

—¿Es eso todo?

El altar está protegido por una cruz roja de madera especial del Brasil. A la izquierda del altar, donde se sentará el cardenal Legado de Su Santidad, está el Trono que perteneció al Emperador Pedro II.

Ahora bien, el más asombroso regalo de la catolicidad al altar de Dios es la custodia del Congreso. El cardenal-arzobispo de Río fué quien, el día 15, inauguró la Exposición de la custodia. Todo el mundo estaba emocionado porque todo el mundo se daba cuenta de que su valor, con ser enorme, radicaba en un hecho más sencillo: que había sido costeado por los católicos «brasileños». La custodia ha sido realizada en la Metalúrgica Eberle, en el Estado de Río Grande del Sur y posee las siguientes características principales: custodia mayor, de dos metros de altura, con un peso de 150 kilogramos de plata y oro, 56 brillantes y diamantes y 1.022 piedras semipreciosas. A su vez, la custodia menor, que irá colocada en la parte central de la mayor y se destina para recibir la Hostia, pesa 7.858 kilogramos, mide 0,75 metros y posee 5.396 brillantes y diamantes, 184 perlas y numerosas piedras.

LA LLEGADA DEL CARDENAL LEGADO

El día 17, como todo el mundo sabe, comenzó el Congreso Eucarístico, pero desde dos días antes millares y cientos de millares de peregrinos del mundo llegaban con los sacerdotes de todos los rincones del mundo. Se mezclaba, a la vida diaria y cosmopolita de Río de Janeiro, la espiritualidad católica de los peregrinos. Ahora bien, la emoción mayor estaba guardada para la llegada del cardenal Legado. Toda la ciudad estaba guardada para la llegada del Cardenal Legado. Toda la ciudad estaba en fiesta. Toda la actividad política cesó enteramente durante esos días. Las reuniones preparatorias para las próximas elecciones presidenciales fueron diferidas. Y en un país en el que, oficialmente, la Iglesia está separada del Estado, se dió permiso a todos los funcionarios públicos que deseaban participar en el Congreso Eucarístico. ¿Qué decirles del ambiente el día 16 de julio en los barrios del Río de Janeiro antiguo?

Por donde queda sabor colonial, allá por las calles próximas a la Alfandega (aunque Río es una ciudad prodigiosamente en transformación que traza nuevas y bellas avenidas por sus viejos barrios) las gentes peregrinantes, con decenas de lenguas, buscan y buscan los recuerdos que llevar, dentro de unos días, cuando todo acabe, a sus casas. Miles de peregrinos se hunden en los «armazens», los almacenes casi señoriales que tienen en sus ventanas, y en las casas de dos pisos, el hierro forjado. ¡El gran adorno antes que llegaran los grandes rascacielos! Pero si queda poco del Río de Janeiro antiguo, la ciudad ofrece todavía bellísimas iglesias coloniales y el monasterio de San Benito.



Tres imágenes del Congreso Eucarístico, en una de las cuales puede verse el desfile de la representación española

Poco antes de llegar a la ciudad, antes de que el cardenal Aloisi Masella, Legado del Pontificio, tuviera ante sí la prodigiosa bahía envió un telegrama al canceller Raúl Fernández: «Aproximándome a esa noble nación...» comenzaba.

Los fusileros navales, mientras tanto, se entrenaban, en la plaza de Maua, muy cerca de donde está el «Touring Club do Brasil», en tocar el Himno del Vaticano.

Hasta las dos de la tarde no apareció el «Augustus» el barco que traía de Europa al cardenal. Inmediatamente, en el puerto, una batería del Ejército comenzaba a dar las salvas de rigor. El humo blanquecino de los cañones hacía sonreír, alegremente, a la gente. Un inmenso gentío se apostaba, desde el «Touring Club», donde se iba a verificar la recepción hasta el palacio de Laranjeiras donde iba a tener su residencia privada.

En el Touring, engalado con cientos de banderas, sobresalían los colores del Vaticano. Sonaban, a continuación, en medio de un mágico silencio, los himnos nacionales del Vaticano y del Brasil. Luego, el gentío prorrumpió en aplausos.

Mientras tanto, el jefe de ceremonias del Ministerio brasileño del Exterior presentaba al Legado las autoridades que le esperaban. El Presidente de la República acompañó hasta el coche al Legado pontificio y subieron juntos. Antes, como es de rigor, habían pasado revista a un destacamento de las Fuerzas Armadas. El Presidente de la República, Café Filho, le conducía hasta el palacio de Laranjeiras, como su huésped personal.

La gente que saludaba con los pañuelos blancos, que aplaudía el paso del cortejo, oía sobre sus cabezas una serie de instrucciones sobre las cosas más elementales. Hacia dónde tenían que dirigirse, dónde podían encontrar comida, etcétera. Eran altavoces, escondidos en los árboles, o en los faros, que ayudaban a la inmensa población flotante, casi dos millones, a buscar acomodo. Y por todas partes a buscar acomodo.

En el puerto, ocho barcos estaban dispuestos para recibir a todos aquellos que no encontraran habitación en la ciudad, aunque casi toda la población de Río se ha ofrecido a servir a los huéspedes.

EL LEGADO DEL PAPA, QUE FUE NUNCIO APOTOLICO EN EL PAIS

El cardenal Aloisi Masella, que ha presidido el XXXVI Congreso Eucarístico Internacional, ha sido recibido en el Brasil como una figura muy grata a los sentimientos del país. El cardenal nació en la ciudad de Pontecorvo, en Italia, el 29 de junio de 1879. Realizó sus estudios en el célebre colegio Capranica, en Roma. Recibió la sagrada orden «do presbiterado» el 3 de junio de 1902. Inmediatamente, por sus dotes brillantísimas, es considerado como una figura selecta de la Iglesia y, así lo debe entender el Santo Padre, cuando en 1905 le hace ingresar en la Secretaría de Estado. Después de unos años, en 1908, comienza sus contactos con el extranjero empezando como secretario de la Nunciatura de Lisboa. Durante la re-

volución portuguesa de 1910, en los momentos difíciles, se encuentra solo, encargándose de la Nunciatura y no abandonando su puesto en ningún momento. Durante los años de su estancia en Portugal sucede el maravilloso prodigio de la aparición de la Virgen de los Pastorcitos.

Ya obispo en 1919 comienza su época de Nuncio en América, primero en Chile y posteriormente en Brasil. De su tiempo en Brasil dejó tan rica memoria que cuando se supo que el Santo Padre le había concedido el alto privilegio de ser el Legado pontificio, Brasil lo consideró como una gracia especial del Papa.

LA «IGLESIA DEL SILENCIO» TIENE TAMBIEN SU PUESTO

La grandiosa manifestación de fe católica que ha vivido Río de Janeiro durante la semana que va del 17 de julio al 24 ha tenido momentos de altísimo patetismo, pero ninguna, esencialmente, como la que ha tenido para los peregrinos del mundo al ver, día tras día, los asientos vacíos de cuatro príncipes de la Iglesia: los cardenales Mindszenty—de Hungría; Stepinac, de Yugoslavia; Wyszinski, de Polonia, y Thomas Tien, de China.

El patetismo de ver, en este escenario inmenso, sentados a la derecha del altar los cuatro asientos vacíos de la «Iglesia del Silencio», sobrecogía el ánimo. Pero las lágrimas de millares de peregrinos se desbordaban cuando, día tras día, las representaciones católicas de todo el mundo, sobre todo las naciones, llenaban de flores, rodeándoles y casi ocultándolos, los dorados asientos vacíos.

El arzobispo polaco Joseph Gawlina, que vive en Roma, se había dirigido a los fieles de esta forma: «Soy un arzobispo polaco y hablo en nombre de la «Iglesia del Silencio». Para nosotros—añadió... que somos de detrás del «telón de acero» este magnífico Congreso de fe católica es, al mismo tiempo, una alegría y una esperanza...»

El día, al fin, de la procesión por la «Iglesia del Silencio», cientos de miles de personas desfilaron por la avenida de Río Branco. La calle que se construyó hace cuarenta años al estilo del boulevard Hausmann, brillaba bajo la iluminación silenciosa. Todos los pueblos sojuzgados por el comunismo estaban representados.

TODA LA HISTORIA DE BRASIL EN LAS CALLES

El Congreso ha tenido un momento de gran sabor: un cortejo revivió, en 13 cuadros diferentes, la historia del Brasil desde el Descubrimiento a nuestros días. Comenzaba en la plaza de Maua y seguía camino de la ensenada de Santa Lucía. Todos los peregrinos del mundo cristiano asistían al momento (primer cuadro) en que unos marinos llevando unas velas con la Cruz de Cristo anunciaban el Descubrimiento. En otro, unos oficiales portugueses llevaban el pergamino de la carta de Pero Vaz al rey de Portugal comunicándole el descubrimiento. El grupo llevaba semillas y especias de la fauna y la flora brasileña para simbolizar la fertilidad y la riqueza de la tierra.



El cardenal español Arriba y Castro (derecha), arzobispo de Tarragona, fué recibido a su llegada a Río por el cardenal Cámara, arzobispo de Río.



El cardenal Ma sella, Legado Pontificio, a su llegada a Río, acompañado por el Presidente Café Filho

Así, ante los ojos atónitos, se volvía a poner en pie la aventura marítima y colonizadora de los dos pueblos católicos y evangelizadores. Porque, en el cuadro número 13, a hombros del Brasil emocionado, llegaba «Nossa Senhora Aparecida (Nuestra Señora la Bien Aparecida), Patrona del Brasil.

La devoción a «Nossa Senhora» es grandísima y de raíces firmes y poéticas, como si estuviera trasladada de una imagen bíblica o evangélica. La Bien Aparecida la «pescaron» tres pescadores en el mar en una noche de escasa pesca. Desde entonces esa devoción popular ha quedado como una de las divisas importantes del Brasil.

Por eso mismo la entronización de la imagen de Nuestra Señora Aparecida, se ha convertido en uno de los actos más emocionantes y cautivadores del Congreso.

MAS DE 200.000 PERSONAS EN LA PROCESION

Había comenzado la procesión para la entronización en la estación número 11 del ferrocarril de Don Pedro y siguió desde allí el

camino hasta Guanabara en la plaza del Congreso. Cuando la procesión, que se calcula excedería de las 200.000 personas llegó al marco de la plaza, el gentío enorme que llegaba y el gentío inmenso que esperaba agitaron, en un espectáculo magnífico y único, varios cientos de miles de pañuelos que se estremecían, como verdaderos protagonistas en una fiesta grandiosa de la Iglesia. Hubo un momento en el que medio millón de almas se encontraba allí. El hecho cierto es que en el transcurso de los días los peregrinos habían ganado completamente la batalla y nadie quedaba al margen del acontecimiento católico. Hemos batallado ya que la política, las batallas electorales políticas, quedó suspendida. Pero hubo algo más: miles y miles de personas se sumaban a los actos de las 31 organizaciones internacionales. Cada agrupación internacional tenía, bajo las banderas de su país, acotado su puesto. Así, la plaza tenía las banderas de casi todos los países del mundo.

Después de la entronización de *Nossa Senhora*, el enorme gentío se desplazó hasta el centro de la ciudad. Toda ésta aparecía iluminada y las tiendas, por un acuerdo del Gobierno, estaban abiertas. Eran escasos los escaparates en los que no se habían colocado los colores del Vaticano y montado pequeños retablos simbolizando los actos del día.

Mientras tanto, en la noche, aparte del Cristo del monte Corcovado (una obra del escultor francés Paul Landowski), brillaban en muchos edificios cruces luminosas enormes. En el mar, abiertos a los peregrinos, estaban los barcos. En el camino del portugués «Santa Maria», de bella línea, los vendedores ambulantes habían colocado decenas y decenas de puestos con toda clase de «recordacoes» de Río. Así, en el fondo, comenzaba una procesión universal que tenía, con el aliento del peregrino conmovido, el aire del estudivoso. Que los Congresos Eucarísticos son, al tiempo, motivo de oración universal y motivo de estudio.

LA UNIVERSIDAD CATOLICA

Así por importante que sea el entusiasmo popular nada puede eclipsar el trabajo de las conferencias que se suceden desde el momento mismo de la apertura del Congreso. En ellas han tomado parte la Federación de las Universidades católicas, la Oficina Internacional de la Enseñanza Católica Pax Romana y otras muchas. Por esa razón tenía su importancia la inauguración del nuevo asiento de la Universidad Católica de Río, fundada y dirigida por los padres jesuitas. Los nuevos edificios (se ha inaugurado el primer bloc de los cuatro que están proyectados) se levantan en una zona hermosa y alejada del centro, aunque el acceso es fácil.

El edificio principal es enorme. Tiene once plantas y en su conjunto total la Universidad ocupará 65.000 metros cuadrados con un parque de 90.000, con árboles seculares que terminan en la montaña. Esta Universidad tiene ya en funcionamiento una Facul-

tad de Filosofía, Escuela de Bellas Artes, de Música, de Periodismo una Facultad de Derecho, de Ciencias Económicas y otras materias. Tan pronto como se terminen los otros edificios se completará, totalmente, el edificio espiritual de la enseñanza. Por lo pronto, la iglesia y el auditorium terminados tienen una capacidad para dos mil personas.

LA CONFERENCIA DE LOS OBISPOS CON EL CARDENAL PIAZZA

En fin, nada más terminada la visita del Cardenal Legado, que la bendecía, se reunían en el parnifio los representantes de las 31 organizaciones internacionales.

Las reuniones de estudio han estado presididas por el cardenal Piazza, que llegó de Roma con ese exclusivo objeto. El cardenal Giovanni Piazza, inmediatamente después de la clausura oficial del Congreso, se ha reunido con los obispos de la América española para tratar de dos temas importantes: la carencia de clero y la propaganda protestante.

No se habrá dejado de tratar en este caso, la delicada situación planteada en la Argentina, porque el obispo auxiliar de Buenos Aires, monseñor Tato, y monseñor Novoa, que fueron expulsados de la Argentina, llegaron al Congreso en el mismo barco que el Cardenal Legado, en el «Augustus».

Hay que tener en cuenta que el cardenal Piazza, secretario de la Congregación Consistorial, es una de las figuras de mayor personalidad de la Iglesia. El ir a enfrentarse con los dos problemas fundamentales prueba el decidido propósito de resolverlos.

En el caso concreto de Brasil el número de sacerdotes no llega a 7.000 y son varias las diócesis donde por falta de alumnos no se pueden mantener sus Seminarios.

Todo ello no es problema nuevo, pero se tiene el ánimo decidido para resolverlo. A las reuniones, en nombre de España, asisten los obispos de Bilbao y Calahorra, doctores Morcillo y Del Campo Bárcenas.

Y todo ello, señores, entre el maravilloso espectáculo de tener a todo un pueblo de rodillas esperando la comunión. Se calcula que en determinado momento comulgaron más de 250.000 personas. Hubo día especial para los enfermos y las escenas de memorable emoción imponían su tremenda fuerza a la bella ciudad de Copacabana. Que si el estudio de dos problemas fundamentales para América era importante, en la bahía se producía una procesión, para llevar al mar, a los barcos, el Santísimo.

LA REPRESENTACION ESPANOLA

En esa magna Asamblea del mundo católico, que ha reunido casi 300 obispos y 24 cardenales España tenía también su representación. Ha habido con motivo de ello su nota pintoresca y reveladora de la potencia de España. El día de la gran procesión de entronización de Nuestra Señora Aparecida, la Delegación Española con sus banderas rojas y gualdas fué aplaudida entusiastamente por los peregrinos y los millares de personas que aguardaban bajo el sol radiante la llegada del cortejo.

Dos han sido, en líneas generales, aparte de la proyección particular, las organizaciones más importantes de la peregrinación a Río de Janeiro. La primera salió de Barcelona el 15 de junio a bordo del «Cabo de Hornos», y fué presidida por el cardenal arzobispo de Tarragona. La segunda se incorporó también en Barcelona al buque francés «Provençe», en que navegó la peregrinación francesa, que en los primeros momentos iba a estar presidida por el cardenal Feltrin, arzobispo de París. Desgraciadamente, por razones de salud, el ilustre purpurado no pudo desplazarse a Río.

En representación de la Adoración Nocturna española ha estado en Brasil su director espiritual, obispo auxiliar de Madrid, doctor García Lahiguera; el presidente del Consejo Supremo, don Luis Pinedo, y el de la Sección Primaria de Madrid, don Manuel Gesteira. A ellos se unieron en Río de Janeiro las representaciones de otras diócesis hispanas con sus banderas. Y cada una de ellas llevando al frente a personalidades de la vida española.

LA IDEA DE LOS CONGRESOS

La idea de los Congresos Eucarísticos, mejor dicho, el sistema inicial que hizo pensar a monseñor Mermillo que sería necesario «realizar un Congreso Eucarístico» se debe a una mujer de humilde ánimo y firme corazón que se llamaba Marta Emilia Tamisier. Esta mujer, de origen francés, se propuso extender la devoción al Santísimo Sacramento (aunque la adoración se remonta a los primeros tiempos de la Iglesia) realizando diversos actos que culminaron con una peregrinación llevada a cabo en 1874, al santuario de los Padres Grises, cerca de Aviñón.

Sin hacer caso de las dificultades, sin volver la vista atrás, Marta Emilia Tamisier siguió su obra de exaltación del Santísimo Sacramento hasta que, no contenta con su labor en Francia, la extendió a Bélgica y Holanda. Ya por este tiempo contaba con la valiosa ayuda de monseñor Segur, quien, muy enfermo, tuvo aún la luz suficiente para enviar a Roma por uno de sus colaboradores más directos, una información abundante sobre el asunto, con el ánimo de que León XIII aprobara la idea de celebrar un Congreso Eucarístico Internacional. El Sumo Pontífice extendió un Breve aprobando la idea, y el 28 de junio de 1881 se celebraba el primero. La ciudad elegida era Lille.

Desde ese día la Iglesia ha venido celebrando sus Congresos Eucarísticos. La guerra puede romper, temporalmente, su curso, pero inmediatamente se vuelven a encontrar las voces y las palabras del mundo católico. Así, en este de Río de Janeiro, como hace tres años en el marco de la vida española. Ninguna dificultad, ningún problema, como hemos visto, detiene a la organización. Cuando es necesario se lleva la montaña al agua, y se levanta en ésta, sobre la espuma, el nuevo corazón de la fe. Que, como dicen en Río, por el agua vino *Nossa Senhora*.

TÚNEZ, HOY

EL PROBLEMA DE LA EMANCIPACION DE LA MUJER

LAS PRIMERAS ESCISIONES DEL NEO DESTOUR

“Mi colega Leila Mabruca es hija de una mujer invisible”

Por Luis Antonio de Vega
(Enviado especial)

LA tarde había sido bochornosa y las tunecinas se vieron obligadas a quedarse en sus alcobas, suprimido el recreo de las terrazas, trenzas largas y negras, tendidas sobre las colchonetas, las piernas cubiertas con calzones de fina gasa y los párpados caídos en una siesta larga.

Por las «mucharabieches», las ventanucas, construidas en forma que pueda verse lo que en la calle pasa sin, desde la calle, ser vistas, entraban bocanadas de aire caliente...

Túnez se hallaba convertido en un horno. La ciudad entera había quedado presa en redes de calor. En los zaquizamies de los zocos dormitaban los mercaderes, que en las frecuentes revoluciones del Beyalato perdieron sus largas barbas, y en la lectura de la Prensa separatista se han olvidado de afeitarse los cráneos.

Hervía el asfalto en el barrio europeo.

A las muchachas, tras cuyos pasos caminaba, a respetuosa distancia, por el barrio árabe, no se les arredaban los pies en los hilos de ardiente sol. No era con babuchas primorosas, sino con zapato de tacón, con lo que pisaban el empedrado de la calle de la Iglesia, pasada ya la Puerta del Mar.

Una —Mabruca— acababa de decirme que había nacido en Nefta, la lejana, maravillosa, con sus cuarenta cúpulas, en las orillas del lago Yerid. La otra tuvo colgada su tumba en Salambó, también a orillas de otro lago, entre Túnez y Cartago.

La estampa de las araberías ha cambiado bastante. Hace algunos años, en vez de correr tras las camisas caquis de dos chicas exploradoras, imaginaria la llegada de un rostro cubierto con un «kcham» de seda negra y un caftán color albaricoque, bajo la tela de un jaique muy fino.

Habían perdido poesía al faltar el tintineo de la joyería barroca colgante de las muñecas morenas.

Tarde bochornosa de Alcazarquivir de los Aceitunos, cuando buscaba refugio junto a la almajida de agua fresca y no encontraba fuerzas para complimentar con la debida cortesía a Menusa y me limitaba a indicarle un alto cojín de cuero repujado.

Fué mi primer contacto con el mundo femenino del Islam, y me enseñó tantas cosas contradictorias, vanas, crueles, que puede decirse que la asignatura Africa la aprendí en sus vocablos.

Pensé en Menusa. En la joven arcileña que, siguiendo el camino nocturno de las terrazas, visitaba la casa de los españoles; pero, aun así, a su rostro se hubiera asomado «toda entera la vergüenza» si alguien le hubiera propuesto que se vistiera como las «girls scouts», y que todo el mundo pudiera contemplar sus piernas desnudas sobre los calcetines cortos.

Hasta para las cosas más nimias había que ajustarse a un rito, a un protocolo. Por ejemplo: para la preparación del té. Comenzaba por desembatazarse con parsimonia del jaique y del «kcham»; luego se desprendía de la «futah», que aprisionaba sus cabellos, y surgía una invasión de negros maleables sobre los hombros. Antes se había descalzado porque consideraba de mal tono estar dentro de las casas con el calzado puesto, y sus ojos profundos no se distraían un momento de la preparación del té.

Si le hablaba me daba contestaciones rápidas y nerviosas que no dieran lugar a diálogos ni a nuevas preguntas.

Uno amanece, cada día, más Viejo Turbante y menos Joven Árabe, por eso sentí la nostalgia de Menusa en el momento en que me vi obligado a apresurar el pa-

«No era uno, sino dos los objetivos que teníamos que conseguir: la independencia de Túnez y la independencia de la mujer»

so porque las dos exploradoras se me perdían en el esquinazo de una calleja de la medina, y me dije:

—Son dos chiquilicuabras.

No pensé que su misma edad tendría Menusa cuando me regaló un abanico cuadrado porque consideraba «que un hombre que no tiene un abanico parece una mujer», punto de vista que no me atreví a colocar sobre tapetes de polémica.

En efecto, mucho había cambiado el Islam en no demasiado tiempo. Menusa se presentaba siempre con un nuevo saludo.

—He venido—dijo en una ocasión—por el camino de los pájaros grandes.

Y en otra:

—He llegado sin tiempo para ver si el almendro ha florecido, o si los naranjos están en fruto o en flor.

Las jóvenes exploradoras llegaron al café de las Galerías donde las había citado el día anterior y lo que dijeron fué:

—Bon soir, monsieur.

Algo que no tenía la menor relación con los pájaros grandes, ni con el almendro florido, ni con los naranjos en fruto.

Menusa se hubiera echado a llorar si le hubieran obligado a decir solamente:

—Sbah el jeir.

Sencillamente, «sbah el jeir» fué lo que dije a las «girls scouts» cuando ellas me dijeron «bon soir». Y luego añadí:

—Gudis, Barak-al-ufik (síntense, por favor).

Resueltamente, uno es un Viejo Turbante, y las jóvenes exploradoras tunecinas hubieran consi-



Las niñas llevan el rostro descubierto

derado ridículo que antes de abordar el tema de la poligamia les hablara de la Colina de los Olivos, de la sombra del cactus gigante, de las abejas, de las cigüeñas, de la tarde madura, del río o de la flor.

En cambio, Menusa no hubiera dicho que no la quería, sino que no la respetaba si antes de hablarle de la cosa menos trascendente no hiciera un giro, un rodeo, puesto que ella «era una muchacha de una refinada educación que sabía cantar y bailar», y yo un letrado y no «un galgo que corre con prisa tras una liebre».

Entonces me parecieran fatigosos sus «adiuts». Ahora, a más de veinticinco años de distancia, los encuentro encantadores. Los «adiuts» son unos poemas entre dos. La mujer dice los dos primeros versos, cantándolos, y el hombre ha de completar el cuarteto.

«El río es un alfanje que siega la cabeza del campo.»

«Tres pétalos de rosa, cuatro jazmines...»

«Luna pequeña, cascabel de plata.»

La verdad es que los «adiuts» no tienen la menor relación con el sufragio universal, los derechos de la mujer y todas esas cosas que apasionan a las Menusas de hoy.

Para morir por la independencia no es necesario saber leer.

¿Por qué razón o por qué sinrazón un periodista español iba, como hubiera dicho Menusa, «como un galgo que persigue a una liebre» por las calles de la medina de Túnez, detrás de las jóvenes exploradoras?

En primer término porque, en relación a sus madres y aun a sus hermanas mayores, no han evolucionado todo lo que ellas se figuran. Si no hubiéramos ido juntos hasta la casa de otra muchacha que también se llama Mabruca—Leila Mabruca ben Habib es Saiffi—, periodista, a cuyo domicilio nos encaminábamos bajo el plomo fundido del calor de Túnez.

Había conocido el día anterior a las muchachas exploradoras. Postulaban para una obra benéfica infantil, vendían unas tarje-



Mujer cartaginesa criando a su hijo

tas con las figuras de una niña y un niño árabes. Yo las cité para que me hablasen de la juventud femenina neodesturiana, pero apenas en dicho sentido me informaron de nada. Se presentaron acompañadas de un joven tunecino vestido de europeo y me dijeron que me acompañarían a casa de la periodista, separatista, naturalmente, Leila Mabruca.

Para mí hubiera tenido más interés saber lo que ellas pensaban que lo que pudiera decirme una colega que escribe sus artículos en francés.

En el café no se quisieron sentar. Me apercibí de que todavía no estaban muy seguras de sí mismas, y aunque postularan y fuesen con el rostro descubierto «después de haber florecido los granados», no sabían qué uso hacer de la libertad que se les había concedido.

Simpáticas y agradables, una de ellas preciosa en su morenería, pero con una especie de heredada timidez de lepórido. Lo que supe acerca de las «girlscouts» me lo dijo el muchacho árabe que me acompañó hasta la entrada de la medina. Era novio de la más guapa. Es un estimable adelanto hacia la emancipación



Dama árabe de Sussa



Tunecina de la zona desértica

de la mujer, porque hace unos años la novia no la habría elegido él, sino su madre o su abuela; no la conocería hasta después de celebrada la boda y se hubiera producido un escándalo con intervención de la Policía de haberse arriesgado a pasear juntos por la calle. Ahora es seguro que van al cine, pero esto hace ya algún tiempo que sucede en Tetuán y en Tánger.

Leila Mabruca vive en una casa árabe, amueblada a la europea. Nos recibió en un salóncito banal. Las «girlscouts», con un afán elogiabile de acumular cultura neo desturiana, se quedaron con nosotros.

Los saludos fueron rápidos, nada ceremoniosos. Y después:

—Estuviste hablando con Burguiba. ¿Qué te dijo de nosotros?

—Cosas muy justas y bellas.

—Concretamente, ¿qué?

—Que la emancipación total tendrá lugar a medida que las mujeres reclamen sus derechos; que hay una fémina en el Consejo Superior neodesturiano y que la poligamia agoniza, asfixiada por las nuevas situaciones económicas creadas por dos guerras.

—Pero ¿no te dijo que la abolirán por decreto?

—No, no me dijo nada de esto.

—¿Es que se figuran que hay algo más urgente que hacer?

—Sospecho que sí... Por ejemplo, ocuparse de la Magistratura, de la Policía, de la enseñanza, de las Aduanas, un poco también del comunismo y de Presencia Francesa... Me parece que no les va a sobrar tiempo para aburrirse... Tú eres hija de una «invisible», ¿verdad?

Dirigió la mirada a un cuadro colgado de la pared y comentó:

—No era difícil averiguarlo.

Hace cuarenta años llamaban «las invisibles» a las niñas de las familias ricas y liberales de Túnez, que acudían a un colegio situado en un viejo palacio de la calle del Bey, edificio rodeado de altos muros. Las pequeñas iban envueltas en jaiques, con los rostros tapados, en uso las que aun no habían entrado en la adolescencia. Procuraban que nadie las

viese; en sus casas jamás hablaban de los estudios; que las chicas fueran al colegio constituía una frecuentación que convenía tener oculta. Las tuncenas estudiaban en una atmósfera de misterio. Aprendían música, literatura, poesía, geografía, historia, gramática francesa y árabe.

Una muchacha «invisible» constituía el sueño de un letrado, de un rico mercader, de gente con fortuna. Casarse con una «invisible» era la suprema aspiración de los jóvenes y maduros tuncenos.

Yo había adivinado que Mabruca era hija de una «invisible» al ver la fotografía de una mujer árabe que supuse sería su madre. En aquella fecha las musulmanas no se retrataban. Está prohibido por el Corán la representación de la imagen humana y la de los seres animados, y solamente las «invisibles» se arriesgaban a retratarse, si bien cubierto el rostro con un velo de gasa transparente. Sin velo, únicamente las muchachas del barrio de las Bocas Pintadas se avenían a dejarse fotografiar.

Hoy las neodesturianas, más audaces que sus madres, estudian en los liceos, en los colegios, sin convertir la cultura en un misterio, y son también las únicas que van con el rostro descubierto totalmente.

Digo «totalmente» porque en las mujeres tuncenas se percibe una marcada tendencia a descubrirse la cara. La mayor parte llevan el velo negro, pero hay muchas que se lo han quitado y se cubren con los bordes del jaique. Se cubren y separan los paños cuando se les antoja, y entonces se observa que van muy pintadas, muy compuestas.

Podéis hacer esta experiencia: pasear bajo los porches de la avenida de Francia. A más de la mitad de las mujeres árabes que pasen les veréis la cara. Se la tapan simbólicamente.

Leila Mabruca estaba un tanto defraudada. Esperaba que Habib Burguiba me hubiese dicho más cosas relacionadas con la emancipación de las tuncenas.

—¿Estás segura de que todas las mujeres quieren salir del estado en que en la actualidad se encuentran.

—No es ése el problema. No era uno, sino dos los objetivos que teníamos que conseguir: la independencia de Túnez y la independencia de la mujer.

—Pero ¿si no quieren ser independientes?

—Si no quieren tienen que sacrificarse por la patria. Las ricas abandonan su ociosidad estéril, su «cómoda ignorancia»; las pobres, su «dulce esclavitud». Los jefes neodesturianos se casan con francesas. El mismo Burguiba ha dado el mal ejemplo... Quizá sea banal recordar que somos las madres de hoy y que de nuestro grado de cultura y de emancipación dependerá el estado de la familia tuncena. Si los Poderes públicos se desinteresan de este aspecto de la causa nacional fracasaremos si nosotras no formamos un partido separatista femenino.

—Separatista, de quién, si Túnez ya está de hecho separado de Francia?

—Separatista del Neo Destour.

Me pareció una concepción nueva, pero no del todo irrealizable. El Neo Destour, antes de conseguir el objetivo propuesto, los convenios, ha sido separatista del Destour y de los Viejos Turbantes. Fantástico que las mujeres de una nación formasen un partido para combatir a los hombres y apoderarse de los mandos e imponer la monogamia y quién sabe si, emborrachadas por la victoria, la poliandria.

—¿Tienes alguna prueba de que los Poderes públicos se desinteresen de la emancipación femenina? Por el contrario, Burguiba me dijo...

—Palabras. Lo que importa son los hechos. Colaboro en la Prensa neodesturiana y no me lea más que los hombres. No hay ni siquiera 300 mujeres, en una población árabe de más de 300.000 personas capaces de leerme. Fuera de la capital no pasarán de 20.

Lo consideré un argumento de filo y contrafilo. Por una parte señala cierta desidia por parte del elemento masculino, que en los setenta y un años que ha durado la lucha por la independencia, todo lo que ha conseguido es que 300 mujeres puedan enterarse de lo que se dice en un artículo de un periódico, pero por otra parte constituye un argumento formidable para retratar indefinidamente la emancipación femenina. Tendrán que educarlas, instruir las, proporcionarles una preparación adecuada. Acaso la próxima generación...

Burguiba me habló de una dama que forma parte del Consejo Superior del Neo Destour.

—¡Una! La política que se debía haber seguido es la patrocinada por Taieb Haddad, el primer tunceno que se preocupó por nuestra emancipación... Tenemos que ser nosotras quienes luchemos por la conservación de la independencia de Túnez. No puede haber una sociedad sana y equilibrada en un país donde la mujer no desempeñe su misión plena y equitativamente.

Supuse que las primeras escisiones del Neo Destour las provocarían los Viejos Turbantes o la comunista Estrella Roja. Tal vez los republicanos, pero éstos apoyando a Jabib Burguiba... Que



La calle de la Herrería, en Túnez

fuesen las mujeres era cosa que no me había pasado por la imaginación.

—Pero si tú misma dices que sólo trescientas...

Me interrumpió rápidamente:

—El número de víctimas ha sido mucho mayor. Para morir por la independencia de Túnez no necesitaron saber leer ni escribir.

UN ASUNTO BASTANTE COMPLICADO

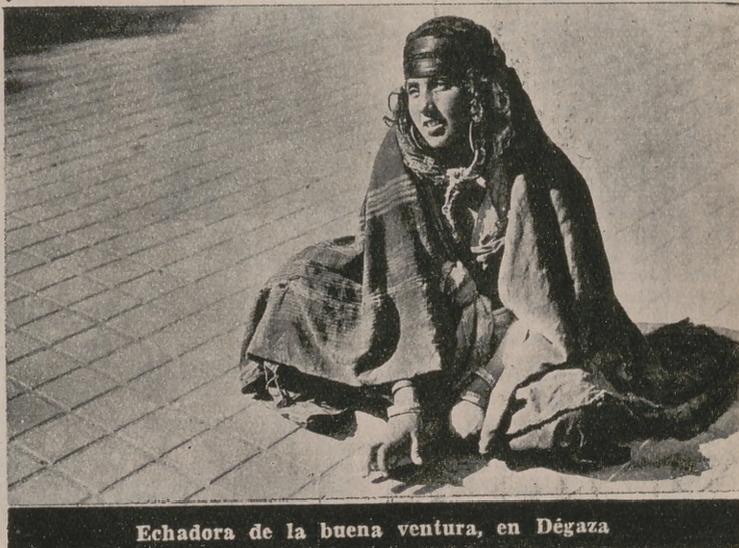
—Poco antes de que llegaseis vosotros—continuó diciendo Leila Mabruca—salí de esta casa Leila Fátima Arbussia.

—Disculpa mi ignorancia. Solamente llevo una semana en Túnez y aun no he tenido tiempo de aprender los nombres de los personajes más importantes. ¿Quién es Leila Fátima Arbussia? ¿Una separatista?

—Una institutriz.

—¿En «chomage»?

—No. No es eso... Leila Fátima tuvo una alumna. De las más dotadas. La semana pasada fué a despedirse de la institutriz. Sus



Echadora de la buena ventura, en Dégaza



Jóvenes de las tribus nómadas tunecinas



Grupo de muchachas árabes de Túnez

padres le obligaban a dejar la escuela porque había llegado a la edad de «ser puesta al abrigo». Leila Fátima visitó a sus padres. No consiguió nada. Por su culpa habrá mañana una buena tunecina menos consciente, útil a la causa... Una de las nuestras olvida sus deberes, sus verdaderos deberes, en todos los sentidos del vocablo, para hundirse en la esclavitud.

Leila Mabruca dramatizaba sobre un hecho que no tiene la menor trascendencia. Nada hace suponer que la alumna de Leila Fátima viviría mejor si estudiase una carrera o en esa esclavitud que consiste en casarse con un hombre rico, no hacer nada con sus diez dedos, recibir y visitar a las amigas, tener un porvenir asegurado, joyas y vestidos en abundancia. No me explico en qué Universidad le pueden dar mejor carrera.

De todas formas estas cosas primarias de libertad, esclavitud y romper cadenas han resultado siempre explosivas.

—Tenemos que defender nuestros derechos, con objeto de asumir mejor nuestras obligaciones en la nación, que vamos a edificar en armonía, si puede ser, con los hombres y no tolerar que bajo honorables pretextos continúe eludiéndose escandalosamente concedernos el acceso a la cultura.

Son, exactamente, las mismas palabras y los mismos argumentos que durante setenta y un años han venido utilizando los separatistas. No hay más que sustituir dos vocablos. Donde Leila Mabruca dijo «hombres», decir «franceses», y donde dijo «cultura», «independencia».

—Los tunecinos que se disponen a ser libres aceptan compartir sus responsabilidades con compañeras sometidas a las servidumbres de la ignorancia. No podemos convencer al pueblo de la necesidad de instaurar la monogamia mientras se les dé mal ejemplo.

—Os va a ser más difícil convencer a las solteras pobres que es preferible la miseria y el celibato a ser la segunda o tercera esposa de un hombre poderoso.

—No es un problema de bienestar, sino de dignidad humana.

Observé que a las «girls scouts» les interesaba poco el tema, cuando, en realidad, debían ser las más directamente interesadas.

—Si los hombres retrasan la emancipación total de la mujer



Mujer de la kasba tunecina

seguiremos el camino que nos han señalado las pakistanesas. El primer ministro de Pakistán es casado y se le ha ocurrido la triste idea de contraer segundas nupcias con su secretaria, una muchacha siria naturalizada canadiense. No contaban con la esposa del ministro de Finanzas...

—¿Qué tiene que ver la esposa del ministro de Finanzas en este litigio?

—Todo. Es la presidenta del movimiento de oposición a la poligamia. ¿Sabe usted lo que va a suceder?

—Como si lo estuviera viendo: el ministro de Finanzas saldrá por una ventana.

—Pese a su escepticismo, esta es una situación con la que tenemos que terminar inmediatamente. Un versículo del Corán mal interpretado, un talonario de cheques, y el hombre puede permitirse cada año un par de mujeres, sustituibles mediante un procedimiento expeditivo de divorcio. Una esposa para que cuide del fogón, otra para sus caprichos. Esta siempre muy joven. Una tercera y una cuarta por si se aburre. ¿Qué pensarían estas gentes, que parecen no tener ninguna prisa en abolir la poligamia, si un día su mujer les dijera que estaba cansada de su persona, fatigada de sus exigencias y de su egoísmo: que detestaba sus violencias y su falta de respeto y que pensaba tomar otro marido?

BURGUIBA ESTA EN EL BUEN CAMINO

En realidad, no eran muy nuevos los argumentos que expuso Leila Mabruca. Si no estuvieran en el mismo idioma diría que estaban traducidos de los utilizados en sus campañas por la egipticia Dora Shafik.

El Neo Destour y su jefe Bourguiba que llevan con tacto y buena voluntad este asunto no pueden tranquilizarse pensando que, en total, son trescientas en todo Túnez las mujeres que aspiran a una emancipación rápida. Menos de trescientos eran ellos cuando comenzaron y han conseguido la independencia de su país.

Estas trescientas antipolígamas van a dar mucha guerra. Si no un partido político ya hay un grupo que se da cuenta de que las tunecinas analfabetas y con sus caras tapadas, constituyen una fuerza en potencia, y procuran atráerselas halagando a las impacientes letradas. El grupo del As Sabah. Pueden—aunque no deberían—hacerlo porque todos son jóvenes, la mayoría solteros y los casados con una sola mujer.

Los muchachos de As Sabah, futuros republicanos de Túnez, no tardarán en estar más cerca de la política violenta que desarrolló Kemal Pachá que de la mesurada e inteligente de su jefe actual Habib Bourguiba.

As Sabah no duda que las tunecinas están llamadas a edificar, en una fecha muy próxima, el nuevo Túnez y que les compete ocuparse del problema de la mujer y concederle todo el interés que merece.

En este punto está de acuerdo con ellos el presidente del Neo Destour, pero por lo que pude co-

legir en el diálogo que con él sostuve, sin prisas porque aunque lo afirme el grupo menos transigente con la colaboración europea, no es cierto que la evolución rápida de la mujer musulmana de Túnez le haya hecho romper con la inercia que caracterizaba su vida pasada, ni que gracias a sus actividades múltiples se haya impetuado en la Sociedad Tunecina.

Frente a las trescientas activas, hay más de un millón y medio de «inertes» incapaces de comprender lo que se dice en un artículo de un periódico.

Lo que sí es verdad es que las mujeres tunecinas han conocido las cárceles, el sufrimiento, los campos de concentración y han escuchado el silbido de las balas a su alrededor y que tomaron parte activa en favor de la independencia.

Han peleado por la independencia de Túnez pero, con excepción de las poquísimas intelectuales que hay en el país, es de suponer que sus aspiraciones no iban más lejos, ni remotamente supondrían que al terminar la batalla se les reclutaría para una nueva disidencia, esta vez frente a los hombres.

Que han de desempeñar un papel importante en el futuro es cosa con la que todos están conformes pero antes han de prepararse para que lo puedan desempeñar. No las van a nombrar, por ejemplo, maestras si no saben leer ni escribir. Tendrán que empezar por la primera enseñanza, y esto, con la nueva generación, pues no es fácil que las ya adultas puedan adquirir una instrucción que les haga aptas para ocupar cargos e intervenir en la política del país.

Por ahora lo que les faltan son mujeres capacitadas a quienes poder confiar puestos de responsabilidad.

Hablábamos de las maestras. Calculamos una población escolar femenina de ciento cincuenta mil. ¿De dónde van a sacar el profesorado? Si hubiese muchas mujeres letradas podrían crear escuelas normales y cursos intensivos, pero no las hay.

Una solución podría ser que las maestras fuesen francesas. Solamente durante unos años. En tanto se especializaban las niñas musulmanas, pero las francesas, en su casi totalidad ignoran el árabe, y no podemos olvidar que el árabe es hoy el único idioma oficial de Túnez. El francés no pasa de ser una lengua tolerada.

Esto, en lo que se refiere a los cargos públicos. En lo referente a la poligamia el asunto es más complicado y hay que contestar a dos preguntas.

Primera. La mayoría de las mujeres tunecinas ¿prefieren la monogamia?

Segunda. Una nación mahometana sin caer en la heterodoxia ¿puede abolir de derecho una sura coránica?

Posiblemente hay una solución. Burguiba es un hombre muy inteligente y no le ha podido pasar inadvertida. Por el primer matrimonio que contraiga un musulmán no pagará ningún impuesto, pero por los sucesivos serán tan elevadas las cargas fiscales, que de hecho resultará prácticamente imposible que un hombre se vuelva a casar mientras viva su primera mujer.

Pero no es una solución exenta de inconvenientes. Incitaría a los ulemas, a los Viejos Turbantes, a los hombres de religión sin cuyo apoyo no es fácil que pueda gobernar el Neo Destour. Luego, el divorcio dentro de la ley coránica es la cosa más sencilla. Basta con devolver a la esposa el «sadoc»—la dote—y llevar el asunto ante el caid que tiene que concederlo siempre cualquiera que sean las causas que se aleguen y aunque no se alegue ninguna causa.

Ya no era una sura lo que habría que abolir, sino toda la Legislación coránica en la que se refiere a las relaciones familiares, sustituyéndola por la cristiana y haciendo difícil el divorcio.

Las cosas no son tan sencillas como pretendió hacérmelo ver Mabruca.

El grupo As Sabah ha fijado su posición.

—Vamos a concentrar seriamente nuestra atención sobre el problema de la mujer no para perdernos inútilmente en discusiones vanas sobre su participación junto al hombre en la obra emprendida al servicio del país y sobre la necesidad de que tenga una educación igual a la nuestra.

Bien, pero con pausa para no desorganizarlo y desequilibrarlo todo.

Estudiar el problema con calma y buena voluntad para orientarlas y que sus voces puedan oírse, porque se trate de voces autorizadas.

Burguiba se encuentra en la buena vía, pero la impaciencia de las trescientas Mabruca le puede causar serios enojos.

¿A QUIEN LE CORRESPONDE EL TURNO?

Ya es independiente Túnez. ¿A quién le corresponde el turno? ¿A Argelia o a Marruecos? Francia lleva el mismo camino de Inglaterra. Y no se ve cómo podría evitarlo. Los ingleses han perdido en poco tiempo Palestina, la influencia en Persia, Egipto, la zona del canal de Suez y la India.

Los franceses perdieron Siria, Indochina y ahora Túnez, con la agravante de que no van a tener más que gastos sin ningún beneficio.

Es la política de los Calzones Caídos que se le ha dictado a las dos Europas, a la vencedora y a la vencida.

En Francia nadie estaba de acuerdo en lo referente a la independencia de Túnez, pero la necesidad, y el no poder aplicar una solución de fuerza, se ha im-



Zoco de las afueras de Túnez

puesto. En el mismo Ejército las opiniones estaban divididas. La «Gran Muda» habló:

El general Cochet, escribió: «Algunos desean que el Parlamento francés se niegue a la ratificación de los convenios franco-tunecinos, lo que constituiría, en mi opinión, una falta grave. Un levantamiento se produciría y esta vez los sublevados no serían una minoría, sino todo el pueblo.»

El general Acomeran no parecía estar muy de acuerdo con su colega:

«Si el «golpe» tunecino tiene éxito, después del golpe indochino, en seguida podemos pasar a Argelia.

Prever su separación de Francia es solucionarlo por la vía de la desertión.

Todavía no conozco ningún desertor que no haya sufrido su castigo.»

¡Qué mala memoria, mi querido general! ¿Y el comunista Marty? ¿Cómo le castigaron ustedes? Recuérdemelo, que se me ha olvidado la fecha en que le llevaron a la guillotina.

SEÑORES TUNECINOS

Señores tunecinos, ya son ustedes independientes. Ahora, ¿qué?

—Pues ahora para la juventud tunecina no es cuestión de ser yemenitas ni turcos, la mentalidad feudal, el materialismo estatal, ni el inmaterialismo fácil tienen lugar entre nosotros. No ha sido por pura casualidad por lo que el Neo Destour y la U. G. T. T. (los socialistas que me parece un poco difícil que se echen a la calle dando vivas al Bey y a la Teocracia) han roto con los métodos pulverizantes y benignos de «los fumadores de «narghilé». Tampoco es por casualidad por lo que cerramos los oídos a los «boul émissaires» de los dos mundos antagonistas. (Los dos mundos antagonistas son Occidente y Rusia, evidentemente), ¿qué le parece?

—No sé. Yo soy un fumador de puros que simpatiza con los fumadores de narghilé.

Ni con un mundo ni con otro... ¡Qué difícil va a ser esto!

SEÑORES FRANCESES

Señores franceses: Ganaron ustedes la guerra y ahora «hay que pagar la victoria» con dos millones de kilómetros cuadrados de territorio colonial.

—C'est drôle. N'est pas?



Vista panorámica de Vall de Uxó, en la zona de contacto entre la montaña y la llanura

VALL DE UXO CALZA A MEDIA ESPAÑA

LA ARTESANIA FUE LA SEMILLA
DE LA GRAN INDUSTRIA ZAPATERA

UNA POBLACION DINAMICA, EN MARCHA

LA Vall de Uxó se encuentra en la zona de contacto entre la montaña y la llanura. Casi recostado en la serranía de Espadán es éste un núcleo humano de espaldas guardadas.

Pero hay otra seguridad, en este valle del río Belcaire, que poco tiene que ver con el resguardo de vientos interiores y la agradable recepción de una brisa que viene directa y de lejos. Es algo distinto a los picachos de Espadán y los contrafuertes montuosos lo que guarda también de malos años la espalda de la Vall de Uxó. Lo que a esta ciudad la asienta segura sobre sus cimientos de trabajo es el que no falta esa labor, que aquí no es intermitente ni a rachas sino continua, a caño suelto, como las fuentes pródigas.

Es ésta, la de la Vall, una po-

blación dinámica y con la vista puesta en el porvenir. Un sitio donde, además de la labor sosegada y sedante de la agricultura —en la forma en que la tierra sabe cultivarse por el hombre del Levante feliz— floreció, desde muy antiguo, una artesanía silvestre que luego se hizo hasta moruna, y donde trepida ahora la industria en el sentido más moderno, emprendedor y multitudinario que se le pueda dar a esta palabra.

Parece que los moros llamaron a esta tierra de Uxó «Valle del Sol», y el alto simbolismo que los musulmanes guardan para el astro del día nos puede dar idea del aprecio con que aquéllos tuvieron a este valle y a aquel poblado que, entonces, como hoy, estaba en su sitio natural, como una perla que no ha sido movida de su estuche de conchas.

EL OFICIO DE LA SOGA AL VIENTRE

El escudo que desde antes a ahora conserva la ciudad de la Vall tiene un sol dibujado sobre una torre de homenaje. Y ese sol de Uxó podrá tener su origen en el recuerdo del dominio mahometano en esta tierra, pero hoy, puesto encima de una fortaleza histórica, tiene un simbolismo cristianizado y hasta un poco eucarístico.

Pero no es en el pasado sino en la actualidad donde Vall de Uxó tiene su mayor importancia, aunque es sobre una antigua tradición artesana como ha podido montarse el complejo industrial que adornan ahora a esta ciudad de trabajo.

Bajo los algarrobos vemos todavía viva a la vieja artesanía local de los cosedores de cáñamo, esos alpargateros que sobre bancos pequeños, individuales y bajos, como pupitres de corania, construyen el enroscado de una suela resistente y duradera como para andar con ella por las agrestes montañas que se levantan a espaldas de esos hombres. Es la estampa de la más pura artesanía ese cobijarse bajo las ramas de unos árboles viejos y fuertes para trabajar sin prisa, pero también sin pausa, fuera del horario fijo, al campo libre y el aire sano de la montaña. Y hacerlo con la dedicación y

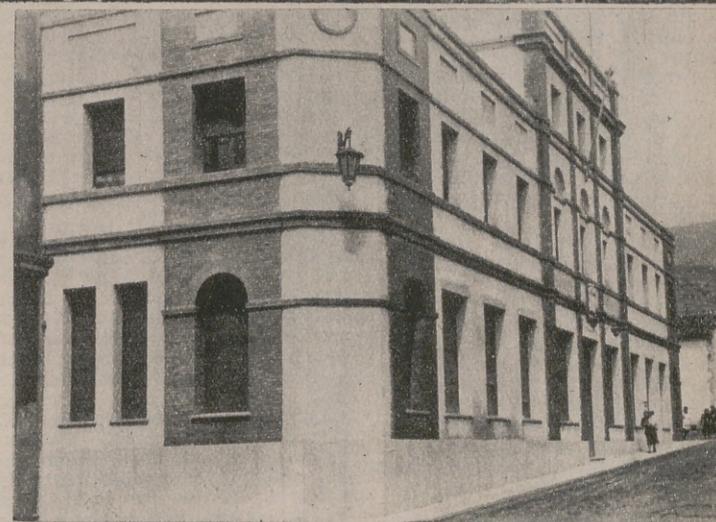
delicadeza del artista que se complace en la obra bien hecha.

La cuerda de cáñamo que es empleada en estos trabajos es hilada por los «filaors» que vemos también en este campo de algarrobos con la faja repleta de fibra de cáñamo, que acompañan con los dedos mientras van andando hacia atrás frente a una gran rueda. El «menaor» es quien hace girar la rueda de hilar. Este trabajo suele hacerlo un chiquillo. Las fibras se tuercen y se hilan con las vueltas de la rueda mientras el «filaor» camina para atrás y va cada vez más lejos con el extraño cordón umbilical que le une a la rueda de hilar el cáñamo.

RUEDA DE HILAR, EN EL HUERTO DE CORDE- LERS

Donde vemos más «filaors» reunidos es en el «Hort de corders» que es el lugar más tradicional para esos trabajos de hilatura. El más extraño cuadro de hilanderas que puede verse lo tenemos en este huerto de cordeleros de la Vall de Uxó. Las ruedas están colocadas a un extremo y al otro del «Hort de corders» y los hiladores caminan siempre hacia atrás dando vista a las ruedas de hilar.

Son hombres maduros, viejos ya algunos de ellos. Llevan sombreros de paja para resguardarse del sol. Sombreros deshilachados. Ca-



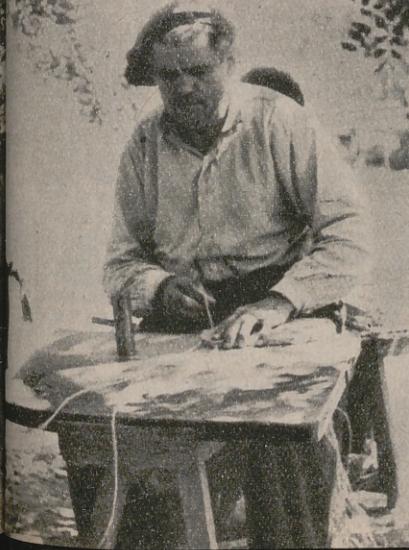
El nuevo Palacio de Comunicaciones de la Vall



Edificio del Instituto Laboral, orgullo de la ciudad



Hiladores de cáñamo y alpargateros practican una artesanía que ha sido semilla de la gran industria de Vall de Uxó



minan de un extremo a otro del huerto como frailes en rezo; como unos extraños frailes de la cuerda que construyesen, el caminar de espaldas, su mismo cordón monacal.

«¡Mena chiquet!», le grita el más viejo, el decano de los hiladores, al niño que da vueltas a la rueda. «Mena» quiere decir con-

duce o gira y «chiquet» quiere decir muchachito. Pero, según parece y explica el vecindario del «Hort de corders», los gritos de los hiladores a los muchachos que dan vueltas a la rueda cada vez que la velocidad disminuye a veces son de un carácter mucho menos fino de los que hemos oído durante nuestra visita en la que



Plaza de la Fuente, en la vieja Vall

un «filaor» llegó a gritarle al niño de la rueda nada menos que «¡Mena angelet!» o sea ¡gira angelito!

El más viejo de los «filaors» que trabajan en «Hort de corders» es don Manuel Pas Peirats y el más joven de todos su «menaor», el niño José Soria, que hace poco que ha llegado a Vall de Uxó desde su pueblo de la provincia de Albacete.

Uno de los hiladores que vemos en este huerto, don José Paulo Llovet, trabaja con una rueda automática que gira con rodamiento de bolas accionada por un sistema de poleas que hace funcionar el mismo «filaor» en su marcha hacia atrás. Nos dice este hilador que con el nuevo sistema se ahorran jornales de niños, cuyo trabajo ahora está muy caro y el oficio artesano de la cordelería no da para tanto.

LA ARTESANÍA, SEMILLA DE LA INDUSTRIA

Una prueba de que la artesanía es la semilla de la industria la tenemos bien clara en Vall de Uxó, una ciudad que antes de ser industrial fué artesana y si ha llegado a la pujanza que hoy tiene lo debe al fondo humano de artistas laborales que desde muy antiguo habitan y enriquecen de posibilidades de trabajo este valle.

Hay una historia humana, que no es muy vieja pero que ha adquirido ya categoría de conceja y ejemplo en los fuegos de la Vall. Esta historia habla de un hombre que se llamaba Silvestre y que nació en una familia de posición modesta. Fué a la escuela de Vall de Uxó, pero muy pronto tuvo que ponerse a trabajar. A los once años hacía de chico de recados en un café de la localidad. Después, a los dieciséis años le vemos conduciendo un carro de alpargatas de cáñamo por los caminos de Aragón y Castilla, mientras en los viajes de vuelta llevaba harina a la Vall.

A los diecinueve años nuestro joven seguía sus transportes de harina y alpargatas. Harina de Aragón y de Castilla que se vendía muy bien por la Plana y alpargatas de cáñamo construídas en la Vall de Uxó que eran apreciadas en las tiendas pueblerinas.

Luego nuestro hombre se casa y, al año, crea una fábrica de alpargatas con el propósito de su-

ministrar al Ejército. Va a Marruecos y recorre también toda la Península ofreciendo sus muestras. Visita los distintos regimientos y habla con los jefes de la Intendencia militar.

En 1912, con quince mil pesetas de capital y otras cien mil que tenía su padre, forma con éste una sociedad alpargatera que se propone la fabricación en serie. Esta fábrica de alpargatas era transformada en 1918 en fábrica de calzado playero en una primera etapa, y dos años más tarde, en fábrica de calzado mecánico de piel.

Una primera aspiración era la de producir ciento veinticinco pares al día, pero luego se vió que con la racionalización del trabajo y unas normas intuitivas de productividad se producían en una jornada quinientos pares, primero, y luego se podía llegar a los tres mil.

La fabricación en grandes cantidades le daba a don Silvestre Segarra ventajas para concurrir a las subastas de abastecimiento del Ejército, a cuyas juntas económicas de las distintas Armas y Cuerpos visitaba en sus frecuentes viajes incluso al mismo teatro de operaciones en África.

Botas militares, zapatos, alpargatas, borceguies... salían de la Vall de Uxó en carruajes hacia los puertos de embarque y las estaciones de ferrocarril.

Los fabulosos pedidos se lograban, según nos cuentan, no por trato de favor sino por concurso entre varios posibles proveedores. La fábrica creció al ritmo rápido que exigían sus necesidades.

A LA ALTURA DEL BETUN

Este fué el origen de la mayor industria de calzados que tiene la Vall de Uxó, y que ha sido la base de su actual riqueza. En ella hoy encuentran trabajo un gran número de familias obreras, muchas de las cuales llegan de distintas provincias españolas.

El estadio construído en la Vall pertenece a esta industria que cuenta con una colonia obrera de más de cien viviendas, una escuela de niños, otra de niñas y la correspondiente clase de párvulos. Esta colonia de trabajadores tiene también su propia capilla.

Más que los bombos que remojan pieles, las máquinas de descarnar, las calderas y depósitos de curtido, los cilindros donde se alisa la suela, los gigantes secaderos de piel americana, las naves de fabricación de calzado, el aprovechamiento de los desperdi-

cios para abonos orgánicos o los métodos por los que se fabrica el cartón de los embalajes nos interesa la obra social que esta industria realiza en favor de sus trabajadores.

Junto a la Fábrica de Calzados Segarra rodeada de jardines, vemos la clínica para obreros que ha edificado y costea la Empresa. Esta clínica fué construída en 1944 y ha rendido ya grandes beneficios asistenciales en favor de los trabajadores. Consta de dos amplias salas de espera para enfermos; consultorios para las distintas especialidades; dos quirófanos con su correspondiente sala de esterilización; gabinetes de electrología y radiología, así como laboratorio y farmacia.

Los cuatro pabellones forman como un cuadro que tiene un jardín interior con sus pérgolas floridas y bancos de reposo. Las habitaciones de los enfermos dan a ese jardín de surtidores y azulejos.

El personal médico puesto al servicio de esta Mutua colaboradora ha realizado veinticuatro mil visitas domiciliarias a los asociados que se encontraban enfermos y ha habido más de cuatro mil visitas en la Policlínica y casi doscientas intervenciones quirúrgicas. En los momentos en que visitamos esta institución los quirófanos están preparados para unas intervenciones de urgencia.

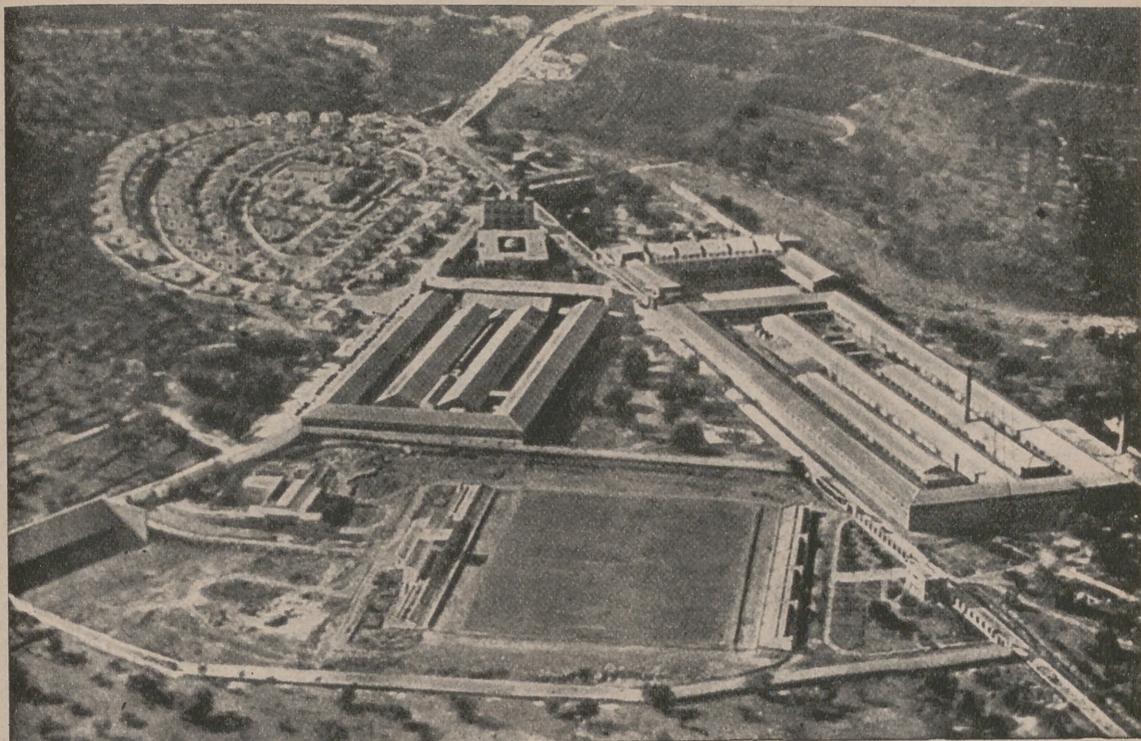
PREVISION, COTO Y PAELLA

La Mutualidad Patronal sobre Accidentes de Trabajo cumple con todas las obligaciones legales y, en caso de accidente que produzca una incapacidad temporal, abona al accidentado el setenta y cinco por ciento del salario durante el tiempo en que esté dado de baja.

Pero hay también una Mutualidad de Previsión Social que es colaboradora del Seguro de Enfermedad. Cuenta con una plantilla de nueve médicos de asistencia pública domiciliaria, o sea la totalidad de los que ejercen en Vall de Uxó, y con un cuadro de médicos especialistas que se desplazan desde sus localidades de residencia para prestar servicio en la Policlínica del Vall de Uxó cada vez que son requeridos para ello. Los productores ejercen su derecho a elegir el médico especialista que deberá atenderles.

Otras realizaciones sociales de previsión, aunque no de carácter estrictamente sanitario, son la Caja de Ahorros en cuyas libretas el trabajador disfruta de un interés de un seis por ciento libre de impuestos; el Coto Escolar de Previsión con grandes extensiones pobladas de pinos; la Mutualidad Escolar que cuida de la formación de dotes infantiles, ahorro de primer grado, bolsas de estudio y de viaje y otro beneficio establecido es el de los Créditos Personales al productor que se conceden libres de toda carga e interés mediante un sistema de amortización que es convenido, según cada caso, en el momento en que ese crédito personal es concedido.

La gran empresa de fabricación de calzado radicada en Vall de Uxó tiene también unos comedores y cocinas para obreros. Nos muestran esas instalaciones. Los comedores ocupan dos amplias naves en ángulo y tienen una ca-



Vista aérea del estadio, colonia obrera y fábricas de Segarra en Vall de Uxó

pacidad de dos mil ochocientas personas. Las naves son de fácil acceso por puertas que dan a una galería sobre un gran patio interior de una de las fábricas. Hileras de mesas de mármol están preparadas para recibir a los comensales pocos minutos después de que suene la sirena.

En esos comedores se facilita a los trabajadores la comida del mediodía por el precio de dos cincuenta pesetas. Una comida que suele consistir en arroz, pan, vino y postres.

También nos muestran una instalación de fogones en hilera donde los obreros pueden prepararse «paellas» al mejor estilo de la región valenciana.

Otra gran realización social es la de la Escuela de Aprendices, una magnífica instalación que nos muestra el profesor de la misma don Ernesto Pérez.

En los patios interiores hay numerosas bicicletas colgadas. Son de los obreros que desde varios pueblos de alrededor vienen a trabajar en las instalaciones industriales de Vall de Uxó.

La Vall es ahora uno de los lugares de mayor densidad laboral de toda la provincia de Castellón de la Plana. Aquí se da muy claramente el fenómeno de la inmigración interior, o sea la llegada de familias obreras procedentes de otras provincias y que vienen a Vall de Uxó en busca de un mayor nivel de vida y más fáciles y seguras posibilidades de trabajo. La población de hecho rebasa ahora los quince mil habitantes.

SUBURBIO Y SIGNOS EXTERNOS

El ejemplo de crear una potente industria de calzado partiendo de la solera laboral y la destreza de los alpargateros de la Vall ha tenido su imitación. Ha sido creada otra fábrica de calzado que ocupa

a más de doscientos trabajadores. Don Enrique San José Mínguez ha creado esa segunda industria de calzado en el Valle de Uxó, con lo cual se ha aumentado, todavía más, las posibilidades de trabajo.

Basta andar por las calles de esta ciudad trabajadora para darse cuenta de que en ella la riqueza material no queda estancada ni es improductiva sino que se moviliza continuamente y circula de una mano a otra. Los pequeños comercios, las cafeterías, las salas de espectáculos... tienen en la numerosa población de obreros especialistas un cliente asegurado.

Y esa población laboral aumenta de día en día a ojos vistas. Puede decirse que un cuarenta por ciento de los trabajadores industriales que hay ahora en la ciudad no han nacido en la Vall, sino que llegaron aquí procedentes de otras localidades. Esto hace que en Vall de Uxó se produzca ese fenómeno típico de las grandes capitales. Se da aquí el caso curioso de que una ciudad

como esta, que no es cabeza de partido judicial, tiene que enfrentarse con todo un problema de suburbios.

Como las grandes capitales, Vall de Uxó tiene su zona de urbanización y ensanche, sus zonas verdes de arbolado y jardines, sus bloques de viviendas para trabajadores, pero tienen también barriadas suburbanas, que han crecido casi por generación espontánea. También aquí se ha presentado el fenómeno de la cueva, y hay un barrio entero al que llaman de Toledo, en el que habitan trabajadores de la inmigración interior procedentes de muy distintas provincias.

El Consejo Municipal de Vall de Uxó, a la cabeza del cual está el Alcalde patriarca del Valle, don Juan Porcar Arnáu, tiene que enfrentarse con los agudos problemas de vivienda que crea la continua afluencia de gentes en busca de trabajo en las industrias de calzado.

Antigua ermita de San José, próxima a Vall



LOS ALTAVOCES DEL INSTITUTO LABORAL

Esta es una ciudad que parece una amasadora de hombres de distintas procedencias, pero no una amasadora que lleve al trabajador hacia el rasero de la masa, sino que los encamina a la especialización laboral, que es como decir a la dignificación por medio del trabajo.

Un servicio de altavoces colocado en el edificio del Ayuntamiento pregona las ventajas de cursar estudios en el Instituto Laboral de Vall de Uxó y las «salidas» que estos estudios tienen. Entre canciones y marchas de juventud, los altavoces gritan la necesidad de una especialización técnica para ser más capaces en el trabajo y útiles a la Patria.

El Instituto Laboral de Vall de Uxó ha sido construido en la zona de ensanche. Es un magnífico edificio de líneas clásicas, dotado de las instalaciones necesarias a la enseñanza profesional y técnica en su modalidad industrial.

Un escogido cuadro de profesores jóvenes rige este centro, que tiene el sentido de modernidad y eficiencia que es ya característica de los Institutos Laborales.

Su director es don José Sánchez Adell, quien nos muestra las distintas dependencias. El aula magna, el laboratorio de Química y el de Ciencias Naturales, la biblioteca, el archivo y los talleres de maquinarias que en estos momentos están en espera de su instalación definitiva en nuevas naves del edificio.

Nos presentan al vicedirector y profesor de Religión, reverendo don Alvaro Capdevila Nebot; al secretario, don Gonzalo Ferreró Tolosa; al de Cultura Industrial, don Luis Ros de Ursinos, y al de Matemáticas, don Pedro Gras.

Estamos en un momento de salida de las clases y vemos a esa vanguardia de alumnos que cursan estudios en el Instituto Laboral de Vall de Uxó cómo se dirigen al patio para aprovechar el descanso entre una clase y otra.

La misión del Instituto Laboral de Vall de Uxó —nos explican— es la de todos los centros culturales de esta nueva enseñanza profesional y técnica. Se trata de evitar el señoritismo inútil y el afán de ir a las ciudades para estudiar las carreras tradiciona-

les. Se quiere, para remediar esto, encariñar a los jóvenes con el trabajo propio del ambiente en que viven y capacitarles técnicamente para que lo puedan desarrollar con el mayor provecho. Por medio de una formación cultural elemental e iniciación técnica profesional de ensayo de vocaciones se quiere encaminar a la juventud trabajadora hacia los estudios técnicos de carácter medio, que son los que más precisa actualmente nuestro ambiente de trabajo. Es, ni más ni menos que la dignificación social de la clase trabajadora al elevar el nivel cultural medio en los ambientes rurales, de industria, marítimos y pesqueros.

El cuadro de profesores del Instituto Laboral de Vall de Uxó vive en estos momentos la emoción creadora y fundacional de su centro de enseñanza, que ajustan a las necesidades específicas de la localidad hasta lograr que el Instituto sea como una pieza perfecta y lograda en las manos del ajustador. Sin demagogia, sin caer en el mecanicismo, con altura cultural y precisión técnica, este Instituto tiene la gran misión de darle otro vuelco a la mentalidad de este Valle, tan transformada ya por el trepidar de sus industrias.

LA MUSICA EN LA SANGRE

Tienen muchas ganas de trabajar esos profesores del Instituto Laboral de Vall de Uxó, y por eso no se contentan con un trabajo de puertas adentro, sino que van fuera con su Cátedra Ambulante y sus equipos de altavoces, que hacen propaganda en favor de unos estudios de especialización que tienen en las industrias del Valle una amplia «salida».

El Instituto organiza cursos nocturnos para trabajadores, cursos de extensión cultural, ciclos de conferencias, veladas teatrales, audiciones de discos, explicaciones de divulgación científica con diapositivas... y todo con un sentido de modernidad que raya casi en el deporte de una enseñanza nueva y revolucionaria.

Vall de Uxó tiene en su Instituto no solamente un centro de enseñanza para escolares de estudios medios, sino un gran núcleo de

irradiación cultural que despierta inquietudes del espíritu también en personas adultas, y hasta en viejos, que asisten también a los actos de divulgación que en el Instituto Laboral se organizan.

Hasta una orquesta de pulso y púa está organizándose por los profesores del Instituto Laboral, que encuentran en esta ciudad un bien abonado terreno para sus propósitos a este respecto.

Vall de Uxó lleva a la música en la misma masa de la sangre. Este es un Valle de resonancias musicales. Aquí ha llegado a haber hasta cuatro grandes bandas de música, que la afición popular de los trabajadores hizo vivir y crecer simultáneamente. Y en Vall de Uxó se ha cantado el «Parsifal» en la plaza pública por una masa de coros en la que participó casi todo el pueblo.

Aquí se canta en coros, solidariamente, y se organizan bandas de música compuestas por gente del pueblo, la mayoría de la cual lleva en pentagrama sólo por el qué dirán, pero se fía más del oído innato, de la finísima sensibilidad para los tiempos y modulaciones. Parece que el «oído valenciano» tiene en Vall de Uxó una de sus principales cajas de resonancia.

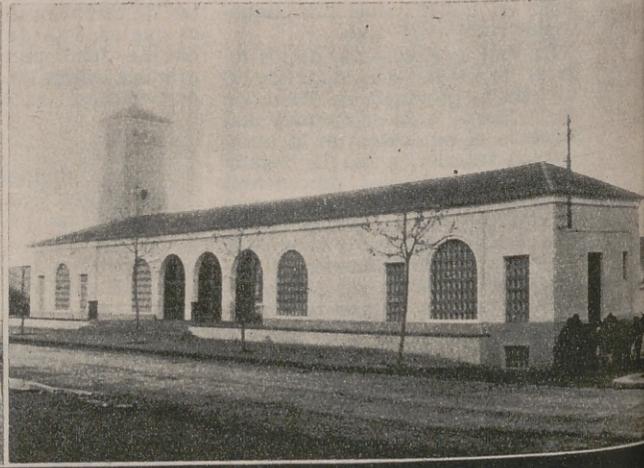
El sentido del acorde, de la masa coral, la solidaridad de los hombres que cantan al compás de una batuta es algo que parece esencial a la naturaleza misma de esta tierra, donde se da el caso de que trabajadores que llegan de pueblos y localidades en las que se acostumbra más el jaleante cante individual, adoptan rápidamente en este Valle la solidaridad del canto, y son después los más entusiastas partidarios del estandarte, el coro y la banda de música.

Aquí los hombres trabajadores se remozan y parecen adquirir un espíritu nuevo, abierto a la esperanza.

La misma ciudad de Vall de Uxó ha tenido que remozarse a sí misma, ya que fué una población muy dañada por nuestra guerra de Liberación.

UXÓ, VALLE DE LA ESPERANZA

El frente de guerra estuvo estabilizado muchos meses en las se-



Entre las nuevas obras de Vall de Uxó figura un Grupo Escolar (fotografía de la izquierda) y el Mercado Municipal (derecha)

ranías de Espadán y Vall de Uxó sufrió abundantes bombardeos y hasta sus industrias fueron víctimas de desmantelamiento.

Al ser liberada, el 29 de marzo de 1939, Vall de Uxó ofrecía un aspecto desolador. Una tercera parte de sus edificios estaban seriamente siniestrados.

Luego Vall de Uxó fué ciudad adoptada por el Generalísimo y comenzó una rápida reconstrucción.

Regiones Devastadas reconstruyó el grupo escolar «Cervantes», que había quedado derruido casi completamente, y construyó otro nuevo grupo escolar con seis grados de enseñanza.

En 1943 se entregó un primer grupo de viviendas protegidas. En 1946 se levanta el nuevo matadero municipal. En 1951 se hace entrega de un nuevo grupo de viviendas y es construido el nuevo mercado público.

Fuera de la estricta gestión municipal, y con ayuda directa del Estado, han sido construidos en esta ciudad el Hogar Infantil de Auxilio Social, el palacio de Comunicaciones, que es uno de los mejores de la provincia; nuevos grupos de viviendas protegidas y la magnífica realización del Instituto Laboral.

Pero también el Municipio valdixense ha realizado grandes mejoras en beneficio de la ciudad, como el de la pavimentación y alcantarillado de calles y la gran mejora que ha supuesto para todos los habitantes la construcción del pozo de la Rambleta, que, además de solucionar un viejo problema, ha contribuido a que la riqueza agrícola del Valle experimentara un magnífico crecimiento.

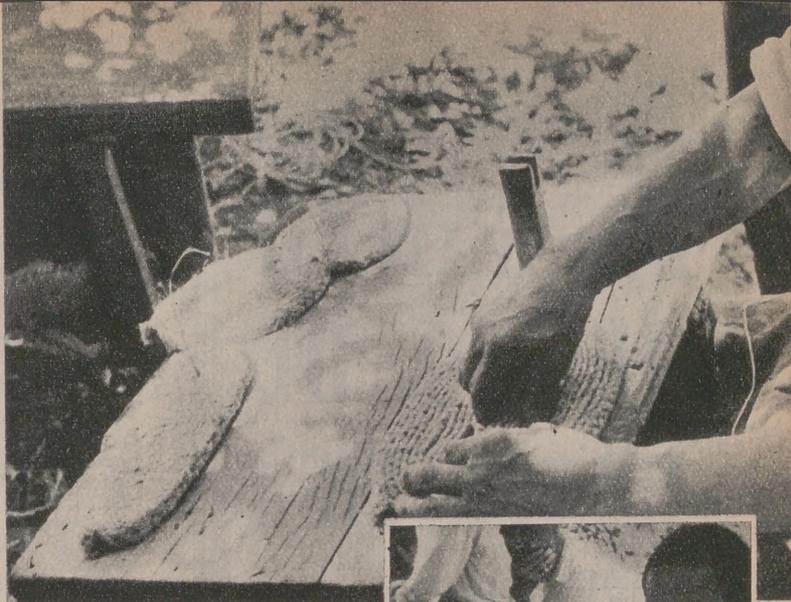
La voluntad de resurgimiento y mejora ha tenido, en los últimos tiempos, su esforzada demostración en este cuenco de tierras, y junto a estos gigantescos espaldares de picachos que resguardan a la industria.

DE CUERO Y CARNE MORTAL

Cuando suenan las sirenas, una avenida de gente —una multitud de varios millares— sube desde la zona industrial hacia esas calles recoletas a las que el avance de la técnica no ha podido quitar ese tipismo que es un poco de pueblo de serranía, con sus tiendecitas no muy especificadas, en las que puede haber un poco de todo.

En esas carnicerías de portal, portal que ocupan solamente un ángulo, como si no quisieran estropear la ancha entrada de una casa solariega, se entrelazan el utilitarismo y la dignidad de las viejas familias. En portales, acostumbrados de muchos años al carro de labor y a la guarda del arado y los aperos, puede haber, en una esquina, un pequeño estanco vergonzante, o un colmado o mercería larvada, que tenga todas sus existencias comerciales colgando en un casi improvisado escaparate.

Y es que en Vall de Uxó hay un aire de población que fué quieta y tranquila, con pulso de artesano y agricultor al que sólo alteraba un poco la emulación de



esas dos parroquias que parecieron en algún momento rivales en premios al catecismo, en el fútbol y los trompazos de la joven feligresía; pero no en el dogma, aunque otra cosa creyese alguna beata temerosa de un cisma ecuménico originado en las sacristías de Vall de Uxó. Una población de alfareros un poco moriscos y casi adoradores del sol que secaba sus cacharros. Un pueblo de cordeleros de cáñamo y confeccionadores de alpargatas, unidos por la cofradía y un poco puestos en rivalidad de barrio y de parroquia. Un pueblo que supo superar sus diferencias para el «Parsifal» colectivo en la Plaza Mayor, para dividirse otra vez, inmediatamente, en bandas y banderías de una irrefrenable afición musical.

Sobre toda esta base popular y antigua ha venido todo eso de la gran industria y la llegada de esa especie de buscadores de oro ávidos de un sitio de trabajo en el gran zapateo de la producción en serie.

Son como dos superestructuras. Es como el alma y el cuerpo. Dos cosas distintas, dos estructuras diferentes de una misma ciudad, pero unidas de una manera sustancial. Y el día que esto deje de ser —cosa que creemos imposible—, Vall de Uxó habrá muerto a la manera de las personas.

Pero no hay síntomas de de-



La alpargata de cáñamo de la Vall la piden de todo el mundo

crepitud ni de vejez, sino de una potencia cada vez más grande. Más bien parece que este Valle va en camino de convertirse en una especie de Josafat temporal, en el que pueda juzgarse, a lo terreno, toda la humanidad y el mundo del zapato.

Que no porque este artículo básico ande por los suelos deja de estar hecho de cuero y hasta de carne mortal.

Francisco COSTA TORRO
(Enviado especial)



Edificio de Auxilio Social destinado a Guardería Infantil, en Vall de Uxó

EL SANTO OFICIO DE LA CRITICA

Por MARTIN ALONSO

NO supone el título de este trabajo un intento de resucitar el Tribunal del Santo Oficio para colocarlo en paralelo con otra magistratura inquisitorial de la crítica. Prefiero seguir el hilo etimológico de estas dos palabras y aplicarlas a la crítica en toda su anchura semántica y en su más hondo discernimiento literario.

Santo, etimológicamente, vale tanto como «puro, inviolable». Oficio, de «officium», expresó primero «el trabajo o ejecución de una obra»; penetró más tarde en la filosofía ciceroniana con el significado de «obligación, deber». (Cic. Off. I. 38). En época más reciente admitió la acepción de «servicio prestado», ayuda, como el «ops, opis» de los latinos.

Desde nuestro ángulo de inquisidores de la crítica, nos interesa examinar su santo oficio, es decir, su obligación inalienable, su pureza de miras.

No trato de sistematizar el quehacer crítico ni analizar frases como éstas, convertidas en normas de acción: «Yo tengo mis ideas, mis gustos y mis puntos de vista. El método será lo que el crítico quiere que sea. Para Menéndez y Pelayo, el acto de apreciación de la belleza encierra un juicio y un sentimiento. Hemos de admitir principios en la crítica, so pena de someterla a impresiones subjetivas. En el pensamiento de Azorín, la crítica es una opinión personal. No hay más que una crítica: examen, observación, asociación, disociación. Ortega y Gasset opina que no es misión importante de la crítica tasar las obras literarias, distribuyéndolas en buenas o malas. Cada día interesa menos sentenciar. A ser juez de las cosas, es preferible ser su amante.»

La crítica escrita se enraiza en la vida como función integrante del periodismo. En un círculo de estudios, lo mismo que en las columnas de la Prensa, la crítica puede convertirse en hablilla de patio de vecindad, o, por el contrario, en espejo de la verdad y rueda de serpentina donde se insertan incógnitas con todas las dimensiones religiosas, políticas, sociales, filosóficas, éticas y literarias.

¿Cuál es el oficio de la crítica? ¿Es una habilidad para encontrar defectos? ¿El arte de prodigar elogios al buen tuntún por un tanto convenido? ¿La patente de pensar en voz alta y de manifestar los gustos personales al público resignado? ¿La contrasena para encumbrar nombres de secta, compañerismo o banderías exóticas de moda? Eso, en buen castellano, se llama censura, capricho, comercio o adulación.

«Leo cuanto se escribe sobre nuestros escritores vivos—nos dice Azorín—y compruebo que, en casi todos los casos, por no decir en todos, lo que se hace no es "crítica", sino "elogio".» Si decimos que el libro es malo, ¿qué nos pasará con el autor? Por no enemistarnos con él, valdrá más que las cosas se desenvuelvan ellas solas y decir de tal o cual libro cuatro generalidades halagüeñas. La caridad bien organizada empieza por uno mismo.

El crítico digno de su nombre debe reconocer en los fueros del arte un ideal de belleza y crear estados de alma en la valoración de las obras. Torcerse por el interés o no encontrar sino virtudes

cultivadas por el juez que dictamina, es falta de comprensión y de arte crítico. ¿Qué cosa más contraria a la razón que despreciar un miniaturista la colosal «Minerva» de Fidias, o no reconocer un acuarelista el mérito de las «Stanzas» de Rafael?

La crítica no influye, de modo primordial, en la demanda del libro bueno. El libro llega más al círculo de lectores por recomendación y análisis directo. La crítica, en todo caso, se convierte únicamente en noticia de la obra y en satisfacción para su autor. El libro del éxito asegurado es el que se vende a fuego lento y repite sus ediciones cronométricamente, de un modo permanente y decisivo.

Los dos mayores pecados de la crítica contemporánea son los de «omisión» y «servilismo». El primero se ha estereotipado en la frase «la conjuración del silencio», de la que se quejaba un autor veterano en las lides teatrales. Los anglosajones nos achacan a los españoles dos pecadillos sociales: «la envidia» y «la pereza», los dos enemigos capitales del Santo Oficio de la crítica, y que dirigen, con su diapason musical, las murmuraciones de las tertulias cafeteriles.

El pecado de omisión en la crítica llega a matices de refinamiento literario. Azorín recoge este clamor en la «Oración del poeta», publicada en «Blanco y Negro» (abril de 1907): «Señor, tengo un profundo cansancio en mi espíritu. He soportado la necesidad del elogio exagerado, incógnito; he visto cómo los más sutiles matices de mis versos eran desconocidos, y cómo las cosas más toscas, más llamativas, eran aplaudidas.»

El crítico omnisciente, el que pone su vanidad al servicio del confusionismo servil, o, como el famoso griego del diálogo ciceroniano, nos habla de «omni re scibili», de todo cuanto se puede saber, crea la torre babélica de la crítica. Ensalza a Bécquer y concede un sillón en la Academia a Aleixandre. ¿Qué hermandad tan difícil la de Antonio Machado, del brazo de un surrealista! ¿Qué cóctel literario tan heterogéneo, fray Luis de León y Paul Valéry, Zurbarán y Picasso! El arte se ha estandarizado a tal extremo y en una simbiosis tan extraña, que no importa ver alternando en una Exposición las abstracciones cubistas de Roger de Fresnaye, Albert Gleizes, Juan Oris, Auguste Herbin y Pablo Picasso con la vitalidad pictórica de «Las Meninas», los frailes plateados de Zurbarán y los rostros escultóricos del «Entierro del conde de Orgaz», del Greco. De este confusiónismo iconoclasta se lamenta Juan Ramón Jiménez en una lección a los poetas, en la que adopta la actitud dinámica del verdadero manifiesto: Se va perdiendo el espíritu, la gracia immanente de la poesía española, como de la general, para dar paso al ingenio, a una inteligencia juguetona, juego mayor o menor, livianamente optimista, con rípro, timo y truco consiguientes, porque resta mucho margen en blanco esa poesía artificial fundada en la técnica.

De ahí que la literatura poética de los escritores españoles, los profesores siguientes a Moreno Villa, el diamantino Jorge Guillén, el plateado Pedro Salinas y otros de su edad; menos significados que ellos, Gerardo de Diego, Dámaso Alonso, etc., sea una escritura unilateral, repetida, parecida siempre al modelo, como es el encaje hecho a máquina, de antipática perfección, o los odiosos escayolados de molde fijo. No existe en estos escritores la individualidad entrañable.

La crítica no es geometría que se borra con una esponja, como un triángulo trazado en la pizarra, sino una línea arquitectónica que levanta la armadura del edificio que ha de cobijar al autor en su hogar literario.

Como introducción a los valores estéticos de la crítica, el profesional debe estudiar a fondo estos tres conceptos: expresión, emoción y humanismo. El crítico ha de mover su pluma con humildad y cortesía, pensando en el axioma clásico: «Parcere de personis, dicere de rebus». Recuerde aquellos serenos templos de la sabiduría cantados por Lucrécio y evocados por Menéndez y Pelayo al cerrar el último tomo de sus «Heterodoxos». Me dijeron que el crítico literario de un periódico importante paseaba por la calle su vanidad, huyendo de los autores, por temor a las reiteradas culpas y recomendaciones. La crítica es un servicio en aras del bien común, y este pobre misántropo que así huía como alma en pena de las sombras de su crítica, o tenía remordimientos de conciencia, o padecía manía persecutoria.

¡MAS VALIENTE NO LO HAY!

CHICUELO II

se empeñó en ser torero
de primera fila



Manuel Jiménez «Chicuelo II», y su madre, Benedicta Díaz

EN un cerro, sola, rodeada de huertas y campos, la «Casa de la Viuda» se alza firme, laminada, cortada en aristas, dura como la tierra de Iñiesta, en la provincia de Cuenca.

Son las ocho menos cuarto de la mañana del día 16 de junio de 1926. La «Casa de la Viuda» es una especie de cortijo, de centro de labor, donde vive el matrimonio Jiménez. Sentado en la puerta, con el aire fresco de la mañana partiendo el ambiente, un hombre tostado por el sol, con las manos encallecidas del labrador austero, del labrador que todo lo tiene que hacer por sí solo, guarda la cabeza entre las manos.

Por una de las habitaciones últimas, tres niños—Teresa, siete años; José, cinco; Francisca, tres—asoman la cabeza.

—¡Teresa!—dice el padre—. Acuesta a esos dos...

Ha pasado un cuarto de hora.

En la habitación delantera se escucha un pequeño vagido. Luego, un silencio; después un lloro.

La abuela Carmen, que fué a ayudar en el acontecimiento, sale, riente, a la puerta.

—Ricardo, hijo... Benedicta, tu mujer, ha tenido un chico.

El hombre—treinta años a sus espaldas—se ha levantado y ha dado un beso a su madre. Luego ha entrado en la habitación de la esposa y se ha acercado lentamente hasta la cama. Allí, sonriente, feliz, la nueva madre—nueva por cuarta vez, que luego completaría hasta la novena—muestra al pequeño, minúsculo, tierno, con los oscuros ojos muy abiertos, como queriendo ya, desde entonces, descubrir los secretos del mundo.

—Si no te importa se llamará Manolo.

—Lo que tú digas, mujer.



MANOLO JIMENEZ
PAGO TRES MIL PE-
SETAS POR TOREAR
EN LA PLAZA DE
ALBACETE HACE
CINCO AÑOS



La alternativa, de manos de Domingo Ortega, en Valencia

El abuelo Antonio, que también fué al natalicio porque los hijos estaban solos, sin nadie cercano que prestarles ayuda pudiera, da, también, su pregunta:

—¿Y el bautizo?



Chicuelo II torea de forma impresionante

—Dentro de una semana, abuelo, en Iniesta.

El nuevo padre, entonces, se ha marchado de contento al campo. Unció las mulas, echó la azada, cargó el arado y caminó, por la vereda conocida, hacia la labor. El padre, que, por lo corriente, sólo miraba a los pájaros cuando estos se comían los trigos de los sembrados, aquél día repartió su merienda con una pareja de gorriones asombrados.

Doce días después se celebró el bautizo.

Manuel Jiménez Díaz—para los tiempos futuros Chicuelo II—entró con solemnidad íntima en la gran comunidad de los cristianos. A la vuelta en la casa—en la

«Casa de la Viuda», por más señas—hubo un festejo pequeño pero emocionado.

Los tres hermanos menores, que iban y venían silenciosamente para contemplar al recién venido, se llenaron de bollos.

—Esta noche no cenaréis—dijo la madre.

Y se cumplió, como era de rigor, la profecía.

A LOS NUEVE AÑOS, UN PORVENIR MAGNÍFICO DE CALIGRAFO

Han pasado tres años. Por la carretera que conduce a Iniesta, la familia Jiménez—que ya aumentó en otro más, Ricardo—marcha con aire de despedida. La «Casa de la Viuda» ha sido abandonada. Una nueva residencia es ahora el objetivo.

En Villagarcía del Llano—pueblo de la misma provincia de Cuenca—el padre ha encontrado mejor trabajo, unas buenas tierras que van a producir más que las anteriores. Y una noche, reunidos todos a la mesa—Manolito ya come sólo—esparció la noticia.

—Nos vamos a Villagarcía del Llano.

Tres años y medio viven en el nuevo lugar. Allí nacen Esperanza y Gloria, una hermana que se murió. Manolo corre tras las gallinas, juega con los perros o colecciona gatos recién nacidos como si fuera una viva institución benéfica de los animales pequeños.

El trabajo de la tierra es duro e ingrato. Hay que levantarse todos los días con el sol y acostarse con la luna. No se conocen todavía estas máquinas de ahora que lo hacen todo. Y el padre de la familia Jiménez va, un día, al médico.

—Usted tiene una lesión de corazón. Lo mejor es que deje el trabajo de la tierra y busque uno más fácil, uno menos agotador.

—¿Qué le parece a usted, doctor, si me marchó a la ciudad?

Y como al médico le pareció bien, la familia Jiménez ordenó sus cosas y apareció en Albacete.

En Albacete les espera una casa modesta, pero con su patio y su cuadra para el carro y para las caballerías. El padre reunió, cuando llegaron, a los hijos y les dió las señas.

—Esta es nuestra casa, calle del Rosario, núm. 40. No es vayáis a perder.

Los hijos varones salieron a inspeccionar el barrio para ver el lugar de los juegos, y las hijas quedaron, las que podían, a ayudar a la madre a ordenar la casa. Así empezó Manuel Jiménez su vida en Albacete.

Cuando comienza el curso; Manolito va a las Escuelas Graduadas que estaban enfrente de la casa.

Un día, hablando doña Pilar, la maestra, con el padre del alumno, sucedió:

—¿Y usted, doña Pilar, a qué cree que podré dedicar a mi hijo?

—Pues la verdad, yo creo que será calígrafo. No hay nadie en la clase que a sus años haga una letra tan perfecta.

La maestra acertó. Aunque se equivocase. Porque, luego, aquel

alumno que tenía buena letra en el colegio escribiría páginas de gloria en la historia del toreo de todos los tiempos.

EL PRIMER SUELDO: SEIS REALES DE PROPINA

El año 1941 es un año triste, un año de desgracia familiar. En el mes de enero, el padre abandona para siempre a la familia. Y queda, viuda, una mujer sola para dar salida a sí misma y a tantos pequeños.

Por eso, un día, pasadas las angustias de los meses primeros, Benedita, la madre, habla con Manuel:

—Mira Manolito, no estamos muy sobrados de dinero.

—No se preocupe usted, madre; yo, desde mañana mismo, me pondré a trabajar donde sea.

Clodoaldo Hernández—«Clodo», como le llaman sus amigos—es un muchacho joven—veinte años sin cumplir—vecino y amigo de la casa.

—Oye Clodo, ¿dónde podría colocarme yo?

—Mañana hablaré con mi jefe. A lo mejor en la tienda hay sitio para ti.

«La Cocina» es un bazar de la calle Mayor de Albacete. Allí, ordenados por los estantes, dispuestos en el el almacén o colocados en conveniente orden, pueden verse máquinas de coser, bicicletas, telas, herramientas agrícolas, vajillas... Pera los primeros días de septiembre, Clodo trajo una buena noticia:

—Mañana puedes empezar; me ha dicho don Jesús Vicc, el jefe, que puedes ir, que haces falta.

El primer encargo consiste en llevar un cesto con unas docenas de platos.

—¿Sabrás la calle?

—Sí, señor, ya lo creo.

Pero Manolito Jiménez—quince años escasos—no supo encontrar la dirección. Pregunta va, pregunta viene; nada.

—Pues que no la encuentro.

Le dijeron, en la tienda, otra vez, el camino. Y ya acertó.

—Muy bien; toma, para ti.

Seis reales relucientes y plateados fueron la propina. Manolito Jiménez, cuando llegó a casa a la noche, no cabía de gozo.

Orgullosa, contento y ejemplar, entregó a la madre el dinero. La madre, comprensiva, saludó con alegría el donativo. Suyas fueron las palabras:

—Vaya, ya tenemos otro trabajador en casa.

Manuel Jiménez se acostó tranquilo como el que acaba de cumplir una misión importante. Y la madre también, porque sabía que su hijo iba a ser, en el futuro, antes que nada, un hombre cabal.

EL PRIMER CAPOTE: UN TROZO DE SACO TENIDO

Manuel Jiménez es un buen hijo de familia que por entonces no ha soñado ni por una casualidad en ser torero. No ha visto ni una corrida ni conoce lo que es un pase ni sabe lo que se llama una verónica. El cumple con su trabajo en el bazar y, a lo más, se va a bañar con sus amigos—Vicente Blanquer y Antonio Abe-

llán, entre otros—a El Palo, en el verano.

Año por año, va pasando la vida sin otra complicación. Manuel, tiene, ya, dieciocho. Ahora es junio del 44. José Sánchez es un vecino; un vecino joven, un amigo de verdad.

—¿Te vienes con nosotros?

—No, hoy domingo, no —repuso José.

A la mañana del lunes, José Sánchez saludó así a Manuel Jiménez.

—Chico, Manolo... He visto una corrida, qué corrida.

Manuel, por referencias, sabía que existían los toros. Pero su amigo le fué descubriendo, emocionado, las faenas de Morenito de Talavera, uno de los matadores, y los pares de banderillas y los naturales y las estocadas.

—Muchacho, el domingo que viene vamos tú y yo.

Y el domingo que viene, como el pasado, por el procedimiento análogo de elevación e introducción por unos agujeros y penetrar sin otra localidad que la voluntad, la plaza de toros de Albacete contó, para siempre, con dos nuevos y eternos, en el propósito, espectadores.

—Chico, José; esto es emocionante...

—Fíjate el toro, cómo embiste, Manolo.

—Chico, José; a mí me dan ganas de tirarme...

El lunes siguiente, Manuel Jiménez se encuentra con sus dos amigos, Vicente Blanquer y Antonio Abellán.

—¿Sabéis? He decidido ser torero.

Los dos amigos no comprendían, al principio, la causa de la transformación.

—¿En qué sitio de Albacete se puede torear un toro?

—Pues verás, Manuel, dicen que en el Matadero hay ganado bravo.

Manuel Jiménez, decidido total, busca un capote de brega; o si es igual, un sustitutivo. Mientras despachaba en la tienda, la imaginación no se le iba. Allá en el fondo, en el lugar donde estaban los hules para los vasos o para las mesas de las cocinas, había unos sacos vacíos. Manuel escogió uno.

—Don Jesús, ¿me vende usted un saco?

—¿Para qué lo quieres, Manuel?

—Pues verá usted, es para hacerme un capote de torero.

El dueño no creyó en el propósito. Pero cedió en la petición.

—Tuyo es, pero no tienes que pagarme nada.

Manuel, aquella noche mismo, entintó el saco. Y para la mañana siguiente quedó con Abellán en ir al Matadero.

Manuel Jiménez, así, empezaba a caminar hacia la fama. Aunque, todavía, el camino sería largo y duro. Sólo una tremenda voluntad, una inquebrantable voluntad como la suya, sería capaz de llegar hasta arriba.

Y llegó.

EN LAS MAÑANAS DEL INVIERNO, AL MATADE-RO DE ALBACETE

Aquella mañana Manuel Jiménez se levantó muy temprano. Se puede decir que apenas durmió. A las seis en punto, Abellán silbó desde la calle. Y Manuel envolvió su trapo rojo de arpillerá y bajó veloz. En la casa, todos dormían.

El Matadero de Albacete está un poco alejado. En el camino nadie habló ni una sola palabra.

—Aquí es, Manuel.

—¿Saltamos?

—Adentro.

Vagando como sombras buscaron un corral con ganado. Sólo en uno, había una vaca, grande, descarada de cuerna, pero flaca y con fuerza poca.

—A esta Manuel.

Allá fué Manuel, olvidado de todo, delante de la vaca. Delante también, como un pictórico delantal, la arpillerá teñida.

—Vaca, eh; vaca...

La vaca, importunada, tomó carrera y embistió. Allá fué Manuel rodando por el suelo del topetazo. Y la vaca, también, se cayó del esfuerzo. En el regreso, los dos amigos—futura figura uno de ellos—se creyeron que eran los amos del mundo.

Luego a trabajar a la tienda.

Todo el invierno, por las mañanas—frío, nieve, hielo o escarcha—la cuadrilla menuda, marcha al entrenamiento. El guarda ya los ha tomado la costumbre y cierra con llave todas las puertas de entrada.

La cuadrilla se ha aumentado con algún nuevo aspirante. Uno de ellos, Escolástico Serrano, es

un fundidor que quiso dejar el oficio.

—Veréis, con un papel de fumar sacamos el molde de la llave, y luego yo, la termino.

Las puertas, desde entonces, se abrían y se cerraban ante la cuadrilla, sin que el guarda lo supiera ni lo pudiera impedir, como si los toreros futuros fuesen los dueños de la varita de los encantamientos.

Manuel Jiménez va perfilando su estilo. A costa de golpes y de revolcadas. Una vez es una vaca rabiosa la que le coge y le rompe los pantalones a mordiscos y pisotones; otra es un toro morucho que le hace correr los burladeros de los corrales; otra es la pureza de su toreo que va tomando cuerpo entre los destellos de la última luna de las mañanas.

Albacete, sin enterarse, siente crecer la promesa de un torero grande, de un torero valiente, de un torero cumplidor. Porque en su casa no faltó nunca, ni una semana, un día de jornal. A Manuel Jiménez le gustaban los toros, sí; él quería ser torero; pero antes que nadie estaban su madre y sus hermanos pequeños. Eso era más que sagrado.

EN PEDRONERAS, CON TRAJE DE LUCES PRESTADO

Ha pasado el invierno—mañana igual, mañana lo mismo—y Manuel Jiménez—va a cumplir los diecinueve—ya quiere torear por algún pueblo, con algún público delante, aunque sean de los que gritan, de los que tiran piedras, ya que almohadillas en las plazas de carros de esto no hay.

Pozo Hondo es un pueblo cercano. Pozo Hondo, por aquel verano, da una capea. Porque capea y no otra cosa es aquella fiesta, aunque en los carteles lleve el título inflado de «corrida de toros».

Jesús Esparcia es un buen amigo de Manuel. Tan buen amigo que es cuñado de su hermano.

—Oye, Jesús, ¿te vienes conmigo a Pozo Hondo?

La familia ya sabe que Manuel va a torear por las mañanas al Matadero. Pero no le hace mucho caso, porque en el fondo no se pueden suponer que Manuel, que no conoce a nadie, que no tiene protección de nadie, que todo lo hará luego por su esfuerzo propio,



Manolo cita al toro en un terreno inverosímil.

pueda vencer los obstáculos y llegar a lo alto.

—Bueno, vámonos.

Carretera adelante, en bicicleta, llegaron al pueblo. Una vaca descarnada, veleta, tirada de cuernos, está, en la plaza, para los mozos que quieran darla un pase. Muchas llamadas de los carros, muchos palos en el suelo, pero nadie en la plaza, para llamarla.

—Allá voy, Jesús.

Y Manolo, con su muleta artesana, llama a la vaca y la da tres pases, hondos y largos, como sembrando de esencia. En la última vuelta, la vaca resbala y se cae. Los mozos se alborotaron porque decían que se la habían estropeado.

Manuel, en el regreso, sólo decía lo mismo.

—¿Por qué se tendría que caer la vaca a lo último, hombre?

Todo aquel invierno Manuel reparte su vida entre tres actividades; una, la tienda; otra, el Matadero; otra, la plazoleta del callejón de los Gasparos, entrenándose con un carrillo, mientras los pequeños del barrio contemplaban absortos las repetidas corridas.

Manuel ya tiene su círculo de amistades taurinas. De esas amistades que, cuando se empieza, las considera uno como los ases, en lo suyo, de todos los tiempos. De los novilleros antiguos de Albacete, son Valeriano de la Viña, «El Tobarreño» y Serranito los más encariñados, los más amigos de Manolo.

Un día, Valeriano de la Viña llamó a Manolo.

—Oye, muchacho; ¿quieres venir conmigo a Pedroñeras, de sobresaliente?

—Lo que usted diga.

—¿Cómo te llamas entero para ponerte en los carteles?

—Manuel Jiménez.

—Igual que Chicuelo; pues te pondremos Chicuelo II.

Y así quedó: Chicuelo II para la eternidad.

Llegó el día de la corrida.

—Chicuelo... Aquí tienes un traje mío para que te lo pongas.

El vestido rosa y plata de Valeriano de la Viña le vino a Chicuelo ancho, largo y alto si cabe la metáfora. Todo menos justo.

El matador mató tres vacas y el sobresaliente dió tres trapazos. A la vuelta, limpio de dinero y de

gloria, Manolo escribió en su libro—en ese libro suyo donde apuntaba todas las fechas para cuando fuera torero famoso—una sola frase: «Hoy, 3 de septiembre de 1945, me he vestido de luces.»

LA PRIMERA VACA HAY QUE MATARLA CUESTA ABAJO

Para poder torear en Albacete, en las novilladas económicas, hay que dar dinero encima. Y Chicuelo sólo dispone del jornal de su trabajo, que es para su casa. Chicuelo tiene que conformarse con seguir torear en el Matadero.

Llega 1946.

—¿Queréis ir a Agramón? Allí tienen una vaca y si la podéis matar entre todos, bien vais...

Valeriano de la Viña fué el que hizo el ofrecimiento. Seis o siete aficionados—entre ellos Manuel Jiménez, Junquera; Vera, «Verita»; Serranito de la Cruz y Moronito de La Mancha—marcharon a probar fortuna.

—Bueno, somos siete; hay que echar a suertes a ver quién la va a matar.

Se numeraron varios papeles

Y cada uno cogió el suyo.

—El uno para mí—comprobó Verita.

—Y el dos para mí—respondió Chicuelo.

Salió la vaca; una vaca larga y carpintera.

El primer matador encontró lugar en un carro y no quiso abandonar el acomodo. Entonces Manolo se ofreció, con la acción, a sustituirle.

Bajó Manolo—gorrilla de visera, camisa blanca y pantalón de pana—y la dió tres pases. Manolo iba a matar la primera vaca en su vida. La plaza de Agramón tenía una parte que estaba cuesta arriba. El todavía no estrenado matador, por si la estatura no le llegaba, la colocó en la cuesta abajo, de manera que él estuviera por encima, en la cuesta arriba.

Y allá se fué tras la espada.

Bastó una estocada. Manuel Jiménez, «Chicuelo II», no se podía creer que había acertado.

Valeriano de la Viña sigue siendo, por aquellos tiempos, como el director de toda la cohorte aficionada. Así, en agosto, llegan los dos días de la fiesta de El Robledo.

—Manolo, mañana nos vamos a El Robledo.

Manuel Jiménez pide, en la tienda donde trabaja, quince pesetas de adelanto para la merienda del domingo. Cuando las tuvo, en la tarde del sábado, cerrada el establecimiento, cogió la bicicleta y se hizo ochenta kilómetros hasta llegar al destino.

Los programas rezaban que «tres vacas serían toreadas, banderilleadas y muertas a estoque por Valeriano de la Viña».

El maestro, comenzó su actuación.

Manolo estaba, quieto, entre barreras—entre las barreras que se hacen en los pueblos—cuando pidió permiso.

—¿Me deja usted torear?

—Hala, vete...

Manuel Jiménez, que ya era Chicuelo II, citó, con esa su figurilla, a la vaca. Y la dió tres muletazos de clase, lentos y perfectos. La plaza, en el estruendo, semejaba el ruido de una catarata.

Valeriano de la Viña se creyó en la obligación de intervenir.

—¡Eh, eh! ¿para qué he venido yo aquí?

Y allí se terminaron, por aquel año, las actuaciones públicas del indomable aficionado de Albacete

DIEZ MULETAZOS DE ESPONTANEO EN LA RODA

Un año más. La plaza de Albacete sigue cobrando cuatro o cinco mil pesetas por figurar, de primeras, en sus programas.

Hablaba Manolo:

—Oye, Serranito, la única forma de poder torear es tirarse al ruedo.

Mayo de 1947. En La Roda torear Pepe y Angel Luis Bienvenida y Rafael Albaicín.

Los dos muchachos, sentados en el tendido, trataron de establecer el turno. Y hubo que echar a suerte.

—Esta vez te ha tocado a tí, Manolo.

El tercer toro, un toro negro, escurrido y bien puesto de cabeza, era de Angel Luis.

Manolo llevaba una muletilla en la mano izquierda. Bajó rápido las escaleras—casi sin que nadie se diera cuenta—se deslizó por los cables de las barreras y saltó al callejón. Luego, rápido, al ruedo.

De inmediata que fué la acción, los peones no se dieron cuenta.

—Uno, dos tres... nueve, diez. La gente coreaba los muletazos impecables del minúsculo espontáneo. Quisieron los peones llevarse al instruso.

—¡No, no!...

Entonces Pepe Bienvenida, le llamó y le ofreció un capote.

—Toma, para que torees a la verónica.

Manolo prefirió seguir con la muleta.

En uno de los pases quedó desarmado. Y, ya, se tuvo que retirar al callejón.

La gente aplaudió fuerte, muy fuerte

La distancia desde la arena a la barrera pareció al descubierto torero eternamente larga. Todo su miedo era el de ir a la cárcel.



En una tienta el torero ensaya lo que después hará en el ruedo

por quince días y perder de trabajar, y perder unas pesetas que eran necesarias en su casa y, ya complicándose las cosas, que hasta la echaran a la calle.

El guardia le cogió por un brazo:

—Ven, que te quieren ver.

En una contrabarrera estaba don Carmelo Panadero, comisario de Policía de la capital.

—Has estado muy bien muchacho, pero que muy bien; te lo digo yo que entiendo de estas cosas. Tú eres de Albacete ¿verdad?

Manolo asintió con la cabeza.

—Bueno, hombre, lo que tienes que hacer es ir, donde está el señor Gobernador, ponerte de rodillas y pedirle perdón. Luego vienes aquí, conmigo, a este sitio, y ya no te mueves.

El Gobernador—que tenía el gesto comprensivo y sabía de las dificultades de los toreros que empiezan no tuvo rigor alguno. Manuel Jiménez «Chicuelo II», se pasó la corrida entera sentado, quieto, inmóvil, pensando en la su docena de mulatazos.

Don Carmelo Panadero—que más tarde le ayudaría mucho—le dijo cuando salía de la plaza:

—Te lo digo yo que entiendo de estas cosas; tú serás torero muchacho; un gran torero, muchacho.

EL PRIMER CONTRATO QUINIENTAS PESETAS

Manuel Jiménez lleva ya casi seis años queriendo ser torero. Manuel Jiménez no tiene, entonces, nadie que le empuje. Solo, el camino se le abriría gracias a su valor, a su pundonor, a ese su sentido de la responsabilidad.

En junio de 1947 se da un festival en Albacete; un festival de corto, sin picadores. El cartel lo forman—además de Chicuelo—Rabadán, Morenito de La Mancha y Serranito de la Cruz.

Albacete, entonces, empieza a saber de la existencia de un novillero que más tarde sería figura primera.

Peña de San Pedro es un pueblo de la provincia de Albacete donde había nacido el padre de Manolo. Y en agosto eran sus fiestas.

Manolo marchó a la localidad y se presentó a la Comisión organizadora.

—Yo soy hijo de Ricardo Jiménez, y soy torero. ¿Me dejan torear en las fiestas.

—Solo te podemos pagar los gastos.

—Muy bien.

Chicuelo hizo en aquella ocasión, como haría más adelante en otras muchas, de apoderado de sí mismo.

Manolo hizo el paseillo vestido de lúces, con un traje que alquilara en Albacete.

Mató tres vacas, bien, con elegancia, y la gente comentaba:

—Qué buen torero va a ser el hijo de Ricardo...

Manolo cobró sus gastos. Le quedaron de beneficio quinientas pesetas: las primeras quinientas pesetas que ganara en su vida.

Y, en el recuerdo, de beneficio también, las orejas y los rabos que cortara a aquellas vacas luchadoras.

Manolo tiene ya veintidós años y ha de ir al servicio militar. Sor-

RAFAEL ORTEGA
CESAR GIRON
MANUEL JIMENEZ «CHICUELO II»
3 TOROS DE LA VINA
3 TOROS DE C. GALLESE

LOCALIDADES AGOTADAS



En la plaza de Acho (Perú) se agotan las localidades

tea y le toca España. Es destinado a un regimiento de Caballería, en Bétera, un pueblecito de Valencia. Manolo, así, cuando empezaba a defenderse, tiene que interrumpir sus aficiones. Bueno, sólo la práctica de sus aficiones, porque en el cuartel—además de montar los caballos malos que nadie quiere—se entrena, toreando de salón, por las compañías.

Dos años casi perdidos, mientras en Albacete salen Montero y Pedrés y la gente va a quedarse, por la presencia, entusiasmada con ellos.

En 1949 Manolo tiene un permiso. Y a casa, a ver a la familia, a abrazar a la madre.

De novia no hay nada. «No se puede tener novia con los toros», diría más tarde, ya de matador.

En aquellos días Juan Miguel de la Rosa, un viejo novillero, se encontró a Manolo por la ciudad.

—Toreamos en Ledaña Bogarra. No tenemos cuadrilla. ¿Te quieres venir?

—No hay más que decir, Juan Miguel.

Pasado un rato, Manolo se encontró con Pedrés.

—Oye, Manolo; me he enterado que os vais a Ledaña. ¿Me queréis llevar con vosotros?

—Por mí, ya sabes que no hay inconveniente.

En una sola bicicleta los dos, Chicuelo y Pedrés—pedaleando uno, pedaleando otro—, llegaron al pueblo.

Luego Manolo banderilleó sin haberlo hecho nunca.

Y como era tan pequeño, a veces tenía que empinarse.

TRES MIL PESETAS COSTO UNA NOVILLADA, PAGADAS DIA A DIA

Manolo, un día, regresa licenciado a casa. Y vuelve también a la tienda, a su bazar «La Cocina». Porque Manolo tiene que trabajar como dependiente todavía si quiere vivir.

El dueño de la tienda intuye que Manolo es un torero de porvenir caro, de porvenir de dinero.

—Oye, Manolo, yo voy a ser tu apoderado.

—Muy bien, don Jesús, lo que usted quiera.

Manolo ha matado ya cuatro o cinco vacas más por los pue-



El día de su presentación en Méjico toreó así Manolo



La faena de Chicuelo II culmina con este pase

blos. Y un día—estamos en 1950—se ve anunciado, por fin, en una novillada económica, en Albacete, con Paquito Espiá como compañero.

Chicuelo torea. Y a la gente se le hace un nudo en la garganta porque más cerca que Chicuelo, nadie.

Una oreja en cada toro.

Pero cada vez que entraba a matar, si no se aupaba, salía por el rabo.

Aquella novillada le dió dos co-



En Miraflores de la Sierra vive Chicuelo II y su familia

sas: fama taurina y deuda monetaria. Don Jesús, el dueño de la tienda que se decía su apoderado, le trajo la noticia.

—Mira, Manolo, esta novillada nos ha costado tres mil pesetas. Y como comprenderás yo no las puedo perder.

—Está bien, don Jesús, descuéntemelas usted del sueldo.

Y descontada del sueldo todas las semanas fué una cantidad hasta que la deuda quedó liquidada.

Sigue el año 1951 con pueblos únicamente. Montero y Pedrés han acaparado la afición de Albacete. La lucha por destacar por eso es todavía más difícil y más honda. Pero cuando hay fe, voluntad y cumplimiento, las dificultades quedan para ser contadas en las historias.

Chicuelo II sigue autoapoderándose en vista del poco juego que le ha dado su primer director privado.

Pero Chicuelo II es ya conocido en Albacete. La gente en las tertulias comenta:

—No hay torero más valiente que Chicuelo.

Y a la gente le gusta que Chicuelo sea valiente, porque los toros, al fin y al cabo, es una fiesta dura, una fiesta para toreros machos.

En una de las tertulias está Enrique Callejas, un hombre de la capital, honrado, cumplidor, de palabra. Sus amigos le animan.

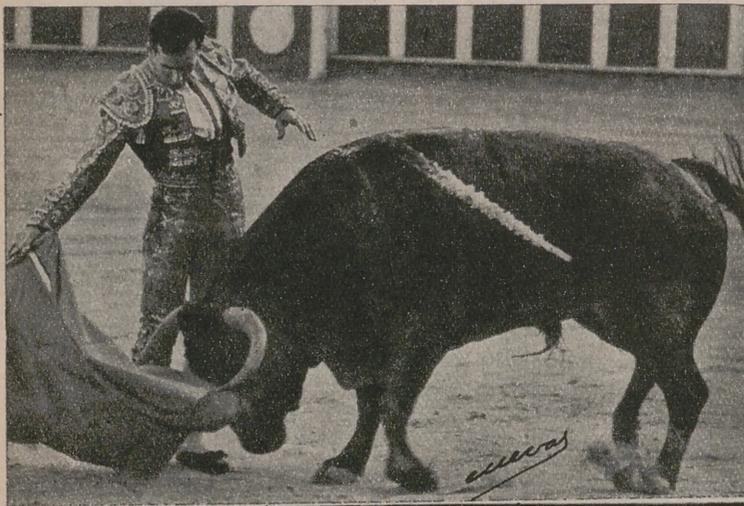
—Enrique, ¿por qué no apoderas a Chicuelo II?

Enrique Callejas, de acuerdo con Manolo, fué desde entonces, sin cambio, el primer y hasta ahora único apoderado del torero.

Chicuelo II decididamente después de haber luchado más casi que ninguno, va decididamente para arriba. Pero Chicuelo II no ha dejado su puesto de dependiente, no vaya a ser que las cosas salgan mal y haya que necesitar, que nada se sabe de lo que puede ocurrir.

En 1952 torea en Albacete una novillada con el Niño de la Alfalfa y el Niño de San Rafael. Chicuelo tiene que matar tres toros, porque el espada siguiente no sabía lo que se dice recoger un capote.

Tres orejas en tres toros.



El gesto dominante del torero lleva al toro prendido en la muleta

El 24 de junio de este año. Manolo va a torear por vez primera con picadores. César Girón y Fernando Jiménez en la terna. Albacete ya dice por las calles: —Además de Montero y Pedrés está Chicuelo II.

Luego, el 28 del mismo mes, una novillada en Valencia. Antónete y José María Recondo esta vez son los acompañantes. El espectacular toreo de frente de Chicuelo en Valencia no tuvo rendimiento económico. Porque aquella novillada—que pagó el apoderado, don Enrique Callejas—costó al matador dos mil quinientas pesetas.

Pero el rendimiento artístico va, decididamente, en alza sobrepujante. Aquel año, Chicuelo II torea dieciséis novilladas con picadores y vestido de luces.

La época de los pueblos parece que se ha pasado.

Trabajo, sudores y sacrificios han hecho posible la conquista.

CINCO OREJAS EN UNA CORRIDA

Manuel Jiménez ya ha dejado de ser dependiente. En 1952 ha ganado, limpios, ocho o nueve mil duros. Y como comprende que ya no hay lugar a permisos de sábado a lunes o a aprovechar los días de vacaciones el verano, Manuel se despide del bazar.

—Don Jesús, le dejo; me voy a los toros.

—Que tengas suerte, mucha suerte, Manuel.

Manolo no ha ido, en los casi dos lustros de intento por ser matador de novillos, a ningún tentadero. Pero aquel año se va a estrenar en el de don Samuel Flores, el ganadero de Albacete.

Samuel Flores conoce a la madre de Manolo.

—Don Manuel, yo soy el hijo de Benedicta Díaz.

—Hombre, muchacho: ¿tú eres el torero, no?

—Sí, señor.

—Bien; para ti las mejores becerras.

Don Samuel Flores, desde entonces, es el partidario número uno del matador de su capital.

Manuel Jiménez, en presencia de buenos aficionados, dió, en la pequeña plaza campera, toda una lección del toreo de ahora.

1953 es ya el año bueno, el año de la verdadera fama. Manuel lleva toreadas veinte corridas de novillos. Es el mes de junio. Y Manuel habla con su apoderado.

—Hay que ir a Madrid. Madrid es la plaza que da dinero, y la que da lo que uno verdaderamente es.

La primera, en junio: una mala corrida. La segunda, a los pocos días, una oreja. Y el 6 de agosto, el famoso mano a mano con Victoriano Posada. Cinco orejas en tres toros. Por las dos primeras novilladas, Manolo cobró 30.000 pesetas. En la tercera, la cantidad del contrato señalaba veinte mil duros redondos y preferidos. La clase en el torero, como en todas las profesiones, hay que pagarla.

Ya, auténticamente embalado, la alternativa en Valencia. De los años ingratos de las capeas, de la falta de fe de los públicos, de las puertas cerradas, se ha pasado a esta época en que Chicuelo es so-

licitado por todos los empresarios de España. Una vida de vencer al tiempo ha dado, por fin, a la docena de años de lucha, el resultado.

Valencia le da la alternativa. Domingo Ortega, Dámaso Gómez y Chicuelo II: un buen cartel; toros de Cobaleda.

Manolo se levanta de la cama para esa corrida. Días antes un toro, en Villanueva del Arzobispo, le había dado la primera gran cornada. Porque Manolo, al que la gente le reprocha lo mucho que le cogen los toros, sólo ha tenido cinco cornadas graves. «A mí me cogen los toros porque yo quiero —ha dicho Manolo—. Si yo no quisiera, tampoco me cogerían. Yo sé muy bien darlos dos trapazos, y adelante. Pero hay un prestigio y un pundonor que están por encima de todo. Los toros malos, malos, no me cogen, ni los buenos tampoco; son los regulares, esos que no se sabe si son buenos o malos, y que son con los que hay que arrimarse.»

Manuel Jiménez, «Chicuelo II», a estos toros les corta las orejas.

LA ALTERNATIVA EN SAN ISIDRO DEL AÑO PASADO

Aquel año, a Méjico por primera vez de matador de toros. De los viajes a las capeas de los pueblos, en bicicleta, se ha pasado al transporte en avión.

La gente espera a Chicuelo en Méjico con expectación. Se ha hablado mucho por allí de su valor, de su manera de pasarse los toros por la faja.

En la primera corrida, en la capital mejicana, Manuel Jiménez se juega, como siempre, la vida.

El primer toro, al pasarle de muleta, le da una cornada de diez centímetros; Manolo aguantó toda la corrida hasta que se acabó su segundo toro. Manolo se fué para la enfermería con el raso de la taleguilla teñido en rojo, como el color de la arpillera que tuviera cuando empezaba a ser torero.

Después, la corrida de la Prensa en Méjico: Medalla de Oro para el diestro de Albacete.

1954. Alternativa en Madrid en la feria de San Isidro. Chicuelo II, máxima expectación. Siete orejas en dos corridas. Cuatro en la de la alternativa. Jumillano, padrino; Pedrés, testigo. En la misma plaza se encontraron dos amigos, que juntos estuvieron de capeas.



Una de tantas tardes triunfales. El diestro recibe los trofeos que premian su valor

Chicuelo II esa temporada es el primero.

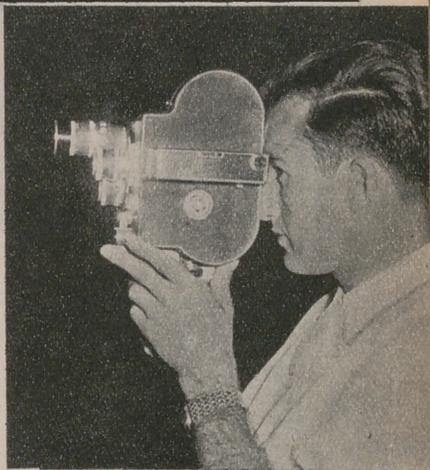
1955. Este año. Antes, otra vez a América. Lima: allí, con Girón, levantó la fiesta, que estaba totalmente muerta.

A España. San Isidro, San Fermín, las ferias de Valencia, las ferias del Norte. Y luego, otra vez a América.

Chicuelo II tiene un hotel en Miraflores de la Sierra. Cuando con su tomavistas recoge el paisaje de la vecina serranía madrileña, Manuel Jiménez, «Chicuelo II», no puede por menos de acordarse de su antigua casi pobre de Albacete, de sus años de capeas, de sus corridas ingratas por las plazas de los carros.

Chicuelo II es hoy, esa es la verdad, una figura. Pero, ésta es también la verdad, todo se lo ha ganado por su pulso propio. Este es, para un hombre, el mayor mérito, el mérito verdadero.

José María DELEYTO



Manolo entretiene sus ojos impresionando películas familiares, con cuya proyección pasa muy gratas veladas

RELLENE Y ENVIE HOY MISMO ESTE BOLETIN

PARA CONOCER

POESIA
ESPAÑOLA

LA MEJOR REVISTA
LITERARIA, QUE SOLO
CUESTA DIEZ PESETAS

Don
que vive en
provincia de , calle
..... , núm.
desea recibir, contra reembolso de DIEZ PESETAS,
un ejemplar de «POESIA ESPAÑOLA».

PINAR, 5 — MADRID



Un nuevo cuadro colgado en las paredes del Museo del Prado



amplio, con los mismos señores encaramados en las banquetas. La misma plancha, humeante de mantequilla. La misma estantería, repleta de botellas con etiquetas exóticas. La misma cafetera exprés. Y la inevitable cocktelería. Como en cualquier cafetería.

Y hay tres o cuatro camareras absolutamente meridionales: uniforme azul oscuro, delantal blanco, cofia impecable. Una de ellas coloca en este momento una especie de arandela cuadrada sobre la plancha, pone dentro una pella de mantequilla que chirria confortablemente al derretirse, luego quiebra un huevo en el pequeño recinto y lo cubre con una tapaderita. A los cincuenta segundos sale de allí un huevo frito perfectamente cuadrado. ¿Hay algo más «1955» que un huevo frito cuadrado?

Y, sin embargo, es imposible evadirse del ambiente; porque allí está, latente, el modelo de toda una etapa entera de la más noble pintura realista española. Y se viene a la memoria, sin querer, Meléndez. En esta diminuta despensa que se abre ante los ojos está, vivo, el bodegón que cuelga desde hace siglos unos metros más allá: el recipiente de cristal repleto de docenas de huevos, inmaculados, virginales. El pan dorado, de corteza zurbara-

nesca. Las lonjas de tocino, ve-teadas de púrpura. El taco, apretado, de jamón. La sensualidad brillante de las paraguayas y los limones y la ascética lechuga, verdiamarilleando su frescura junto a la impudicia bermellón de los tomates, que estallan de jugo y de pulpa bajo la piel tirante. Da gozo verlo todo tan fresco, tan limpio, tan incitante, «saliéndose» materialmente del cuadro.

El encanto lo quiebra en seguida una lata de «foie-gras» y un tarro de cristal con mayonesa prefabricada. Y aquella etiqueta adherida a la opulenta curva de un melón. Sí, estamos en 1955...

—Por favor, una caña de cerveza.

—Tiene que ser una botella, señor; no tenemos cerveza de barril.

Llevo dentro del Museo unas dos horas y en talo el tiempo apenas si he oído alguna frase en español. Ahora mismo, desde la mesa que queda a mis espaldas, me llegan unas palabras en un idioma que no alcanzo a reconocer. Una pareja gigantesca, de cabellos casi albinos, discute, con la guía del Museo abierta entre un paisaje de ensaladas, platos en barbecho y botellas de agua mineral. En la mesa contigua, cuatro franceses piden cada cinco minutos más mantequilla. Al fondo, son dos inconfundibles inglesas las que hacen una exhibición notabilísima de ilusionismo: «¿Ven ustedes este par de huevos con tocino?—parecen decir—... Uno, dos, tres, ¡hop!; ya no está». Es fascinador. Y a mi lado, silenciosa, con esa edad indefinida que aparentan las razas de color, una negrita se ha debido descolgar de un lienzo de Van Dyck, que tan aficionado era a pintarlos, para tomarse un helado de fresa; tal vez de fresa porque entonces con el color de su blusa.

Esto es tremendamente internacional. Yo no sé si en Roma, París o Londres los turistas dedican su primera jornada de estancia a invadir algún famoso museo. Aquí, sí; aquí la Pinacoteca del Prado se reparte con la plaza de toros el papel de «vedette» del turismo español. Y estoy seguro de que esa primera tarjeta postal que nuestras familias reciben con la torre Eiffel o el puente de Londres en el anverso, tiene por esos mundos la contrapartida de una reproducción al 13 por 18 de «Las Meninas», o de la «Trinidad», del Greco.

LOS AFICIONADOS A LA PINTURA PREFIEREN LOS PLATOS COMBINADOS

Al frente del buffet está Antoinita Magán. Trabajaba en una popular cafetería cuando le encargaron que se encargase de la del Museo.

—¿Qué hay que hacer?—preguntó.

—Eso usted verá—le dijeron.

La señorita Magán, que conoce perfectamente su profesión, preguntó para hacerse una idea:

—¿Qué clase de público frecuenta el buffet?

—Turistas, gente que viene a ver el Museo y se le hace la hora de la comida cuando aun sólo han visto la mitad.

Arriba: La terraza de verano del buffet del Museo del Prado.—
Abajo: El salón-cafetería





Este es el grato ambiente de que se disfruta en la terraza abierta al servicio de los visitantes al Museo del Prado

Antoñita Magán quiso convenirse. Ella ya conocía el Prado, pero nunca se había fijado en sus visitantes. Fué dos o tres mañanas, y se las pasó, no con «Las Meninas», ni con los «Borrachos», ni con las «Majas», sino siguiendo las caravanas turísticas. Cuando se cansaba se sentaba en uno de los pocos bancos que aún quedan. A los pocos días ya había trazado su plan.

Esta cafetería está basada en dos ideas fundamentales. La primera marcada por la Dirección del Museo y que condiciona todas, es la de que no se trata de hacer un negocio, sino de servir a los visitantes, facilitándoles un refrigerio y un descanso sin necesidad de salir del Museo.

—Los precios son los corrientes en cualquier cafetería. Hay platos combinados de 12, 22, 24 y 30 pesetas. Este último se compone de consomé, crema de tomate, espárragos, guisantes, ternera en su jugo, huevos, tarta helada y helado.

La segunda idea, como se habrá comprendido, es la de servir bien. Esto se consigue con un personal compuesto por seis camareras. Antoñita Magán está al frente de la plancha. Luego están Encarnación Malpeceres, Use Bueno, Pili Raona y otras dos. Me dicen que el mayor trabajo es de una a tres. A las dos cierran la parte superior del Museo, y en éste sólo quedan los que están comiendo en el jardín o algún despistado.

GENE ELLIS, ARTISTA Y MORMONA

Aunque estas camareras son tan listas que adivinan los deseos de los clientes, sin embargo, para atenderlos mejor, cada una domina un idioma. Antoñita Magán sabe inglés, Encarnación Malpeceres entiende el francés. Use Bueno conoce el inglés, y Pili Raona, que sólo tiene diecisiete años, habla el inglés y el francés. A Pili le pregunto si quiere actuar en favor mío de introductora con una señorita alta, rubia y con unos ojos grandes y azules, que está sentada en una

mesa del bar tomándose un sandwich de jamón y un edeciéndole con Coca-Cola. Pili accede y se dirige a la extranjera, que resulta ser norteamericana. La señorita sonríe. Ha comprendido. Está conforme con la entrevista. A una pregunta mía, responde:

—Soy de un lugar muy curioso. Soy de Ogden, en Utah, de los Estados Unidos.

—Si mal no recuerdo, Utah es la patria de los mormones.

—Yo soy mormona—me confiesa muy seria la señorita Gene.

Recordando que los mormones forman una secta religiosa, inventada por José Smith en 1830, que sostenía la inaudita opinión de que en el aire hay verdaderas nubes de espíritus que están deseando venir al mundo, para lo cual los piadosos humanos deben practicar la poligamia y dar ocasión de encarnar a tales seres, pregunto a Gene:

—¿Cuántas mujeres tiene su marido?

—No, yo soy soltera, aunque me casaré pronto.

—¿Y permitirá que su marido tome otras esposas?

—La poligamia ya está suprimida entre los mormones.

—¿Cuántos mormones hay?

—Cuatro millones y yo.

Vuelvo a hacer memoria, y hago una evocación un tanto cinematográfica de la topografía norteamericana. El Estado de Utah se encuentra entre dos cadenas de montañas, en plena sierra de los cow-boys y de los indios, limitada al Suroeste por el Cañón del Colorado y una residencia india de apaches y moquis, y al Noroeste, por el Gran



Detrás del mostrador de la cafetería del Museo todo está previsto



La puerta accesoria del Museo cumple un nuevo servicio

Desierto Americano y el Lago Salado.

—¡Buena tierra! —exclamo—. ¡Eso es como el fin del mundo!

—Antes, sí. Mis antepasados vivieron durante muchos años teniendo a sus espaldas el Desierto



Las nuevas salas ya están siendo decoradas y pronto podrán ser abiertas al público

y delante de sí a los cazadores de cabelieras. No tenían más remedio que defenderse a tiro limpio. Mi abuelo materno se llamaba Browning y fué el inventor del famoso rifle que lleva su nombre.

—¿Y usted sigue la misma costumbre familiar?

—No. Yo soy artista. Hago esmaltes sobre plata y cobre. Pinto sobre pendientes, broches, collares, anillos.

—Puesto que usted es artista, tendrá una opinión muy personal del Prado.

—Lo que más me gusta es el Greco, «El Jardín de las Delicias» del Bosco y los dibujos de Goya. Me gustaría hacer alguna copia.

—Pues hágala usted.

—¡Si tuviera tiempo!... Pero me marcho esta tarde para Andalucía, y luego, por Valencia y Barcelona iré a Génova y Florencia.

LOS TURISTAS CATÓLICOS PREFEREN A MURILLO Y LOS OTROS AL BOSCO

Gene Ellis, ya que no puede sacar las copias que ella quisiera, va al mostrador donde venden tarjetas del Museo y compra unas cuantas de los pintores que acaba de mencionarme. Por regla general los católicos compran tarjetas con alguna Virgen de Murillo. Los demás hacen lo que Gene Ellis. De todas formas, el pintor preferido, para llevarse en forma de postales como recuerdo es Velázquez y sus «Meninas». En popularidad le sigue Goya con sus «Majas». Y después El Greco, del cual eligen reproducciones de «La Trinidad» y del «Caballero con la mano en el pecho». Los católicos, como ya he dicho, prefieren las Virgenes de Murillo, su «Divino Pastor» y su «San Juan Bautista». Se puede decir que la mitad de las predilecciones tienden hacia Velázquez y Goya. Una cuarta parte, hacia El Greco, Murillo, El Bosco, y la otra cuarta parte se disgrega y reparte entre los demás pintores, como Rafael Ribera, Rubens... A Rubens lo prefieren los holandeses. Encuentran en él el ambiente de

su país y las mujeres de su raza.

Aquí se ven ejemplares de todos los países. Tipos de raza amarilla, con ojos obliquos que miran extrañados; hindúes con sus trajes exóticos, que parece ser que se han escapado de algún lienzo; hispanoamericanos que buscan entre los caballeros retratados alguno de su mismo apellido para mandar sacar una copia y llevarse a América, haciendo familia y genealogía; estadounidenses en camisa y con corbatada pajarita; ingleses atildados, franceses del turismo barato, alemanes, portugueses. En fin, una pequeña Babel donde casi nadie se entiende.

LOS TURISTAS ANTE LOS CUADROS

Entre los visitantes hay personas peritísimas en el arte. Estas son las que pasan más inadvertidas, porque saben a dónde van y lo que quieren y no hacen apenas preguntas. Si no conocen el Museo, un catálogo comprado a la entrada les va llevando de cuadro en cuadro. Por lo general, los más sensibles al arte son los turistas italianos. El francés desea verlo todo hasta el final. El inglés nunca habla. Si se dice algo, asiente con la cabeza, pero no despliega los labios. El alemán es el más disciplinado y el que más tiempo se tira delante de un cuadro. El americano va a ver lo más importante. Como «The time is gold», toman un guía que les lleva a paso ligero por delante del cuadro de «Las Lanzas», de la «Purísima», de Murillo; de «La familia de Carlos IV», de «Las Meninas» y de «Los fusilamientos de la Moncloa».

Esto es lo que han hecho los norteamericanos Merrit, Katz, estudiantes de Psicología de la Universidad de Tulane; Roy Damer, estudiante de periodismo de Chicago; James C. Maher, que trabaja en una Compañía de Seguros en Utica (Nueva York), y John R. Nagy, que lleva una camiseta de dibujos y pertenece a la U. S. Army. Pertenece al Ejército norteamericano de Ocupación destacado en Alemania.

Soldados norteamericanos, vestidos de paisano como éste, y en compañía de sus mujeres, me encuentro con un grupo de treinta en la sala grande del Museo donde están las obras de Muri-

llo, Ribera y Zurbarán. Entre ellos va Elida Pedrosa, una californiana de Salinas, de tez morena e hija de una mejicana. Es la esposa del sargento mayor de estas tropas de Ocupación, que reside en Augsburg.

—¿A dónde van ustedes?

—No vamos, venimos. Formamos un grupo de «pilgrims» que ha visitado Fátima. Todos somos católicos.

—¿Van con ustedes los oficiales?

—Ese es uno, no más. Es el teniente.

Y me indica un muchacho delgado que va de camisa estampada en flores, que charla con una rubia gruesa que parece escapada de un cuadro de Rubens y que es la mujer del capitán. En el grupo, también soldados y mujeres de soldados. Nadie puede decir quién tiene un grado superior y quién inferior, porque todos visten de la misma forma y marchan amigablemente, emparejadas las esposas de los soldados con las de los oficiales.

UNA LECCION DE HISTORIA

Delante de «Las Lanzas» me encuentro a don Antonio Almagro, rodeado por un grupo de aprendices españoles. Hasta ahora era frecuente ver en el Museo a los alumnos de los colegios e Institutos, pero rara vez o nunca a los jóvenes productores. Esos representan ahora una interesante faceta de los nuevos visitantes del Museo. Este grupo está haciendo el curso de ampliación cultural, que organizan periódicamente los Centros de Trabajo del Frente de Juventudes.

—¿Cómo has venido aquí?—le pregunto a un muchacho que trabaja en una Empresa siderometalúrgica catalana y responde por Tomás Fábregas.

—A este cursillo no se llega tan fácilmente. Todo el mundo quiere asistir a ellos, y hay que hacer una selección. Yo he tenido que seguir primero un curso en el taller donde trabajo y luego uno provincial. Los tres primeros números de cada provincia son los que escogen para que vengan a Madrid.

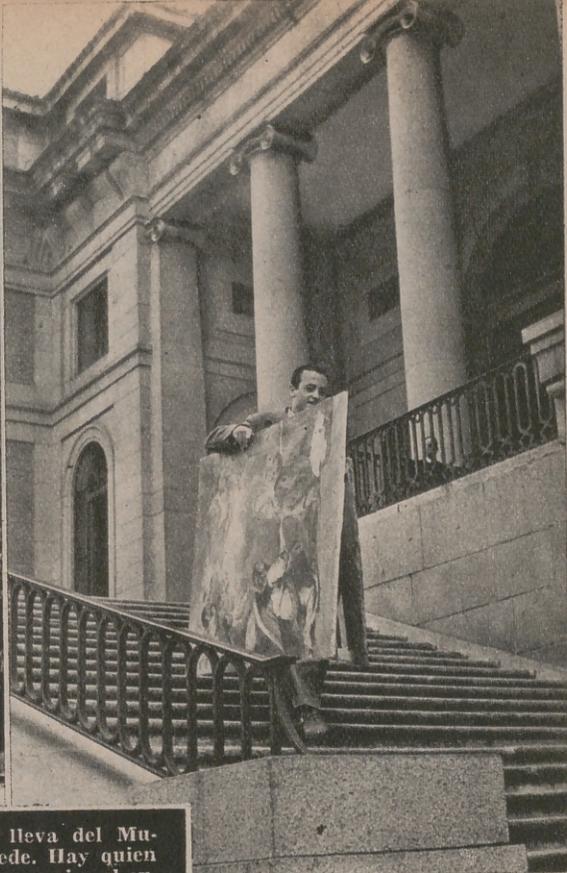
—¿Y que te parece a ti el arte?

—Ensancha los horizontes. Me ha hecho ver que en el mundo hay otras cosas más bellas y más puras.

EL PRADO SE SACA EL DOBLADILLO

Exactamente eso. Como cuando a la niña se le ha quedado corto el uniforme del colegio. Se le suelta el dobladillo y tira otro año más.

Por entre las enormes contraventanas de color marrón de la sala del Tintoretto se ve el sol implacable de julio abatiéndose sobre los lienzos de ladrillo y piedra, muy encorsetados de andamiaje. El Museo parece abalanzarse sobre el jardincillo de detrás, como para llegar corriendo hasta la fachada de San Jerónimo el Real. Docenas de canteros repiquetean como pájaros carpinteros sobre el granito serrano, haciéndole un añadido a la falda de la Pinacoteca. Polvo y sol de julio; aristas berroqueñas, durísimas y frías preparando el albergue para la gracia.



Cada cual se lleva del Museo lo que puede. Hay quien se conforma con copiar el exterior, otros más ambiciosos copian las obras de los grandes maestros

dorada como cerveza, de las niñas septentrionales de Rubens.

Don Fernando Alvarez de Sotomayor no está en la rotonda. Sentado frente a él, en su despacho, no puedo contener una mirada de asombro. Porque don Fernando es alto, grueso, con una humanidad imponente que atenua una simpatía bonachona, como de abuelo de toda la pintura; y don Fernando lleva un sofocante traje de lana gris. Y don Fernando lleva cuello planchado.

No parece notar siquiera el calor y rechaza mi cigarrillo con una sonrisa como de disculpa.

—Sí, fumo algún cigarrillo; pero aquí no se puede fumar, ya sabe usted.

—¿Ha sido suya la idea de la ampliación del Museo?

—Todos en la casa llevamos la responsabilidad de nuestro cometido. A mí es lógico que durante mi permanencia aquí—llevo treinta y cinco años—me haya tocado mi parte.

—¿El objeto principal de la reforma?

—Se ha buscado una mejor colocación de las obras que como las del Greco y Rubens, por ejemplo, se hallan demasiado agrupadas en sus salas por falta de espacio.

—¿Es cierto que hay almacenada gran cantidad de obras por falta de espacio para colgarlas?

—Menos de lo que la gente cree. Es cierto que ahora podrán ser exhibidas algunas obras muy notables, algunos depósitos dignos de ser expuestos. Por otra parte, se hacía necesario habilitar espacio para la colocación de más de 4.000 dibujos, algunos verdaderamente maravillosos, que hasta ahora han carecido de una digna exposición.

—¿Y los de Goya?

—Los de Goya también. Ahora serán colgados en salas adecuadas, con luz eléctrica, ya que está demostrado que la luz natural los daña más. E incluso con cortinillas que los protegerán cuando no sea necesaria su exhibición.

—¿Llevarán luz eléctrica todas las salas?

—Tendrán las dos clases de luz: la diurna y la procedente de tubos fluorescentes, que ya se emplea en las salas de los cartones de Goya.

—Yo acabo de pasar por allí y no he visto luz eléctrica.

Don Fernando ríe, malicioso.

—¿Ve usted? Nadie se da cuenta y, sin embargo, como las obras de ampliación quitan toda la luz solar a ese sector, esas salas están iluminadas con luz artificial, por una combinación de tubos de color rosa, amarillo y azul, cuya composición reproduce exactamente la luz solar.

Es sorprendentemente cierto; lo he comprobado después. Sólo viendo la instalación de tubos puede creerse que aquello no es luz natural.

—¿Cuántas salas se instalarán?

—Dieciséis.

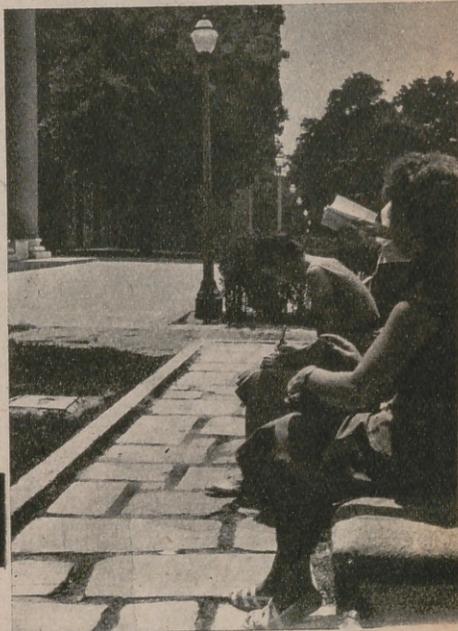
Don Fernando abre un catálogo y me muestra uno de los pequeños planos encartados en el mismo, donde, señalada con lápiz rojo, se puede ver la planta de las nuevas salas. En este mismo reportaje incluimos un fotograbado, réplica exacta del plano que me enseña el director del primer Museo de España. En ca-

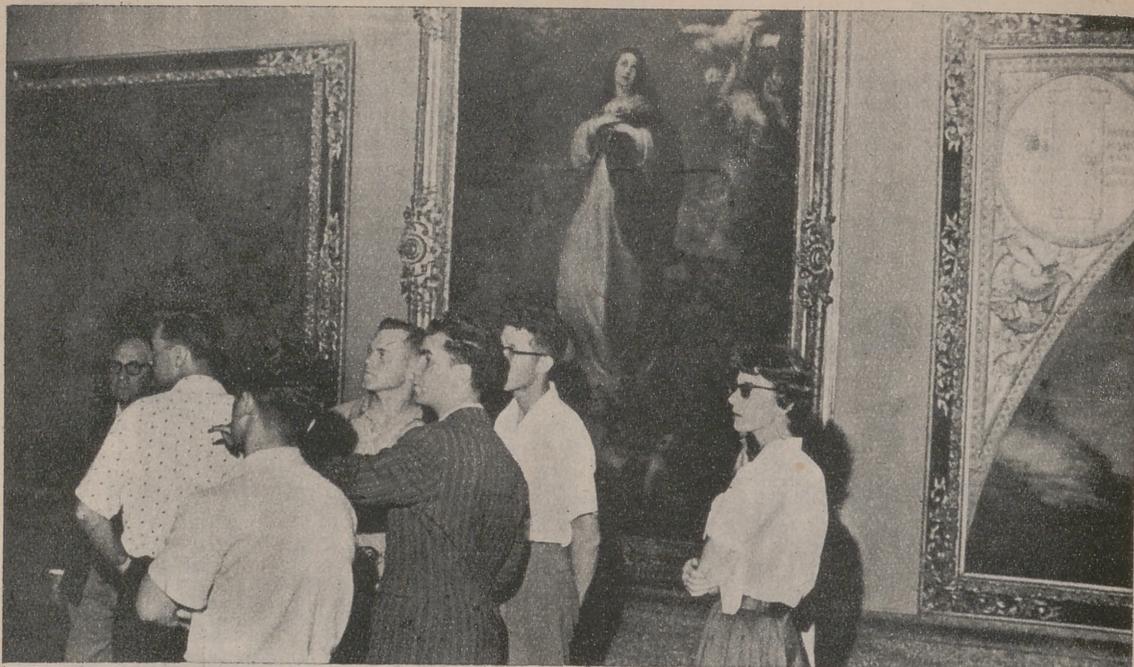
El jardín que rodea al Museo es un buen lugar para anotar las impresiones de la visita

da planta, a ambos lados de la gran Sala Central, y correspondiendo exactamente a la disposición de las salas de Ticiano y Tintoretto, «Las Meninas» y Rubens en la planta principal; y a la de las salas de cartones de Goya y pintura flamenca de los siglos XV al XVII en la baja se abren 16 salas; cuatro a cada lado de la Central, en cada planta. Todas ellas serán realizadas con materiales incombustibles, con forjado de pisos en hormigón y pavimentadas con mármol, como las reformadas recientemente en la planta baja. Total, ocho millones de pesetas.

—¿Tiempo?

—Estoy muy satisfecho. En el concurso, don Rodolfo Lama, el contratista, había previsto una duración de doce meses. Sin embargo, se ha trabajado con tal entusiasmo que, habiéndose co-





Un grupo de turistas escucha atentamente las explicaciones del guía

menzado la reforma a mediados de enero, se hallan las obras casi a punto de terminar. Puedo afirmarle que en octubre, dos meses antes de expirar el plazo, estarán totalmente concluidas.

Está orgulloso de ello y con razón. Yo, que me he callado, que acabo de encontrarme al señor Lama hace diez minutos, sé el secreto: Don Fernando es de El Ferrol; don Rodolfo Lama, de La Coruña; una buena parte de los canteros y artesanos que intervienen, sacando perfiles limpiños a la dura piedra castellana, son también de por allá. Es un auténtico alarde de laboriosidad celta. Son tremendos estos gallegos cuando trabajan en equipo.

Tendremos nuevas salas en octubre.

Me dan ganas de decirle al señor Sotomayor: «¡Ard'o eixo, don Fernando! ¡Quem lle dea un pau doull'un peso!»

—¿Y el proyecto? ¿De quién es el proyecto?

—De los señores Lorenzo y Chueca. Realizado bajo la dirección de nuestra arquitecto, el señor Muguruza.

EL SUEÑO DORADO DE DON FERNANDO

—¿Le basta con esta ampliación, señor Sotomayor?

—Mire usted, yo tengo ya ochenta años y no podré ver realizado lo que sería mi mayor ilusión con respecto al Prado.

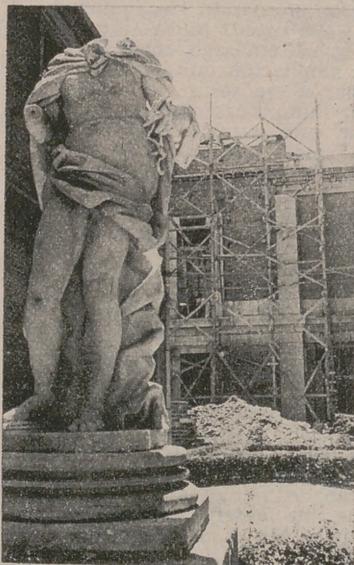
Y me habla entusiasmado de un proyecto que convertiría la Pinacoteca en uno de los sitios más bellos y más gratos de Europa: Enlazar el terreno del Museo, por el jardincillo que rodea la estatua de Murillo con el Botánico.—«Porque este Museo f'ue creado para Ciencias Naturales, y por eso está emplazado aquí, junto al Botánico». Y salpicar el parque maravilloso que resultaría, con algunas de las bellísimas esculturas que se apilotonan sin lucimiento en la gran Sala de

Escultura. Todo ello con iluminación nocturna. Con la frescura de la fronda del Botánico. Incluso —se exalta— con una orquesta en las noches de verano. Sí, sería un maravilloso proyecto. Se ampliaría el Museo con dos alas, prolongándolo hacia el Botánico, a los lados del ahora cerrado pórtico de Murillo, que fué una de las entradas primitivas.

Me enseña tres proyectos trazados por el arquitecto señor Azpiroz; tres perspectivas en acuarela, que dan una idea de lo que podría ser este proyecto. A mí me gustaría que don Fernando viviera otros ochenta años.

Luego hablamos de pintura (¡cómo no!), y el director del Prado arremete contra «estas cosas que ahora dicen que es arte».

—¿Y usted qué cree?



Uno de los patios interiores donde se están realizando obras

—Yo, como soy pintor, mire usted, no entiendo de pintura.

Insensiblemente recalamos en el tema de las adquisiciones.

—El Patronato —me dice— no puede permitirse grandes dispendios. Ahora se ha adquirido un Greco, de Santo Domingo, en Toledo: «La Sagrada Familia», que pronto se expondrá. El año pasado se adquirió una «Adoración de los pastores» firmado por «R». ¿Rembrandt?

POCO DINERO

Los pies se van ligeros por la gran Sala Central.

En el despacho de postales y recuerdos una nube exótica compra docenas y docenas de postales.

—Cientos de postales—me dice una señora rubia que conozco de hace años—; eso y guías, en todos los idiomas. Traen poco dinero, ¿sabe? También compran estos «artóleos»: tricomías presadas sobre lienzo, de pequeño tamaño; alguna monografía; pero sobre todo, postales. Cientos, miles de tarjetas postales.

Pero poco dinero. En el negociado de copias me dicen lo mismo:

«Si se pide por una copia mil pesetas, ponen el grito en el cielo.»

Y uno, que sabe algo de lo que es copiar un Goya, por ejemplo, también pone el grito en el cielo. Cientos de horas tratando de captar el color; preparando el lienzo con empastes raros, con miel, con clara de huevo; modelando las pinceladas con el rabo del pincel, para llegar a la copia perfecta... Y luego: mil pesetas.

Cerca de la selicia me cruzo con la negrita de la blusa de color helado de fresa. Se marcha sin duda a cambiarse de vestido para instalarse en su lienzo de Van Dyck.

(Fotografías de Mora y Cortina.)



LOS BUENOS JUGADORES DE TENIS...



Coman siempre
SOBERANO

hielo y seltz, el perfecto
 high-ball (jáibol)
 Calma la sed plenamente,
 refresca y entona.


GONZALEZ BYASS



LAURA

NOVELA

Por Antonio FERNANDEZ MOLINA

POR todos los indicios, Laura le aguardaba. Había despreciado varios partidos ventajosos, acordándose, sin duda, de los días lejanos, casi de la infancia, en que jugaba con Rafael en el jardín y en los corrales de la casa cuando venía con sus padres a pasar el verano al pueblo.

Habían pasado muchos años. Laura casi era vieja. Muy pronto cumpliría los treinta y tres años. Aparentaba unos veinticinco, y nadie podría suponer su verdadera edad, pero ella sentía dentro de sí la soledad de los años, que se le pasaban uno tras otro. Su esperanza iba alargándose. Parecía no tener fin; pero ella se sentía cansada por momentos, y a veces poco dueña de su voluntad.

Rafael enviaba sus cartas con regularidad. Unas cartas teñidas de una vaga emoción, un tanto lejana, que iban poniendo como una tregua a sus vidas. En realidad, no habían hablado nunca de amor, pero estaba suficientemente claro que no era necesario que la palabra se hubiese pronunciado para que, tanto Rafael como Laura, estuviesen en el derecho de hacerse mutuamente sus quejas y disculparse a su vez. De ninguna forma hubieran sido capaces de sostener una situación de tirantez. Habrían sentido la punzada del dolor, en el pecho, como una molestia física.

Cuando murieron los padres de Laura y ella se quedó casi sola en la casa, sintió aún más la necesidad de compañía. Pensó que Rafael no tardaría mucho en resolver la situación, y que la pediría en matrimonio.

Pero Rafael no terminaba de solucionar su vida, y antes de tener una seguridad que ofrecer a Laura no quería dar un paso hacia adelante. Así consumía también su vida por las ciudades a que le arrastraba el azar.

Había conocido diversos oficios, pero en ninguno de ellos había conseguido permanecer el tiempo indispensable para adquirir la destreza o los conocimientos que le permitiesen solucionar su vida independientemente.

El, en realidad, no era un obrero. No había trabajado en un trabajo manual con asiduidad, pero tampoco tenía los conocimientos teóricos precisos como para clasificarse entre los intelectuales. Sin embargo, más tenía de esto último. Su educación, totalmente autodidacta, era irregular. Asistió a la escuela con lagunas. La mayoría del tiempo lo empleó en largas excursiones solitarias en la ciudad en que vivían sus padres. Su inteligencia despierta le ponía a la altura de los demás compañeros de su edad, e incluso con ventaja, en cuanto asistía unas semanas con regularidad.

Ya de muy niño sintió una gran timidez, que no era sino consecuencia de una gran sensibilidad que captaba los menores matices de las cosas y una incapacidad total para actuar de forma que pudiese herir los sentimientos de los demás. Esto le impedía obrar con libertad, y poco a poco fué creando en él una inercia para la acción y una desorientación en el momento en que tenía que decidirse. Su pensamiento se adelantaba a las diversas posibilidades y le impedía actuar. Rafael se conocía bien, y no se esforzaba por orientarse en un sentido práctico. Tenía una vaga esperanza en una solución original, tal vez maravillosa, que podía surgirle en cualquier momento. Esto era producto de las lecturas a que se dedicaba, lecturas más bien superficiales y, sobre todo, fantásticas, que le tenían sumido en la irrealidad.

Cuando acudía al pueblo en casa de sus padres, bien fuera porque no tenía ningún rincón al que acogerse o por el deseo irremediable de ver a Laura, si la temporada de las faenas agrícolas estaba en su auge, él tenía que ganarse el plato que se comía peleando en la era con los haces de mies. En esa temporada, el trabajo era tan grande, que resultaba imposible soslayarlo. Rafael pasaba por el trance, que ninguna ventaja inmediata le proporcionaba, ya que pasaba las horas de faena en una actitud de rebeldía que le alejaba de la resignación. El esfuerzo era excesivo para él. Unicamente Laura le ayudaba a sobrellevarlo. Estaban cerca y podían verse a menudo, y eso valía tanto como la holganza.

Pero Rafael no podía estar más de dos semanas seguidas soportando las faenas. A la tercera, tenía que marcharse del pueblo por tres o cuatro días, que gastaba en la ciudad visitando a sus difusas amistades, tratando de encontrar un empleo ligero y sintiendo remordimientos por los minutos que perdía de acompañar a Laura. Y era entonces cuando se prometía a sí mismo conquistarse una sólida posición que le asegurase la tranquilidad y la compañía de Laura. Pero esto duraba poco. Pronto comenzaba su facultad de análisis a actuar, y se le presentaban con delineados contornos los inconvenientes de una vida regular, adaptada a un horario conocido, para un tiempo indefinido, en el que estaría casi ausente la aventura o la sorpresa. Le era, por otra parte, muy querida la soledad, y sabía que, en el momento en que se enrolase en una actividad colectiva, ésta desaparecería de su vida, o correría el riesgo de aparecer huraño y orgulloso ante sus iguales. Algo tenía que hacer que le solucionase la vida, pues su familia, por momentos, se iba cansando de él. No podían comprender nunca su auténtico problema y, además, su sensibilidad su-

fría con exceso al considerar su situación. Lo más alejado de su manera de ser era el cinismo.

Laura aguardaba. Llevaba muchos años aguardando. De un momento a otro, lógicamente, podría poner fin a su situación tomando una decisión determinada. Pero ella no lo haría, no podía hacerlo. La fuerza de los años había desarrollado dentro de ella un amor por Rafael de una gran fortaleza. Ellos no se habían confesado nada más que su amistad, que estaba por encima de toda prueba. Pero se comportaban como lo que, en realidad, eran, aunque no hubiesen adoptado los convencionalismos al uso.

El carácter de Laura era dulce y condescendiente con los demás. Con ella misma, íntimamente, resaltaba, y por ello se martirizaba, sus defectos. Era casi imprescindible en cualquier ocasión fuera de lo normal. Con frecuencia tenía que escribir cartas ajenas, a hijos o novios ausentes, e incluso los muchachos le consultaban detalles de poca importancia sobre las muchachas. Atendía a todos en la medida de lo posible, y le resultaba algo extraño el que se acudiese a ella con tanta frecuencia.

Rafael gozaba fama de antipático. Pero en esto se equivocaban, y aquellos que le trataban con alguna intimidad se daban cuenta en seguida de que no estaban en lo cierto. Sin embargo, comprobar esto les causaba cierta extrañeza. Lo que le ocurría a Rafael era que no podía sostener una situación de normalidad. Le aburrían. Caían sobre él como una lápida pesada que le extenuaba. Sin embargo, se encontraba a su gusto dentro de una situación por encima de la normal, aunque no fuese acompañada de ruido. Pero esto corría el peligro de que lo interpretaran mal, y por eso, a veces él rehuía estas expansiones. Siempre se encontraba a distancia respecto de los demás y, por tanto, observado desde un ángulo equivocado.

Esto contribuía mucho a su fracaso. Se consideraba más capacitado que la mayoría de aquellos que le rodeaban; pero la torpeza, a sus ojos, de los demás, le impedía desenvolverse en un medio apto. Le conducía a un estado de desidia del que difícilmente se libraba en mucho tiempo. Como todos sus estados los conocía y sabía además las causas y consecuencias de ellos, se veía doblemente atado. Tenía horas críticas que se repetían casi invariablemente. Eran la hora de levantarse de cualquier día ordinario que nada nuevo podía ofrecerle, según pensaba, e inmediatamente después de comer que es cuando hay que enfrentarse directamente con el día y tratar de dar fin de él de una manera airosa. Si él no pensase en ello el tiempo transcurriría lentamente, con entera normalidad; pero no podía impedir contribuir a la formación de su propia tragedia.

Tenía la válvula de escape de su casi entera libertad durante la mayoría del tiempo. Los empleos que al principio los aceptaba con entusiasmo excesivo para caer bruscamente en la realidad de la situación, más adelante los aceptaba con conocimiento de causa, con verdadera resignación, pero poco a poco se iba formando el fermento de la inadaptabilidad hasta el momento en que se apoderaba de él y tenía que recurrir a cualquier solución viable para abandonar su ocupación, aunque no fuese más que temporalmente. Se valía de permisos que pedía por diversas causas, permisos, los más, sin retribución alguna; pero la cura le era necesaria y la tenía que aplicar aun contra su voluntad.

Le ayudaba mucho a soportarse a sí mismo el hecho de que conociese tan a fondo su problema y la dosis de ensueño que le acompañaba casi en todo momento que disponía de su libertad.

Laura también le ayudaba. Con su consejo, con su paciencia y, en caso apurado, con su dinero. Siempre en cantidades pequeñas, pero en los momentos precisos en que esa cantidad le podía crear un complicado problema. Rafael nunca le pedía nada, pero, si se lo ofrecía, lo aceptaba sin poner ninguna objeción. De la misma forma que no le hubiese costado ningún trabajo ofrecerle si lo hubiese tenido. La situación se alargaba, pero no podía ser por mucho tiempo. La espera de Laura le dolía profundamente y decidió tomar una decisión en el plazo más breve posible.

—Mira, Laura—le dijo Rafael—, dentro de tres días me marcharé del pueblo. Cuando vuelva ya no

seré el ser inútil que hasta ahora. Entonces podré mirar de frente a los demás.

—Rafael, si tú quieres, puedes hacerlo... y ya es hora. No me enfado. Quiero tener confianza en tí, pero te temo. Otras veces me has dicho lo mismo o cosa parecida

—Pero alguna vez tiene que ser la última.

—Es verdad.

Los días que siguieron fueron de una calma expectante. Aunque no hablaban de ello, su pensamiento estaba ocupado por esa sola idea. Laura le pidió la ropa que tenía para repársela, como si se preparase para un largo viaje.

Permanecían callados en casa de Laura, sentados alrededor de la mesa de costura. Había en el ambiente un aire de conspiración, y al mismo tiempo de satisfacción e inquietud.

Rafael leía el periódico con breves interrupciones para mirar a Laura. Con frecuencia sus miradas coincidían.

Un pájaro vino volando hasta el cristal de la ventana. Quiso entrar, pero tropezó contra el cristal. Un revuelo de plumas desprendidas quedó en el aire. La ventana daba sobre el corral. Las gallinas picoteaban tranquilamente.

—Laura.

—¿Qué?

—Cuando yo me vaya debes estar tranquila.

—Claro, Rafael.

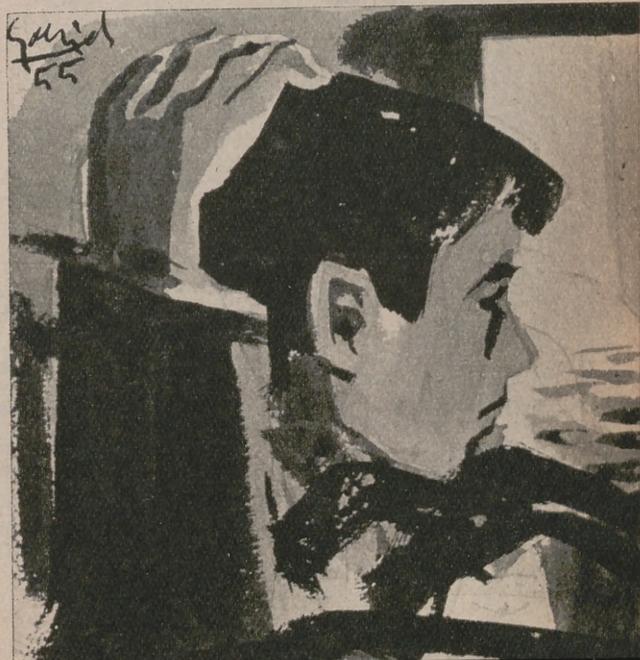
—Ya sé que no merezco mucha confianza, pero ahora trabajaré en serio. Me violentaré para ello, si es necesario, pero lo haré.

—Sí, ahora debes hacerlo. Tú vales mucho. Todo está en que te sepas vencer en los primeros desalientos. Después todo es más fácil. Además, esa es la única solución. Más tarde o más temprano tendrás que hacer algo con seriedad, y a medida que pase el tiempo te costará más trabajo. Ahora es la ocasión propicia.

Después se callaban, como si no quisiesen gastar las energías en la discusión del proyecto. Hablaban de cosas indiferentes y de un porvenir remoto, vago y lejano, al que no se podían referir sino inconcretamente.

Los pocos días de plazo hasta el viaje pasaron pronto. Laura estaba inquieta, como si algo trascendente se fuera a jugar en su vida. Los últimos consejos fueron breves. Se referían más bien a su aseo personal, al cuidado de su ropa y a algún mínimo detalle de trato social. «Esto debes hacer y esto no—le decía—; cuesta muy poco trabajo.» Después añadía algunas palabras sobre las ventajas que le podían reportar. También parecía decirle que sobre todo lo hiciera por ella, pero esto no se atrevía a expresarlo rotundamente. No se atribuía la autoridad suficiente para hacerlo. En esto era demasiado humilde.

Cuando Rafael montó, muy de mañana, en el coche de línea, sintió una opresión en el pecho. La



emoción se apoderó de él. Tenía que hacer algo. En eso iba pensando. Tenía que hacer algo en seguida para demostrar a los demás que valía tanto, o más, que ellos. En su interior no necesitaba convencerse, pero era necesario que los demás lo viesen, sobre todo porque ello llevaría como consecuencia su independencia económica, que era lo que en definitiva le interesaba.

En ese momento tenía algún dinero más que de costumbre. Había cobrado algunas comisiones, actuando como intermediario, y tenía el de una bicicleta propia que había vendido, porque ya no pensaba utilizarla. Laura también le había dado algo

—Más adelante, cuando empieces a ganar, me compras un reloj. Ahora todavía no le quiero tener. Es mejor que te lleves ya el dinero, pues así me evito girarlo. Además, el cartero se lleva cuenta y podía servir de comentario.

Rafael se prometió comprarle un reloj que llamase la atención por los alrededores. También le compraría unos pendientes. Ese era un viejo proyecto que no quería dejar de poner en práctica. Este era, precisamente el momento, el día en que volviera con un camino definido que mostrar a Laura.

Los paisajes tantas veces contemplados desfilaron ante su vista. Terrenos de siembra y montes de encinas que corrían hacia él para luego alejarse en dirección opuesta. Parecían querer decirle algo. Ser los fantasmas de una extraña realidad.

Rafael alejaba de su mente toda idea de presagio. Esto no estaba acorde con su manera de ser. Sabía que los elementos irreales o extraños únicamente podían estar en su cerebro, pero nada del exterior podía tener otro valor que el definido por su propia presencia.

Cuando llegó a la ciudad, llovía. Eran aproximadamente las once de la mañana. En el suelo se reflejaban los brillos del día. Rafael entró en la calle como en una habitación tibia. Tenía hambre. Entró en un bar y pidió una taza de café con leche. Allí mismo escribió una carta para Laura.

«Querida Laura: Acabo de llegar. Hace frío y he entrado en un bar a desayunar. Tenía deseos de escribirte ahora para que tengas pronto noticias mías. No te puedo decir nada sino que estoy decidido a llevar a cabo mis proyectos.

Te escribiré casi todos los días. Sobre todo si hay alguna novedad.

Nada más. Ten tranquilidad. Recibe un saludo cordial.

Rafael.»

Cuando salió a la calle el día seguía igual. Lloviznando. Casi no sabía dónde dirigirse. Su familia a esas horas estaría fuera de casa, trabajando. Volvería a la hora de comer, en el momento en que quería empezar las gestiones para buscar algo con que empezar. Estaba dispuesto a aceptar lo primero que le saliese, pero con carácter provisional. Quería conseguir algo que mereciese la pena, por la acción y si esa preciso por el estudio. De ahora en adelante suprimiría los largos paseos, divagando por las calles de la ciudad. Hoy comería fuera de casa.

A Laura, en el pueblo, no le quedaba sino continuar esperando. Las amigas le preguntaban intencionadamente por Rafael o se referían a otros muchachos, posibles partidos para ella. A veces estas observaciones iban cargadas de tan mala intención que le costaba trabajo no regañar con ellas. Sobre todo porque se desenvolvían en el terreno de la hipocresía. Las observaciones de los hombres eran más groseras si había más de uno y podían los restantes corear la gracia.

Su hermana tenía deseos que aquella situación terminase, pero jamás le decía una palabra que pudiese herirla. Ambas sufrían cuando se trataba este asunto. La hermana se había casado hacía un par de años, pero a pesar de ello continuaba muy ligada a Laura, porque desde muy pequeña había tenido que cuidar de ella. Su madre había muerto cuando Laura sólo tenía cuatro años. Ella había hecho las veces de la difunta. Después murió su padre y quedaron las dos solas. La hermana también apreciaba a Rafael, pero le colía que no consiguiese algo que le situase decorosamente a su hermana. Alguna vez se había dirigido a él hablándole a este respecto, pero le hablaba cohibida, casi tanto como él al escuchar sus palabras. Ahora Laura le había explicado cómo Rafael es-

ta dispuesto a abrirse camino. La hermana se alegró, aunque no llegó a convencerse. Otras veces había algo parecido, pero ahora Laura aseguraba que era con toda seriedad.

Rafael estuvo durante todo el día visitando a conocidos o a personas que le recomendaban. Como no dejó de llover terminó calado, pero se acostó tranquilo. Tenía una promesa seria de empleo y probablemente empezaría a trabajar a principios de la semana siguiente. Le habían ofrecido la vigilancia de un almacén de materiales de construcción al mismo tiempo que llevar su contabilidad. Era una cosa sencilla, pues se limitaba a tener que tomar nota de lo que entraba o salía en un cuaderno y hacer el resumen diario, y procurar que hubiera orden y limpieza. Le volvió a escribir a Laura, diciéndole lo que había y su propósito de prosperar ahí o en otro sitio si se presentaba ocasión mejor.

Laura le contestó animándole. Los días de intervalo hasta que comenzó el trabajo los dedicó a indagar continuamente. Podía surgirle otra cosa de más interés o un trabajo complementario que le aumentase los ingresos. Sólo encontró una representación de máquinas agrícolas. La comisión era buena. El campo de acción en la ciudad le parecía limitado, pero lo aceptó. Todo era cuestión de intentarlo. Acaso por correspondencia se podría poner en contacto con algún cliente y visitarle un día de fiesta. Las comunicaciones eran buenas para casi toda la comarca.

El primer día de trabajo todo fué bien. Las cartas que recibía de Laura eran alentadoras. El también le escribía a menudo. Pronto hizo amistad con otros compañeros. Veían la vida de distinta forma que él; pero se esforzó, y penetró en su mundo, y vivió sus problemas y sus alegrías. Sus problemas eran escasos. Al menos no los dejaban traslucir; se referían a sus conquistas intrascendentes o a preocupaciones de tipo deportivo. Este tema era el centro de su discusión y Rafael aprendió las nociones imprescindibles para poder seguirles la conversación o escucharles sabiendo el significado de sus palabras. Un día llegó borracho a casa. Acostumbraban a reunirse después del trabajo en una taberna cercana y se bebían unas botellas de vino, pero en esa ocasión había cobrado, y con más dinero lo celebraron comiendo unos bocadillos de sardinas y bebiendo más que de costumbre. El tenía menos hábito que ellos a la bebida y los efectos fueron mayores. Tuvieron que acompañarle a casa. A la mañana siguiente estaba un poco avergonzado. Sus compañeros no hicieron la menor alusión a ello. Quizá era porque a sus ojos carecía de importancia, pero Rafael se lo agradeció como el rasgo más fino de delicadeza. Se sintió identificado con ellos y dejó a un lado sus problemas y sus deseos de soledad para entrar definitivamente en su compañía sin tener que hacer el menor esfuerzo.

Como el lugar de trabajo estaba muy alejado de su casa, decidió no desplazarse hasta allí a la hora de comer y hacerlo en compañía de Esteban, un carpintero joven que trabajaba en la misma Empresa y que vivía solo.

Pronto intimaron. La vida de Esteban era sencilla, pero estaba llena de un profundo sentido. Desde muy niño había tenido que defenderse solo. Vino a la ciudad desde un pueblo misero de la provincia, donde su padre trabajaba como herrero. La compensación era muy escasa, y a él le enviaron muy niño en casa de unos tíos, con el fin de encontrar mejores horizontes. No estaba descontento. Esperaba llegar a conseguir establecerse por su cuenta. Esto le animaba a Rafael. Ya había ahorrado algún dinero. A esto Rafael no se había adaptado. Le quedaban muchos hábitos de desorganización. Aun compraba, cuando llevaba dinero en el bolsillo, revistas caras o tabaco de lujo. Esteban le hizo ver cómo, en la mayoría de los casos, el placer que proporcionan estas cosas no está en relación con el trabajo que te han costado, sin contar que hay necesidades más urgentes. Pero él tenía necesidad de lo superfluo y de alguna desorganización.

Rafael hizo algún viaje con el asunto de las máquinas, pero los resultados, de momento, fueron escasos. Apenas sacó para cubrir los gastos de desplazamiento. No obstante iba adquiriendo relaciones y esperaba que cuando llegase el verano

se le presentase algún negocio lucrativo con motivo de la recolección.

Esteban conocía a unas muchachas y salía con ellas al cine o al baile los sábados por la tarde. De esto no le dijo nada a Laura.

Acompañaban indistintamente a una u otra; pero pronto Esteban sintió predilección por una de ellas, y Rafael tuvo que atender a la otra.

En principio le era indiferente, pero pronto comenzó a desear que llegase el momento de verla de nuevo.

A Laura le continuaba escribiendo casi a diario. Laura era imprescindible en su vida. Le resultaba doloroso el momento de escribirla, y el embrazo quedaba manifiesto en sus palabras. Ella notó en seguida que algo le ocurría. Lo atribuyó al esfuerzo que estaba realizando para adaptarse a una vida ordenada y de trabajo. Procuró alentarle. Las cartas que recibía le turbaban. No cometía ningún delito, pero tenía conciencia de que se movía en una zona en la que no le era lícito. Entre aquella muchacha y él aun no había nada. Sin embargo, las libertades habían sido mayores en una docena escasa de veces que se habían visto a solas que en varios años de amistad íntima con Laura. Bien es verdad que hacia Laura sentía un marcado respeto que le impedía ser ni siquiera tendido entre ellos, aunque las palabras no se hubiesen pronunciado. A esta chica tampoco le había dicho demasiado. Nada comprometedor. Todo se reducía a llevarla del brazo por la calle. El mayor riesgo era que le viese alguien conocido que pudiera decírselo a Laura. Con todo, ella comenzó a sospechar algo, y le escribió en términos lo suficiente claros como para que se pusiera sobre aviso. El no estaba ligado a ella por ningún compromiso, pero su caballerosidad no le debía permitir dar pasos que pudieran ser un tormento para ella. El problema estaba en que como ambos debían permanecer separados, y él en la ciudad, ésta le resultaba demasiado solitaria en su ajeteo y sentía la necesidad de alguien que le hiciese compañía y con quien hablar. Pero era peligroso. La muchacha, aunque bastante superficial, tenía una ternura insinuante, que le adormecía y le hacía olvidar la realidad. El no tenía ningún deseo de cambiar aquella situación, aunque se daba cuenta de que se hacía insostenible por momentos. A Laura no quería sacrificarla por ningún concepto. A veces sentía la tentación. Se la representaba su imaginación en la imagen más desfavorable; pero, sin embargo, era algo que estaba tan unido a su vida, que no era posible renunciar a ello. La otra era como una lluvia primaveral, agradable, refrescante, pero necesariamente fugaz. Todo estaba en que él supiera encontrar el momento crítico de que aquello terminara. No le gustaba la brusquedad, sobre todo con quien no tenía motivos para utilizarla, ya que ella no había hecho sino aceptar sus invitaciones. De él partió todo. Además, ella estaba en el derecho de poseer la amistad y el amor de un hombre. La culpa era suya, que tampoco le había enterado de lo que entre él y Laura existía. De momento, no se decidió por nada. Pensó, por inercia y comodidad, que lo mejor era pasar el tiempo y que los acontecimientos dejaran ver por sí solos la fuerza de las cosas.

En el trabajo se desenvolvía con normalidad. La tarea no era excesiva, pero tenía que permanecer las horas reglamentarias. Lo aceptaba con resignación y con humor alternante. No le era tan fácil habituarse, pero le podía haber parecido en momentos de entusiasmo. Tampoco resultaba insoportable. Incluso se le iba adormeciendo el propósito de buscar otra cosa mejor. Si pasada la prueba de los seis meses iniciales el informe era favorable podía quedar indefinidamente en la Empresa. A medida que pasase el tiempo las ventajas económicas y de seguridad personal aumentarían. Con ello también perdería el encanto del riesgo y la aventura.

Su vida discurría dentro de una medianía tranquila. Las máquinas, de momento, no aportaban ningún beneficio que se pudiera tener en cuenta. El dinero que ganaba se lo gastaba todo, pero en compensación no pasaba ningún apuro económico difícil. Su ropa era mejor. Poco a poco iba reponiendo sus prendas.



Esteban le comunicó que estaba en relaciones con la otra muchacha. Tenían pensado casarse pronto. Esteban no tenía noticias de Laura. Rafael no era explícito con nadie, y no le gustaba hacer confidencias. Sentía entre ellas el pudor de contemplarse desnudo. No le dijo nada en ese momento. No era el más apropiado porque, tal vez, él se lo transmitiría a su novia y pronto estaría en conocimiento de su amiga. Esteban podía enfadarse. Le había conceptualizado como un verdadero amigo con el que no se guardan secretos de ningún orden, y menos una cosa sin importancia relativa a mujeres. El no sentía hacia Esteban nada más que una simpatía un poco mayor que hacia los demás compañeros. No era dado a la amistad, y por necesidad permanecía siempre inabordable, aun sin él proponérselo. Le manifestó que, de momento, no había pensado en nada serio. Su situación no se lo permitía ni había encontrado una mujer que de verdad fuese necesaria. Esto no era nada en concreto que en todo caso pudiera servir para que su amiga se molestase con él si llegaba a su conocimiento. Esto lo deseaba y lo temía. Esteban debió decirle algo a su novia, y Rafael tuvo pronto indicios de ello. La muchacha estaba molesta. El no quería preguntarle nada, porque toda conversación en este terreno era resbaladiza. Ella no consentía que la tomase del brazo.

—¿Qué es lo que te ocurre?—le preguntó.

—Nada. Esto no va a poder continuar.

—No veo los motivos. Todo puede continuar igual. Tu compañía me es agradable. Si tú has cambiado de opinión, es otra cosa.

—No he cambiado de opinión; pero todo en este mundo tiene un fin, y el de lo nuestro puede ser ahora.

—Yo creo que no. Ignoro tus razones.

—Todo depende de ti...; pero ya veo que no se puede hacer nada. Será mejor que nos digamos adiós.

—No sé. Esto me coge desprevenido. Yo creí que éramos buenos amigos.

—Sí; amigos, sí. ¿Por qué no? Pero no podemos continuar viéndonos. Eso es todo.

—¿No será por siempre?

—Eso seguramente lo sabes tú mejor que yo. Ahí va mi mano. Adiós.

Se estrecharon la mano con dejadez. Rafael se sintió derrotado. La muchacha se alejó sin volver la vista, y él se quedó contemplándola hasta que se perdió tras una esquina.

No sabía hacia dónde ir. No estaba contento de que se le hubiesen solucionado las cosas de ese modo. Ahora no sabía qué hacer. Estaba solo y aburrido. La ciudad carecía de alicientes para él. Esteban ahora estaba ocupado y no podía contar con nada más que el momento crítico de la comida. Su presencia, por otra parte, no le interesaba. Todo lo que le pudo distraer fueron unos cuantos días. Después continuó haciéndole caso por inercia. Aquella muchacha que ahora se alejaba de él era quien únicamente podía llenar sus horas. Podría hacerla volver, pero entonces tendría que hablarle de amor, y a eso no estaba dispuesto. Laura continuaba siendo lo esencial. Hacía unos días que en una carta le había anunciado la posibilidad de ir a pasar unos días a la ciudad. Tenía que hacer unas compras y arreglarse una muela. Ahora tenía que escribirla. Le costaba trabajo y vergüenza. Se sentía como vencido por la mujer a la que necesariamente había de recurrir. No había sabido interpretar el sentido exacto de la situación ni había tenido el valor suficiente para enfrentarse con ella cara a cara. Debiera haber simulado antes y no dejar traslucir nada en la correspondencia. En cuanto a la otra, haberla despachado él directamente, ya que era la suya una situación difícil de sostener. Y, sobre todo, no tomar las cosas muy en serio.

Tenía la esperanza compensadora de que Laura vendría y pasarían unos días juntos. Por el momento era suficiente; pero, de todos modos, se encontraba desorientado. Le parecía iba a presentarse ante Laura un poco impuro, e hizo un gran esfuerzo para desecharse de sí toda inquietud, todo resto de ascendiente que aun conservase la otra sobre él. No era un cinico, ni en la más pequeña medida, y todos sus afectos, fuesen del orden que fuesen, quería entregarlos limpios o renunciar a ellos en su interior.

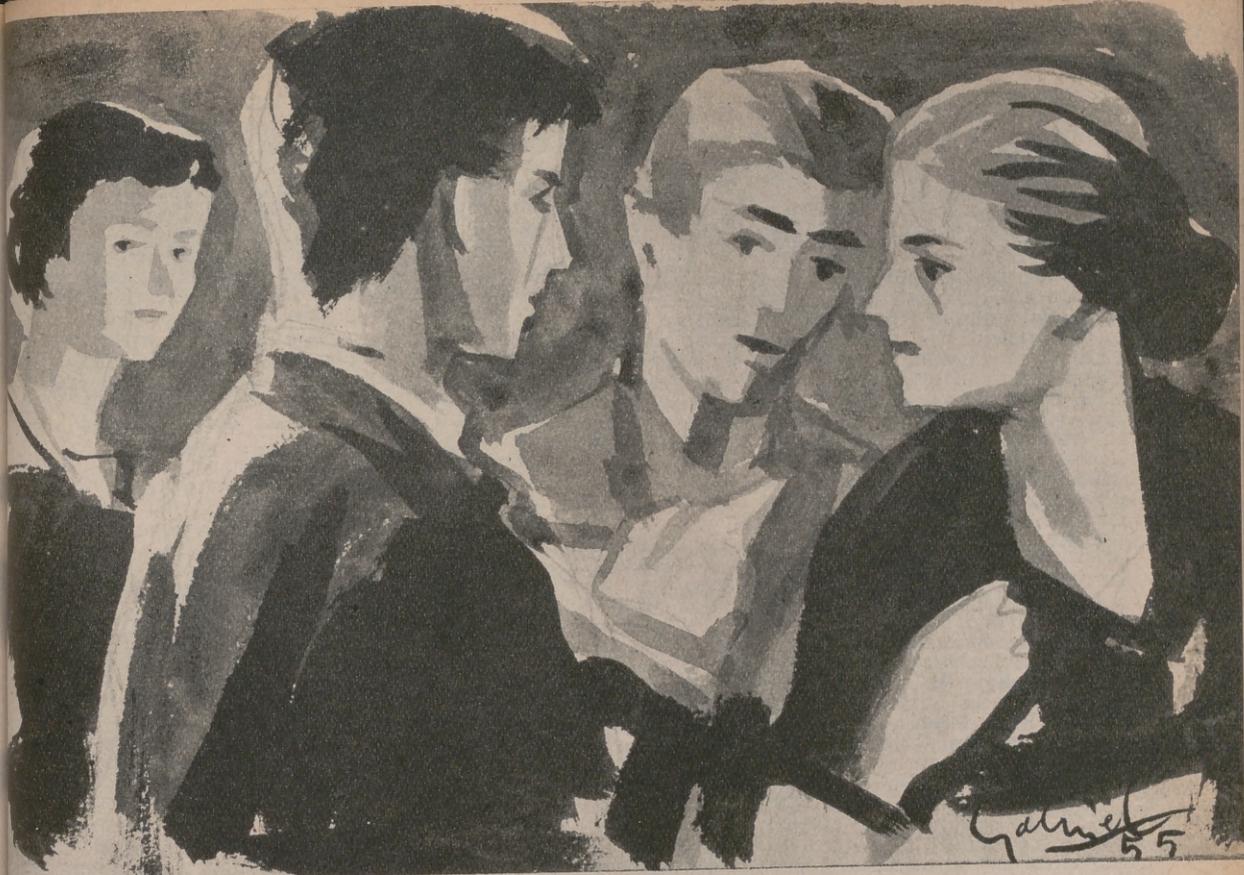
El trabajo durante aquellos días le resultó pe-

sado. Coincidió con una mayor agitación. En esos días se comenzaban tareas nuevas, y era preciso preparar todo lo necesario. Tuvo que hacer horas extraordinarias, lo que fué en beneficio de su bolsillo. Entraba a trabajar muy temprano y salía después. Tenía casi justo el tiempo para descansar. Su único aliciente eran las cartas de Laura. El la escribía cartas cortas, pero naturales. El poco tiempo que le quedaba le tenía que utilizar para despachar la correspondencia referente a las máquinas, que no podía descuidar ahora sin exponerse a perder inútilmente todo el trabajo anterior o a que éste quedase en beneficio de cualquier otro que llegase después que él a recoger lo que había sembrado. Estos negocios de las máquinas se desenvolvían de las formas más inesperadas. Tenía algunos tratos en perspectiva que le habían surgido hablando al azar con personas que iban a comer en el mismo establecimiento que él, cuando venían desde el pueblo a hacer sus negocios a la ciudad. Sin embargo, con sus convencios era difícil; si había iniciado algunas relaciones, después estos clientes probables se habían entendido directamente con el industrial o estaban en vías de hacerlo. Esto tampoco constituía un fracaso, porque siempre llegaban al jefe los indicios de su actividad. También había puesto un anuncio en los periódicos, y esto le había dado a conocer más ampliamente. Aunque no había nada definitivo, la marcha general no parecía mala. Sin embargo, el trabajo en el almacén se le hacía cada día más pesado. Le resultaba monótono y sencillo y no se sentía con fuerzas para intrigar y ascender. Hubiera sido un camino estudiar y adquirir conocimientos prácticos, pero esto, aunque no lo deseaba, lo dejaba para más adelante. Aunque la paciencia de Laura estaba suficientemente probada, no era cosa de adoptar un camino que resultase demasiado largo.

El también sentía deseos firmes de formar un hogar y vivir tranquilo en él. De momento, todo lo tenía en el aire. Su familia lo atendía mejor porque veía que se dedicaba a algo útil, pero no estaban convencidos que fuera por mucho tiempo. El, en otra ocasión yo lo hubiese echado todo a rodar, pero ahora permanecería aún en contra de todos sus deseos. En las últimas semanas había reunido algún dinero. Se había juntado alguna gratificación, más horas de trabajo y disminución de los gastos. Con Esteban apenas hablaba. El mismo parecía haberse querido apartar de él, quizá por culpa de la amiga de su novia. Tampoco se mostraba enfadado. Tal vez todo se debiera a una mayor preocupación.

Por fin llegó Laura. Rafael pidió permiso y salió a esperarla. Tenían todo el día para ellos completo, y lo aprovecharon bien. Ella se alojaba en casa de unos primos suyos; llevaron el equipaje y se despidieron hasta la noche. Aquel día no hicieron sino recorrer la ciudad y divertirse en los cafés y en los espectáculos. Aunque no era preciso, Rafael le dijo a Laura cuantas cosas ella podía desear. Sus relaciones se formalizaron definitivamente y con el ánimo de casarse en seguida. Ya habían pasado los seis meses de prueba en la empresa y su puesto era cosa segura. Laura no ambicionaba demasiado, pero él estaba empeñado en que aquello debía ser transitorio y en buscar, sin precipitaciones, la forma de alcanzar una posición mejor. A Laura le complacía, y ambos opinaban que aquello no debía retrasar su boda, en la que se ocuparían de ahora en adelante seriamente.

Laura estuvo en la ciudad cinco días; como uno de ellos fué domingo, tuvieron dos totalmente enteros para ellos. Rafael pudo comprarle el reloj. No había llegado a gastar ese dinero que le dió Laura. También le compró los pendientes que tanto tiempo habían aguardado. Ella le regaló media docena de mudas. Se sentía halagada por los regalos de Rafael, pero quería compensarle de ese dinero. Ella no tenía ninguna necesidad y él podía precisarlo en cualquier eventualidad. Aquellos días pasaron pronto, y al despedirse se besaron por primera vez. Habían dejado atrás, por el momento, los mejores días de su vida. Desde aquel momento comenzaron los preparativos para la boda. Pensaron casarse en el plazo más breve. Laura tenía algún bien y por eso no era preciso esperar para hacer algunos ahorros. A Rafael le era difícil ahorrar; por eso, asesorado por Laura, hizo una lista de las cosas que podía ir comprando a medida que fuera teniendo dinero. La hermana de Laura recibió una gran alegría. Pero ambos habían decidido no decir nada a nadie hasta el mo-



mento en que él fuera por el pueblo, que sería pronto. Les faltaba que preparar la ropa. Fueron días de mucha tarea. Las dos hermanas se quedaban cosiendo hasta muy tarde. Las cartas de Rafael llegaban casi a diario con noticias normales. Sus dudas y sus inquietudes procuraba ahogarlas.

Aprovechando dos días de fiesta fué a visitar a Laura, y anunció a su familia que se casarían en seguida. Aquello les sorprendió. El tuvo un buen rasgo y se hizo el importante. Les habló de su empleo y del porvenir que en él le aguardaba, en caso de que le interesara continuar. Les explicó que representaba una casa de máquinas agrícolas, y la enorme ventaja que significaba para la agricultura la introducción de ellas en los cultivos. Como todos eran agricultores, se interesaron en el asunto. Era posible que por allí pudiese hacer algún negocio. Lo suyo era el acontecimiento del día y se puso de moda. Eso le sirvió de propaganda. Su prestigio aumentó cuando se enteraron que se anunciaba en la Prensa. El quedó en enviar propaganda en seguida e informarles por escrito de las condiciones a dos o tres agricultores más acomodados. Laura estaba satisfecha. En el pueblo se hacían los comentarios de costumbre. Había quien opinaba que Rafael ya daría alguna noticia negativa el día menos pensado, ya que toda su vida había sido un vago y resultaba extraño que de la noche a la mañana hubiese organizado su vida; pero había quien le defendía de buena ley, pues nadie, en realidad, podía achacarle ninguna acción ni intención mala. Las amigas de Laura sintieron envidia. No faltó quien quiso aconsejarla respecto a Rafael, pero fué inútil.

—Sí, contestó Laura, todos los hombres tienen algún defecto. Igual que las mujeres.

La otra comprendió perfectamente lo que quería decir y abandonó el tema acto seguido.

Cuando se quedaba a solas, Rafael dudaba de que todo resultase bien. Al trabajo se había habituado, pero no le encontraba interés. Tenía ilusión en la representación de las máquinas. Ya había conseguido cobrar alguna comisión que merecía la pena. Su proyecto para más adelante era dedicarse a la representación de máquinas y a alguna otra si esto podía hacerlo compatible.

Al poco tiempo se casaron. La boda fué muy modesta. Apenas asistieron nada más que los familiares. Encontraron un departamento pequeño para vivir. Compraron los muebles imprescindibles con la intención de hacer más tarde las adquisiciones que fueran necesarias y no cargarse de utensilios que después podían tener escasa aplicación. Tuvieron quince días de permiso, pero no

salieron de viaje. Lo dejaron para después del verano. Aquellos quince días los pasaron en la ciudad. Recorrieron los rincones más apartados. Comían en el sitio que les cogía más cerca. Resultaba maravilloso dejar pasar los días sin otro objeto que irlos saboreando a medida que pasaban. Cualquier cosa que hicieran estaba cargada de maravilla. Contemplar un árbol o ver una película tenía una significación distinta que hasta aquel momento. Laura era feliz y esa felicidad disipaba cualquier recelo que tuviese Rafael. Era una felicidad tan limpia, tan sencilla, que se hacía transparente.

—Estoy asombrado, decía Rafael, de que esto sea una realidad. Y estoy más asombrado aún de que me hayas aguardado tanto tiempo sin titubear. Al menos sin que yo lo notase demasiado.

—No sé. Ya no me acuerdo. ¿Qué puede importarte lo que quede atrás? No es necesario recordar nada más lo que interese. En realidad nuestra vida empieza ahora.

—Sí, tienes razón. ¿Estás muy segura de mí?

—Haces preguntas de niño. Soy yo quien únicamente tiene confianza en ti. Podías haberte dado cuenta antes.

—Es verdad. Para tener confianza en mí es preciso apoyarme en la que yo tengo en ti. ¡He divagado tanto. He buscado la solución a mi vida de tantas formas que ésta me parece demasiado sencilla y no tengas mucha seguridad. Cualquiera día puedo sentir deseos de cambiar de vida.

—Supongo que conmigo.

—Sí.

—Entonces no hay peligro. Tal vez tú tengas razón en ese momento. Entre los dos nos encargaremos de ver qué es lo que verdaderamente nos conviene, y si nos equivocamos nos equivocamos por igual. Casi no será equivocación. Yo siempre te ayudaré.

—Me perdonarás si te digo una cosa.

—Si me la dices, sí. Si te la callas, no sé.

—Cuando vine aquí al poco tiempo salí con una muchacha. La cogí del brazo antes que a ti. No hubo más. Yo no estaba enamorado de ella, pero su compañía me era agradable. Cuando nos separamos lo sentí, pero no lo suficiente para ir a buscarla.

—Me conformo con que no sea más. Algo por el estilo se notaba en tus cartas. Menos mal que no podían disimular. Entonces hubiese sido peor. Yo habría fracasado y ahora no estaríamos juntos. Todos tenemos nuestros momentos de desaliento. Si para ti era grande la ciudad a mí también se me hacía pesada la soledad en el pueblo. En algún momento he estado tentada a aceptar otros pre-

tendientes. Siempre me tomaba un par de días para reflexionar, y ya ves a lo que hemos llegado. Las mujeres somos muy cabezonas.

—Afortunadamente.

Durante los primeros días todo fué bien. Vivían una vida un poco irreal. Poco a poco Laura se encargó de ir descendiendo al suelo. El día que tuvo que volver al trabajo Rafael fué con la mayor tranquilidad.

Las semanas se iban deslizando tranquilas. No había ninguna inquietud ni ningún problema por el que se debieran preocupar especialmente. La representación de las máquinas prosperaba y se hacían pequeñas ventas, que traían sus comisiones. Como el verano se acercaba, iban siendo mayores.

La vacación del verano la utilizarían para viajar. Rafael tenía empeño en emplear ese tiempo en trabajar más directamente las máquinas, pero Laura objetó que en este primer año no quería quedarse sola. Más adelante tendría tiempo de dedicarse a ello por entero, pero lo dejó a su definitiva elección. El accedió.

Fueron al mar. Laura no había visto nunca el mar, y Rafael una vez de pequeño había estado en una playa, pero guardaba de ella mal recuerdo, porque ese día había habido un ahogado. En el mar estuvieron un par de días, después se acercaron a la montaña. Anduvieron solos con una mochila al hombre y provisiones para dos o tres días. Durmieron en chozas solitarias y escucharon el ruido de los animales y de los árboles en la soledad. Recorrieron pueblos y volvieron a su hogar rendidos pero satisfechos dos días antes de tener que incorporarse al trabajo. Aquellos días los utilizaron para descansar.

Cuando les nació en primer hijo hacía poco menos del año que se habían casado. Rafael pasó momentos de inquietud. Sus ideas sobre las cosas cambiaron definitivamente. Apenas se acordaba de aquel muchacho inquieto y acobardado que era. Le parecía demasiado alejado todo aquello que antes había perturbado su vida.

Los años fueron pasando llenos de acontecimientos. No pasaba nada importante. No se podía decir precisamente que prosperaran, pero iban solucionando holgadamente sus necesidades y tenían algún dinero ahorrado. Tuvieron hasta cuatro hijos, que se desarrollaron normalmente, con los inconvenientes y las molestias propias de su edad. Un quinto se les murió a los dos años. El mayor tenía por entonces diez.

Laura engordó algo, y poco a poco los años le iban dejando su huella. Se convirtió en una señora tranquila que apenas salía de su casa, atenta siempre a las comidas y las ropas de sus hijos y su marido.

En una ocasión se quemó la casa en que vivían. No hubo ninguna desgracia. Algún desperfecto en los muebles. Tuvieron que mudarse a otro sitio. Con este motivo alquilaron un cuarto más espacioso y más céntrico, pero Laura echaba de menos aquel en que había empezado sus años de casada. Su hermana venía con frecuencia a hacer compras a la ciudad. Si no era época de muchos trabajos se quedaba unos días con ella. Durante el verano ellos pasaban una temporada en el pueblo. Rafael aun continuaba con los jefes de la antigua empresa. Habían emprendido nuevos negocios y se le habían llevado como empleado de confianza. Ya no representaba las máquinas. Tenía suficiente trabajo en un sitio sólo. Pero las máquinas le dejaron dinero. Cogió los años más a propósito, cuando aun no se había establecido la competencia. Liquidó su representación en el momento que vio no iba a atenderla debidamente. De sus ideas de estudiar no pudo llevarlas a cabo. La vida de casado, aunque tranquila, no le dejaba tiempo libre, pero, en desquite, lo buscó para ir enseñando a sus hijos las primeras letras a medida que iban creciendo. En su casa recibían visitas de los compañeros o de sus familiares. Acu-

dian con frecuencia a ellos. Laura cuando salía era casi siempre porque su ayuda era requerida por un amigo o familiar. Continuaba siendo imprescindible. Para cualquier cosa echaban mano de ella. A Rafael le molestaba un poco, pero en el fondo le complacía. Ella decía irónicamente que era la señora de los negocios y que el día menos pensado iba a cerrarse de banda; pero ella sabía que no era cierto, que continuaría acudiendo a donde la llamasen. A veces era para tonterías sin importancia, como para ayudar a alguien a lavarse la cabeza o para hacer un corte de pelo. Entonces era cuando volvía a casa refunfuñando. Su marido y sus hijos sabían por qué, y sonreían con condescendencia. Ella se reía también, y moviendo un poco la cabeza decía sin creerlo que era tonta de remate.

En una ocasión estuvo muy enfermo Rafael. Laura no se apartó un momento de él. Se restableció, y con ello volvió a ella la alegría y la tranquilidad. Los hijos iban creciendo. El mayor se casó muy joven. Tuvo un noviazgo rápido con una compañera de trabajo. Era una muchacha atractiva, casi una niña. Laura se alegró mucho de ver un hijo suyo casado, pero sintió las inquietudes propias de las madres. Estaba un poco intranquila, porque pensaba que su hijo era demasiado joven. Se consolaba, porque sabía que el tiempo lo corregía. Además, tenía la ilusión de los nietos.

Rafael comenzó a tener alguna manía. Entonces ella pensó que se iban haciendo viejos. Veía a sus hijos muy jóvenes, casi niños, y se decía que debieron casarse antes. Luego creía recordar que no pudo ser. Estaba conforme; la cosa había quedado bien. Uno de sus hijos le dió un disgusto. Le habían puesto a estudiar, y en cuanto comenzó a salirle la barba, dijo que no quería seguir carrera. Debía ser la herencia paterna. No quedaba sino esperar una mujer que le hiciese pensar en ella. Eso tenía necesariamente que llegar.

Pasaban cosas. La ciudad se transformaba. Se creaban fábricas y había mucho tráfico. A ella le gustaba cada vez menos salir a la calle. Últimamente no podía atender a algunos que pedían su ayuda. Se lamentaba de no poder ir, y hasta pedía perdón por ello. No le respondían las piernas. En casa, apenas podía hacer nada. Coser muy despacio.

Rafael gozaba de libertad. Los jefes tenían la confianza que dan muchos años de trabajo ininterrumpido para ellos. El hijo que no quiso estudiar entró con él en el trabajo. El día de mañana se podría quedar en el puesto de su padre. Incluso podía aspirar a otro puesto mejor. Laura cada día estaba más delicada. Sus dos hijas cuidaban de ella con solicitud. Ambas eran unas muchachitas casaderas. Cualquier día tendrían que plantear el problema de los novios en su casa. La madre no sabía si apenarse o entristecerse por ello. La vida continuaba sin interrupción. Rafael y Laura, cuando estaban a solas, comenzaban a recordar. A veces, confundían los acontecimientos y las fechas.

Laura tuvo una enfermedad corta, pero definitiva. Murió tranquila y rodeada de sus hijos. Estaba esperando un nieto, pero no pudo llegar a verle. Nació quince días después de su muerte. Sus hijos y su marido sintieron un gran dolor. Recordando a su madre, sacaron unas fotografías. Había una de medio cuerpo, que se hizo a los tres años de casada. De ella sacaron una reproducción, que colocaron en el cuarto de estar. Desde el retrato parecía presidir los actos de la casa. El nieto jugueteaba por allí cuando le traían sus padres. Los novios de las hijas pasaban a casa. Al año y medio murió Rafael. Después se casaron las hijas. Nacieron más niños...



EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

PORTUGAL EN LA POLÍTICA DE PALMERSTON

Por F. P. de Almeida Langhans

PERMANENTE INTER-
VENCION BRITANICA
EN LOS ASUNTOS POR-
TUGUESES

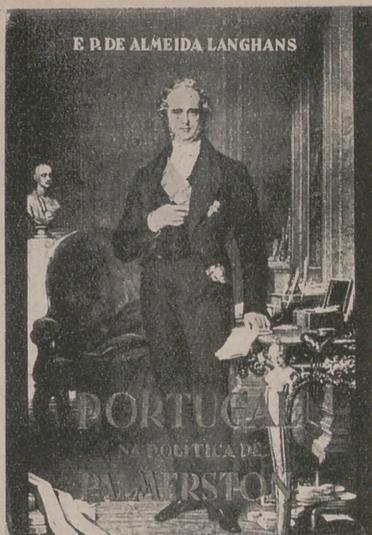
SIR Charles Webster, profesor de Historia Internacional de London School of Economics, en Palmerston se interesa por su último trabajo sobre la política internacional de descubrir la génesis y el desarrollo del movimiento liberal, que desencadenó durante la tercera década del pasado siglo, y en cuyo desenvolvimiento Portugal se vio seriamente afectado. Estábamos entonces los portugueses en la zona de los intereses británicos y por ello mismo fuimos el objetivo predilecto de la política del fogoso y pertinaz ministro, durante los Gobiernos de Grey y de Melbourne.

Henry John Temple, vizconde de Palmerton, pronunció ya en 1829, cuando los Wighs estaban todavía en la oposición, un célebre discurso contra el Gobierno de don Miguel de Portugal y la política conciliadora de los tories. El discurso fué de extraordinaria vehemencia oratoria, de gran resonancia y de muchas vibraciones, violentísimo contra el Gobierno de Wellington y lleno de anatemas para la política inglesa hacia Portugal. Un discurso típico de la oposición parlamentaria. En aquel primero de junio de 1829 se hizo un ataque cerrado al Gobierno británico, realizándolo a través de la mayor condenación lanzada sobre Don Miguel y sobre la fórmula consagrada de aplastar a un adversario que se quiere perder, presentándole como violador de la moral y de los derechos, inspirados por los intereses del acusador, garantizados por palabras y compromisos, marcados por el estado de necesidad y los cuales no aprobaba la mayoría de la nación. Fué una manobra aparatosa para tocar en la sensibilidad del público británico y para atráerlo hacia la política del orador. En aquella diatriba contra Don Miguel, aparecen epítetos terribles como los de «destructor de la libertad constitucional, violador de juramentos solemnes, usurpador sin fe, esclavizador de su país, olvidadizo de la ley pública, violador de los derechos privados, hombre que atenta contra la vida de mujeres indefensas y que debe su éxito (y aquí está lo que Palmerston pretendía alcanzar), según la opinión europea, al Gabinete inglés...»

Todo el discurso es una consumada pieza de artemanía parlamentaria, salpicado de sutilezas morales, que pretenden ocultar un derecho abusivo, un derecho encaminado a proteger los intereses del más fuerte, todo él hecho de modo que evidencia que cualquier acto practicado en defensa de sus

A pesar de su brevedad, el libro de Almeida Langhans «Portugal en la política de Palmerston», es extraordinariamente interesante y de una seriedad científica indiscutible. Almeida, basándose incluso en fuentes británicas, desarrolla un trabajo en el que se muestra de manera evidente, cómo la intervención de lord Palmerston se opuso a la libre voluntad de los portugueses y obligó a que la vida pública del país hermano experimentara un derrotero que no era precisamente deseado por la mayoría de los portugueses. Una vez más la política inglesa, basándose en una hipócrita protección del Derecho, impidió el curso normal de una política nacional, y con la fuerza, incluso militar, de su poderío, olvidó las legítimas aspiraciones de las masas populares. Tampoco olvidó Almeida las injerencias francesas en el tinglado peninsular y la facilidad con que los liberales sacrificaban la soberanía nacional a fines mezquinos y partidistas.

Almeida Langhans (F. P. de).—Portugal en la política de Palmerston.—Compañía Nacional Editora. Lisboa, 1951.



legítimos intereses por la parte contraria, fuese considerado como una violación ante los ojos del mundo.

Y vale la pena detenerse en esta introducción de la política portuguesa de Palmerston, porque, en este discurso está su verdadero preámbulo y requiere el mayor interés seguir las habilidades del orador para justificar la intervención inglesa en la política interior de Portugal.

El Gobierno, dice el parlamentario, se defiende con el principio de la no interferencia en la política interna de los Estados, porque cada nación tiene derecho a gobernarse como quiera. Este concepto está fuera de discusión y nadie piensa inmiscuirse en asuntos internos, aunque la realidad es que las relaciones entre Portugal y la Gran

Bretaña han mostrado siempre una característica general en el curso de la Historia. Y el propio Palmerston las resumirá así:

Intervención durante el reinado de Carlos I, de Cronwell y de Carlos II, durante la lucha contra España. Intervención en la guerra de sucesión. Intervención cuando las guerras napoleónicas. En 1807 se interviene para salvar a la familia real portuguesa. En 1824 continúa Palmerston, el embajador inglés sir Edward Hornton. «se opone a las arbitrariedades del Gobierno portugués contra sus propios súbditos». El mismo diplomático se lleva al Rey de Portugal y a su familia a bordo de un barco inglés. Allí, el Rey celebra su aniversario y realiza actos políticos: «aparta a la Reina de la Corte, dirige una proclama a sus súbditos, destituye al infante don Miguel del mando del Ejército y lo destierra. ¡Protegido y libre como se ve!»

Naturalmente, en seguida surge esta pregunta: ¿Serán estas diligencias forma de intervención en Portugal? Por si quedara alguna duda, Palmerston continúa en su histórico discurso insistiendo que todas estas interferencias culminaron en lo que él confiesa abiertamente, como una intervención activa del Gobierno británico, en aquellos actos que llevaron a Brasil a separarse de Portugal. Como corolario de este evidente acto intervencionista, Palmerston cita también las circunstancias de haber sido por consejo de Inglaterra por lo que Don Pedro abdicó en Doña María de la Gloria, y todo esto hecho en beneficio de la Gran Bretaña, como el propio orador especificó.

Probado por la Historia y por la imposición de los intereses británicos el derecho de intervenir en nuestros negocios internos, Palmerston aprovecha

con mucha habilidad la red jurídica de los compromisos tejida alrededor del infante don Miguel. En momentos poco propicios para la libre exteriorización de su voluntad, y desarrolla un terrible libelo contra el infante que violó estos compromisos y la moral que de ellos emanaba, atacando de lleno por un golpe indirecto al Gobierno de Wellington, que se proponía negociar con el Gobierno «usurpador». Palmerston narra, mejor diríamos desenvuelve, un sutil trabajo de araña con el fin de envolver en la tela a su presa.

RESISTENCIA DE LA OPINION PORTUGUESA A LOS MANDATOS BRITANICOS

¿Cómo reaccionaron los portugueses ante esta curiosa catilinaria de Palmerston? La independencia del Brasil causó profunda conmoción en todo el país. Unas veces con justicia y otras sin ella, las tribulaciones nacionales fueron atribuidas a las potencias extranjeras habituadas a inmiscuirse en los asuntos de Portugal. Todas querían estar presentes y dispuestas a obtener el mayor partido posible. No es difícil explicar, a través de la imparcialidad de la historia, la agitación, las divergentes reacciones de los portugueses y su resistencia casi unánime a las maniobras aisladas o concertadas de otros Estados para imponerles una estructura política o un concepto de vida que era extraña a su índole. ¿No será extremadamente sintomático el hecho de que grandes masas populares de la nación dominaran los acontecimientos internos y empujaran al infante, para que éste aspirase al Trono, mientras que una parte de las clases más elevadas—incluidas entre ellas una buena parte de la nobleza, se pasaran al extranjero y siguieran a un príncipe que ante las masas aparecía como indigno?

No es difícil explicar el fenómeno de ser un absolutismo apoyado en la plebe. El hecho ha sido señalado frecuentes veces por insospechados observadores extranjeros, y lo mencionan en sus cartas, en sus relaciones y también en clamorosos discursos. En el propio Palmerston y en sus embajadores también esto aparece como una evidencia. Al describir los efectos de la llegada del infante don Miguel a Lisboa, el embajador sir Frederik Lamb destaca, en las comunicaciones enviadas a su ministro, lord Dudley, el júbilo de la población. Los vivos a Don Miguel I se oían por todas partes.

Don Miguel fué la bandera levantada por la resistencia a la frecuente intromisión extranjera. El infante se vió asediado y envuelto por un movimiento general e irresistible que le llevó al Trono. Sir Frederik Lamb lo reconoce y destaca, que nada tenía de extraño las aclamaciones de Don Miguel, pues la mayoría de los portugueses lo deseaba. En la famosa sesión de la Cámara de los Comunes, en la que Palmerston pronunció el discurso, que había de ser prólogo de toda su futura política para con Portugal; habló también por parte del Gobierno el secretario de Estado, sir Robert Peel. Con el fin de justificar los actos del Gobierno en relación con el caso portugués, Peel reconoce que Don Miguel no obedece a influencias extrañas al tomar sobre sí los destinos de Portugal. Fueron las Cortes las que le nombraron Rey. Su popularidad no interesaba al Gobierno inglés, y por ello, según Peel, no correspondía a Inglaterra apartarlo del Poder e imponer a los portugueses quién los debía de gobernar. Un príncipe extranjero, aun en el caso de ser pariente próximo del reinante, nunca podría tener la popularidad de Don Miguel, si éste dejaba el Trono.

Poseo actualmente en mi archivo particular tres documentos de valor para la historia del período posterior a la victoria y la implantación del sistema liberal en nuestro país. Son inéditos y están llenos de interés, porque explican la integración de nuestro país en el cuadro histórico de la política de Palmerston. Se trata de la correspondencia de Sa de Bandeira con el duque de Terceira en momentos decisivos para el régimen liberal. Son tres cartas escritas en hojas repletas de agitación política. Vencido Don Miguel I por la acción de la Cuádruple Alianza, Palmerston tiene que enfrentarse con las dificultades inherentes a un Estado improvisado y mal recibido. En su correspondencia con sir Howard de Walden, representante de Su Majestad británica en la Corte de Doña María II, hay testimonios indiscutibles de la humillación portuguesa ante el poderoso secretario de Estado. Cuánta miseria material y moral, cuántos valores perdidos y cuánta riqueza desbaratada en desval-

das luchas fratricidas. Todo esto se ve en las cartas y en los fríos textos de las relaciones diplomáticas.

LA CUADRUPLE ALIANZA VENCE A DON MIGUEL

Don Miguel tenía la simpatía de la mayor parte de la población, sobre todo de la rural. Mantenía un ejército preparado y poco dispendioso, por lo cual la guerra civil podría haberse eternizado. Las afinidades políticas y el entendimiento militar entre los miguelistas de Portugal y carlistas de España colocaron a la guerra civil portuguesa en el campo peninsular. A los liberales españoles les interesaba por lo mismo el término rápido de la guerra en Portugal. A los liberales de don Pedro les venía muy bien el apoyo exterior, ya que en el interior del país no podían contar con una simpatía general.

En esta coyuntura el Gobierno español y el Gobierno de don Pedro entablaron conversaciones para una operación militar concertada contra don Miguel. Las tropas españolas debían entrar en territorio portugués y luchar en él. Conocedor de estas conversaciones, el Gobierno británico intervino para tomar la iniciativa. España le servía a Inglaterra de cabeza de puente para su agitación en Portugal. Y de todo esto surgió la laboriosa combinación diplomática rematada por la convención conocida en la Historia como Cuádruple Alianza.

En el Foreign Department, Palmerston dirigía todas las negociaciones para un entendimiento solemne de las cuatro potencias occidentales: Inglaterra, Francia, España y Portugal. Esperaba sacar de todo esto grandes resultados. En el estudio de Webster sobre la política exterior de Palmerston se publican como apéndices documentos del más alto valor histórico sobre todo lo relativo a la preparación de esta Alianza. Tras de conseguir todo lo que se deseaba de don Pedro, el Gobierno de Londres pone inconvenientes a que el ejército español penetre en territorio portugués, tal como lo estipulaba el acuerdo preliminar. Finalmente se convino que las tropas españolas, una vez alcanzados los objetivos, se retirarían nuevamente a sus posiciones de partida.

Después de muchas discusiones y cambios de puntos de vista con el príncipe de Taylleraud, se logró que Francia fuera incluida en este nuevo acuerdo de las potencias occidentales. El 22 de abril se firmaba dentro del mayor secreto la Cuádruple Alianza por los representantes de cada una de las potencias, despachándose correos especiales a Madrid y a Lisboa. El representante de don Pedro, Alexandre Tomás de Moraes Sarmento, firmó aquel documento en nombre del Regente, sin tener poderes para ello. Palmerston, que sabía esto muy bien, dijo: «Sarmento no tiene ningún poder ni instrucción para intervenir en semejante tratado.» Afirmó esto después de manifestarse seriamente desconfiado por las instrucciones de don Pedro y de su camarilla a sus supuestos ministros para que mostrasen ciertas benevolencias hacia la Santa Alianza.

Los efectos del Tratado de la Cuádruple fueron inmediatos, como Palmerston lo esperaba. Las tropas españolas comenzaron a entrar en Portugal por medio de una operación militar conjunta con las columnas mandadas por el duque de Terceira y por Saldaña. Don Miguel estaba en Evora y su situación se hizo insostenible. El 23 de mayo su Gobierno, reunido con los Mandos militares, votó por gran mayoría la suspensión de hostilidades y la iniciación de negociaciones para lograr la paz. Una de las razones que actuó con más fuerza en el ánimo de los jefes miguelistas reunidos en aquel dramático Consejo fué el que se consideraran impotentes para enfrentarse con la Cuádruple Alianza.

Don Miguel fué vencido por una alianza internacional; pero la guerra civil continuó durante mucho tiempo con otros nombres y otras comparas. Inglaterra dominaba la Península aunque tenía enfrente otra influencia, la francesa, que en el campo ideológico y político trajo horas de preocupación para los británicos y efectos dolorosos para los portugueses. Vencido don Miguel, se desvaneció la Cuádruple Alianza y la Gran Bretaña tenía ahora que luchar con Portugal con su anterior aliada. Entre los liberales, dueños del Poder, se extremaron los campos y se abrió el camino para la revolución. Nuevas perturbaciones agitaron la vida de los portugueses y la historia polí-

tica nacional iba a registrar un movimiento derivado del espíritu francés, y, por tanto, contrario a los intereses de Inglaterra.

LA REVOLUCIÓN DE SEPTIEMBRE Y LA AGITACIÓN REVOLUCIONARIA

Vencida la resistencia natural del pueblo portugués por medio de persistentes intervenciones extrañas, se abrieron las puertas a todas las corrientes, a todos los intereses y a las empresas de los espíritus aventureros, desencadenándose todas las pasiones, desde la vanagloria al halago, desde la calumnia abyecta al odio más feroz. Nada tiene de extraño que ante este cuerpo agotado por todos los males se preludiase el *jñis patriae*.

Con la promulgación de la Carta Constitucional por don Pedro en 1826, y con la victoria de los aliados en 1834, parecía haber triunfado definitivamente el liberalismo en nuestro país. Después de una serie de peripecias ocasionadas por la vuelta de una joven reina inexperta y de un no menos inexperto príncipe consorte que estaban muy lejos de obtener los sufragios de la mayoría de los portugueses, el pretexto de unas elecciones hizo caer al Gobierno. Las tripas se sublevaron y doña María tuvo que organizar un nuevo Ministerio, de cariz izquierdista, compuesto por partidarios de la Constitución de 1822.

El 9 de septiembre de 1836 estallaba la revolución. El 10 estaba formado el nuevo Consejo de Ministros, presidido por el conde de Lumiares. El fin principal de la revuelta, según su mejor defensor, Manuel da Silva Passos, era el proclamar el dogma de la soberanía popular. Fué un fenómeno paralelo al de la sublevación de La Granja en España.

Como puede suponerse, el elemento extranjero no era extraño al cambio experimentado en la política liberal portuguesa. Los cartistas, detentadores del Poder desde la victoria de don Pedro, eran particularmente afectos a Inglaterra, que los había ayudado en momentos difíciles. Los septembristas tenían afinidades con Francia y con su ideología revolucionaria. Estas divergencias fueron aprovechadas por el embajador francés en Portugal, St. Pries, que, según informa Howard de Walden, hacía de intermediario entre los extremistas y los miguelistas. Descubiertos los intereses de Francia y del movimiento de septiembre, el embajador británico, Walden, informó a Palmerston de las relaciones cordiales que mantenían el príncipe consorte don Fernando, con el diplomático francés, por lo que Palmerston envió sus quejas a Leopoldo de Bélgica, pariente del consorte.

Instalado por la guerra civil y consagrado por el acto revolucionario de septiembre, la división entre los portugueses se acentuó antes de institucionalizarse—como hoy se acostumbra a decir cuando se pretende significar la estabilidad duradera de cualquier régimen—, antes de transformarse en un auténtico régimen de partidos rotatorios. Cuando se llegó a esto fué como resultado del cansancio de la nación por las luchas políticas y por el envejecimiento de los veteranos de estas luchas, resultado bien aprovechado por la política inglesa iniciada por Palmerston.

Después de la revolución de septiembre se formaron dos focos revolucionarios: uno en Palacio y otro en la Embajada inglesa. Fruto de diversas intrigas fué el fracasado golpe de Estado conocido en la Historia como la «Belenzada», por haber tenido como escenario a Belén y su palacio.

El día 3 de noviembre la reina fué al palacio de Belén acompañada por los restantes miembros de la familia real y colocándose así al alcance de la protección inglesa, garantizada por los barcos de guerra fondeados en el Tajo. A las diez de la noche de aquel día la reina convocó a los ministros. El Gobierno envió al ministro de Justicia para saber lo que quería. Se le dijo que todos debían comparecer en la madrugada del 4. Una vez allí se les pidió la dimisión, tratando de sustituirles por un Ministerio compuesto por partidarios de la Carta e 1826. Aquello fué un golpe de Estado urdido entre palaciegos e intrigantes de la Embajada británica.

Durante el día 4 la situación se modificó, a pesar del aparente éxito. Las fuerzas militares ocuparon diversos puntos estratégicos. Ante el cambio de la situación se iniciaron negociaciones para un acuerdo, y el 5 Sa de Bandeira, el único ministro que no había asistido a la reunión, sal-

vaba a la reina al ordenar a las fuerzas revolucionarias que retrasasen su marcha, evitando así que se enfrentasen con los 200 marineros ingleses desembarcados para proteger la vida de doña María y sus familiares.

La disputa de influencia entre Francia e Inglaterra favorecía la esperanza de los partidarios de la Carta de 1826. La supuesta austeridad del liberalismo inglés le hacía a éste sentir escándalo por los procedimientos que urdían los franceses. Ante su fracaso de Belén, los partidarios de la Carta prepararon una revuelta armada. En el verano de 1837, en julio, se sublevaron dos batallones de cazadores acuartelados en el norte del país. Fué la señal para una extensa sublevación militar acaudillada por dos mariscales de las guerras civiles: Saldaña y Terceira. La Revuelta de los Mariscales, como fué conocida esta sublevación, fué una seria amenaza para el Gobierno septembrista. Pero éste todavía estaba lleno de vitalidad y reaccionó prontamente, y a pesar de que varias guarniciones del Norte y del Centro se sublevaron, los cartistas perdieron una vez más la partida.

LA CONDUCTA DE PALMERSTON

¿Cómo vieron estos acontecimientos los ingleses, y particularmente Palmerston? No hay duda de que el embajador británico estaba enterado de la revuelta que se preparaba, como lo demuestran sus muchas cartas privadas. Palmerston deseaba la victoria de los mariscales y no escondió, sino que aprobó calurosamente la determinación de su embajador de no entrometerse. Inicia una política de cautelosa habilidad, pero fértil en frutos maduros, de que todas las tentativas deben esperar pacientemente su hora. Cuando el almirante Napier le dice que hay que aprovechar la situación para poner en movimiento los cañones de sus navíos, Palmerston se lo impide diciendo que la fuerza hay ahora que sustituirla por una astucia perseverante.

Con la derrota, muchos de los partidarios de la Carta fueren destituidos de sus puestos y obligados a exiliarse. Muchos no tenían fondos propios y pasaron a la mayor penuria. Esto le trajo nuevas preocupaciones al embajador británico, e incluso se sabe que Palmerston le autorizó para que hiciera un donativo de mil libras a Saldaña después de la derrota porque se encontraba en serios apuros económicos. Comenzó entonces una época difícil para Walden. Palmerston decidió aproximarse a los septembristas, y para ello envió muchas instrucciones y consejos, alentando siempre a su ardoroso representante en Lisboa.

Desde la «Belenzada» la política de Palmerston, dudosa al principio, pasó a intervenir sutilmente en la política portuguesa, con el fin de hacer volver al Poder a sus amigos los cartistas. Para ello se sirvió de todos los pretextos y todas las oportunidades fueron aprovechadas para dificultar la vida de los Gobiernos septembristas. La aparatosa guerra de nervios emprendida por el astuto Palmerston contra el septembrismo en el frente de la política internacional no descuidó ningún aspecto. Webster reconoce que Palmerston se excedió y cometió abusos, aunque dice que esto lo hacía por el deseo de ver a Portugal como una potencia animada de política propia, y no como un simple satélite.

Liberal por amor de Inglaterra, lord Palmerston llegó a ser clasificado como una especie de dictador de la Cámara de los Comunes. La presencia de los navíos de Su Preciosa Majestad eran argumentos más que suficientes para vencer ciertas resistencias que se oponían a su voluntad. Instalado en el Foreign Office, ante la confusa política de Portugal y España, procuró realizar en ellos los principios formulados en su oratoria, empujando a los países peninsulares a brujulear en la zona de influencia británica. El utilitarismo, réplica británica de las doctrinas de Epicuro, fué el fondo ideológico de toda la conducta palmerstoniana y sirvió magníficamente para atenuar la dureza de las realidades cuando éstas eran demasiado crudas a los ojos de todo el mundo.

Palmerston fué un auténtico demiurgo de su época y nuestros políticos y representantes conocieron muy bien sus mañas. Portugal sufrió los efluvios de la magia palmerstoniana y experimentó los efectos de una política extraña que por forzarle a una evolución necesaria, pero no urgente, le fué nefasta. Todo podía haber pasado en un ritmo más lento y sin estados emocionales.

LA ESPERANZA RECOMPENSADA



LUIS DELGADO BENAVENTE,

DA gusto llegar a saborear y compartir el triunfo con una persona a la que hemos seguido día tras día en la ilusión y en el desaliento. Da gusto, porque al triunfar este hombre no sólo ha triunfado un individuo concreto—en este caso, Luis Delgado, cuya sonrisa policiaca y cuya pipa ya nos son tan familiares—sino que en él triunfan todos los hombres que sueñan una ardua vocación y la coronan, a la postre, con la realidad reverdecida del laurel.

Ahora todo será fácil. Ahora Luis Delgado ya tiene abierta la puerta grande del Teatro. Pero para llegar a esto Luis Delgado ha tenido que esforzarse en un trabajo sostenido y tenaz, rodeado de silencio. Ha tenido que vencer todos esos desalientos cotidianos que lleva implícita la ambición literaria. Y mucho mayores en el autor teatral, porque escribir teatro sin estrenar, sin recibir el calor del público, es duro, durísimo. Aun el abucheo y los pitos son preferibles al tedio que debe producir el escribir las comedias y tener que guardarlas en un cajón. En esto Luis Delgado es admirable. Durante nueve años escribió dramas, comedias... y supo esperar. Los que le veíamos habitualmente tranquilo, risueño, ingenioso, con esa chispa irónica que cuesta trabajo descubrir detrás de sus gafas, sabemos hasta qué punto muchas veces la esperanza y la espera fueron heroicas. De la confianza y el entusiasmo el autor ha tenido que pasar a la soledad y casi al aburrimiento. Pero cada mañana la llama prendía de nuevo sobre las cenizas del día pasado y con nuevo calor y una fe prodigiosa proseguía la tarea

PREMIO "LOPE DE VEGA", 1955

EL TIEMPO ESCENICO ES LA PREOCUPACION DEL JOVEN ESCRITOR TEATRAL

empezada. Cuando se siente y se vive una inquietud de este género, es imposible volver atrás. Y por eso, Luis Delgado, seguro de sí mismo, espoleado por las dificultades que encuentra todo autor para darse a conocer—y más todavía para estrenar—se reconcentra en sí mismo y a cada obstáculo respondió con una obra nueva. Obras que, después de darlas a leer a sus amigos—y por eso sus amigos sabíamos de su talento—las iba guardando celosamente por si llegaba el día de la revelación. Y ese día ha llegado, porque para el talento y la esperanza siempre llega, con mayor o menor dificultad, más tarde o más temprano, la hora de la proclamación. Y lo importante es que el autor en esa oportunidad no se encuentre con las manos vacías.

El Premio «Lope de Vega» sorprende a Luis Delgado con un nombre ya acreditado en los círculos que saben ver venir a los

que valen. Cara al público le sorprende también con una cartera repleta de obra teatral. Las dudas han desaparecido. Las posibilidades están, pues, plenamente aseguradas para este joven autor que ahora va a enfrentarse con ese público que durante años ha sido su obsesión y su estímulo.

CONFIANZA EN LOS PREMIOS

El Premio «Lope de Vega» es, hoy por hoy, la máxima oportunidad para un joven autor. Lleva implícito el estreno en el teatro Español, con garantías de presentación y de interpretación inmejorables. Luis Delgado acaba de obtener el «Lope de Vega» en competición con ciento noventa y tres obras presentadas.

—¿Esperaba el Premio?—le pregunto.

—Vengo presentándome varios años seguidos. Confiaba en que algún año podría ser para alguna obra mía.

—¿Tenía este año más esperanzas que otros?

—Cuando me presento a un premio procuro olvidar que me he presentado.

—¿Se ha presentado a muchos?

—Obtuve también el «Calderón de la Barca» y el «Ciudad de Barcelona».

—Pues no está mal en premios.

—No me quejo. Pero el único que lleva la condición de estrenar es éste. Por eso me interesa más.

—¿Qué opina en general de los premios?

—En los premios lo más importante es saber perder.

El Premio «Ciudad de Barcelona» le fué concedido a Luis Del-

gado por su comedia «Tres ventanas», que en la próxima temporada será estrenada en Dortmund (Alemania). En el teatro de Cámara hemos visto también «Jacinta» y «Presagio». En todas estas obras Luis Delgado ha demostrado un dominio nada corriente de la técnica teatral; pero, sobre todo, puede considerarse como el autor español más hondamente preocupado por el tiempo escénico. Preocupación que le ha llevado a unos planteamientos totalmente nuevos y magistralmente resueltos.

—¿Cómo se titula la obra premiada?

—«Media hora antes».

—¿Asunto?

—La obra está dividida en tres actos, cuya acción es simultánea y transcurre en escenarios diferentes. Las tres acciones están ligadas por una espera angustiosa y trágica de algo que se producirá fatalmente al dar las seis de la mañana de determinado día.

—¿Dónde transcurre la acción?

—El país es imaginario.

—¿Cómo definiría el clima de su obra?

—Un clima indudablemente sombrío. El lenguaje es muy directo y la acción escueta. Creo que la fuerza de la obra reside en esta sobriedad y desnudez del tema.

—¿Puede explicarme el por qué de esa insistencia suya en jugar con el tiempo escénico?

—Me ha preocupado siempre esta idea del tiempo. Sin embargo, aunque en «Media hora antes» vuelve a darse la simultaneidad de acciones que se da en «Tres ventanas», no se trata de una insistencia buscada. Al contrario, en «Media hora antes», el tema y el argumento me han obligado a acudir a la simultaneidad. Uno y otro la reclamaban.

—¿No cree que una excesiva preocupación por la forma—el tiempo en este caso—puede perjudicar al contenido de la obra?

—Es indudable que esta preocupación limita un poco al autor. Por mi parte no creo que me perjudique. Estoy ya bastante liberado de esa preocupación.

—¿Está más contento de «Media hora antes» que de las obras anteriores?

—Creo que es un ~~mejor~~ mejor obra.

—¿Cuánto ha tardado en escribirla?

—Dos meses y medio, más o menos.

—¿Qué número hace de sus obras?

—Es mi obra número once.

PONDERACION Y SEGURIDAD EN SI MISMO

Luis Delgado tiene un aspecto casi atildado, todo lo contrario de un bohemio, como muchos podrían suponer en un joven con vocación tan decidida y fervorosa por el drama. Con su novia, Julia, forman una de las parejas más asiduas, simpáticas e inalterables del café Gijón. Luis Delgado habla poco, a veces nada. Pero observa. Sus ojos vivos no pierden detalle desde detrás de sus gafas. A veces, en el café, cuando en su misma mesa se discute y se comenta algo con esa pasión propia de escritores, Luis Delgado está muy tranquilo y hasta tarareando por lo bajo. Si entonces le preguntamos en qué piensa, se limita a sonreír. Pero sabemos que en esos momentos está construyendo alguna escena de una nueva comedia.

—¿Cuándo escribe sus obras?

—Escribo por la mañana y a última hora de la tarde o por la noche.

—¿Escribe todos los días?

—No. Pienso mucho antes las obras. Pero no escribo todos los días.

—Si hubiera de destacar alguna faceta del carácter de Luis Delgado, diría que dos cosas le caracterizan: la ponderación y una gran seguridad en sí mismo. Luis Delgado tiene esas virtudes tan poco corrientes entre las gentes de pluma. Es ordenado, meticuloso, prudente. Por eso cuando he intentado hacerle alguna pregunta acerca del Jurado o de la crítica, me ataja.

—Nada tengo que decir.

—Pero me dirá algo sobre la situación del teatro español en este momento.

—Sí. Que no podemos juzgarlo por la realidad aparente. En general padecemos un momento de languidez. Nuestra escena está pidiendo comprensión y remedio

por parte de todos. Todos tenemos que acudir con nuestros medios: el autor, las compañías, el Estado...

—Pero el momento en cuanto a autores ¿cómo lo ve?

—Hay autores jóvenes capaces de salvar el teatro.

—¿De teatro extranjero?

—Norteamérica me interesa. Creo que tenemos que aprender de allí una cosa muy importante.

—¿Qué cosa?

—En Norteamérica las compañías se forman para una determinada obra. Es lo único que puede salvar al teatro. Eso de escribir comedias para fulanita o fulanito, como se hace en España, es la muerte.

—¿Cree que esta costumbre puede introducirse en España?

—Ya se ha hecho algo con excelente resultado. Se ha hecho con «En la ardiente oscuridad» y con «Tres sombreros de copa» y puede decirse que las dos han sido los mejores éxitos de los últimos años. El teatro moderno, con esa gama de matices psicológicos y ese humor tan difícil, no puede ser representado de cualquier modo. Hay una mayor garantía si se elige la figura que ha de incorporar el papel. Por ejemplo, «Tres sombreros de copa», no es posible representarla con gente mayor, ha de ser gente joven.

—¿Qué prefiere hacer, drama o comedia?

—La comedia de humor, esa comedia de humor moderna, que es a la vez tragedia, me gusta y me tienta. Haré algo así.

—¿Está haciendo algo ahora?

—Sí, una comedia de humor precisamente. Pero la tengo aun muy en embrión.

EL CINE TIENE INFLUENCIAS VENTAJOSAS Y DESVENTAJOSAS SOBRE EL TEATRO

—¿Hay una influencia del cine sobre el teatro hoy?

—Es indudable.

—¿Y la considera beneficiosa?

—Hay influencias muy aprovechables. Otras son fatales.

—Explíquenos unas y otras.

—El realismo del cine influye favorablemente sobre el teatro, y lo mismo su movilidad. Por eso el teatro hoy es más dinámico, más



«El clima es indudablemente sombrío. El lenguaje es muy directo y la acción escueta. Creo que la fuerza de mi obra, «Media hora antes», reside en la sobriedad y desnudez del tema»

real. Pero existe un gran peligro, y es tomar del cine elementos accesorios. En el cine vale todo, porque la acción es continuada. En el teatro, en cambio, la acción tiene que ser necesariamente esquemática y cortada. Por eso ha de rehuir lo accesorio para quedarse con lo fundamental. El abuso de la llamada telefónica, de las entradas y salidas innecesarias, son defectos que debe al cine el teatro de hoy.

AFICIONADO AL DIBUJO Y A LA ENCUADERNACION

Luis Delgado puede decirse que hace su vida en una pequeña habitación que es una mezcla de templo oriental y caseta del Rastro. Los fetiches, los cacharros de la más variada procedencia y valor, libros viejos, libros nuevos, herramientas y cachivaches, todo cuelga por las paredes, cubre la mesa y las estanterías y hasta el suelo. Habría que pasarse muchas horas y muchos días en esta habitación para llegar a hacer un inventario de todo lo que hay en ella. Y es que Delgado tiene espíritu de coleccionista, le gusta la cerámica, y los objetos típicos de cualquier país y de cualquier época. Pero sobre todo le gusta encuadernar sus propios libros. Y lo hace muy bien, por cierto. Le hablo de los nuevos pegamentos sintéticos y con desprecio de buen artesano, me dice que eso no es encuadernar.

—Un libro que no vaya cosido para mí no está encuadernado.

—¿Qué otras aficiones tiene, además del teatro? ¿No piensa probar otros géneros?

—Quizá no. He publicado un volumen de cuentos. Pero cada vez me gusta menos escribir nada que no sea teatro. En cambio, tengo una gran afición por el dibujo. He concurrido a algunas exposiciones de humoristas.

—¿Es anterior al teatro su afición por el dibujo?

—Sí. Hubo un tiempo en que pensé dedicarme solamente a la caricatura y a la pintura.

—¿Cuándo fué eso?

—Cuando terminé la carrera de Filosofía.

—¿Dónde ha cursado Filosofía y Letras?

—En Madrid.

Y MIENTRAS SE LEVANTA EL TELÓN...

—¿Espera con impaciencia el momento de estrenar?

—No tengo impaciencia.

—¿Sabe cuándo será?

—No exactamente. Pero, desde luego será en la próxima temporada.

—¿Confía en el éxito?

—Me limito a esperar... tranquilo.

—Pues a esperar.

Ahora a ensayar el gesto de la salida a escena; a prepararse para ese trago fuerte de los aplausos. Después de la sanción de un Jurado responsable y competente, muy pronto, será el público quien diga la última palabra, quien consagre la autenticidad y los quilates de una vocación como pocas. El teatro español está de enhorabuena, porque una nueva figura, joven pero con obra madura, va a pisar fuerte desde ahora en las tablas de nuestros escenarios.

José Luis CASTILLO PUCHE

(Fotografías de Mora.)



EL POLIFACETISMO DE UN PUEBLO ANDALUZ QUE SABE TRABAJAR Y DIVERTIRSE

VERDES los ondulantes «pagos», y muy puestos en fila los olivos huraños y cabizbajos. Arriba, sobre la cresta, Montilla luminosa.

Montilla, sí. Leche cuajada de sus casas andaluzas acogidas a las laderas, aire recoleto de sus calles renqueantes, y calles con sombras y nombres de santos, poetas y de capitanes. Al Norte, el espadín de la torre de la parroquia de Santiago bien alzado, y el viejo castillo de Montilla, cuna del Gran Capitán. Al Sur, un renacer de casas blancas, diminutas y nuevas. Y luego, la placidez del barrio de las Tenerías derramándose en gotas lentas y calientes sobre la cañada del Madroño, sin llegarle nunca a los «pagos» del Carrerón, que se escapan anchos por las sierras de Montilla a unirse con las viñas de Moriles.

Montilla es copla por lo bajinis. Alegre, señorial y reposada, no necesita de estruendo de panderetas: despaciosos somos.

Y si ella es hospitalaria y risueña siempre, si se pasea así, con la capa de sus glorias y sus tradiciones terciada al desgaire, como para no hacer de menos a otros, qué no será hoy de acogedora. Hoy, que hemos echado al vuelo campanas de fiesta mayor. Hoy, que estamos todos en la calle—los montillanos y los que no lo somos—para asomarnos a

la alegría de la primera cabalgata, para correr delante de los gigantes y sacar la lengua a desvergonzados cabezudos, como si fuéramos chíquillos. Y para arrodillarnos también delante de la imagen del «santico»—San Francisco Solano—y llevar el sombrero cordobés o el traje de lunares entre el dorado de un «medio» de buen Montilla y el relumbrar de los farolillos multicolores de la feria.

«¡VIVA SOLANO!». ALTA-
VOCES EN LA CORRE-
DERA

Las fiestas de Montilla son, desde luego, en honor de su Santo, de su San Francisco Solano, que en Montilla nació y en ella fue novicio en el convento de San Lorenzo, aunque luego le diera por irse a evangelizar América por tierras del Plata y en ellas muriera.

Yo, que en cosas de Montilla soy todavía novata, tengo siempre, afortunadamente, al lado entendidos a los que preguntar.

—¿Qué quiere decir eso de «¡Viva Solano!»?

—Porque, al principio, no caía muy bien en la cuenta de lo que querían indicar los grandes letreros limincos, con siempre la misma cantinela, en calles y feria.

—Aquí tratamos al Santo con confianza. «¡Viva Solano!», quiere decir: «¡Viva San Francisco

MCD

MONTILLA SE VISTE DE LUCES



**ALEGRE,
SEÑORIAL Y REPO-
SADA, CELEBRA SUS
FIERAS HASTA LA
CANICULA DE
JULIO**

la noche andaluza
ota una canción
caliente madrugada



Varias fotografías que nos muestran la alegría, el tipismo y el colorido de Montilla en fiestas

Solano!». Pero de esa manera resulta más corto.

Pepe Cobos, el cronista oficial de la ciudad—y yo lo digo, a pesar de él, porque él cree que lo de cronista le crea una especie de engorrosa barba espiritual, de la que, en realidad, carece—, y Julián Ramírez, el primer teniente de alcalde, me ayudan a conocer Montilla y a penetrar el sentido de sus fiestas, que son algo más—mucho más—que juegos de verbena. Son recopilación, resumen de la labor realizada en todos los órdenes a lo largo del año. Pero en esto penetraremos lentamente.

De momento, a las pocas horas de estancia en Montilla, la feria es esta alegre luz de la mañana, las parejas a caballo por las calles, y la voz del locutor atronando la Corredera por medio de altavoces. Creo que, en estos momentos, la fiesta es, so-

bre todo, la voz del locutor, porque no concibo que haya montillano capaz de pasarse sin oírle. El locutor le informa a uno de todo: de lo que ha ocurrido hace cinco minutos en la feria, de lo que está ocurriendo en la calle en estos momentos y de lo que pasará, dentro de unas horas, en la corrida. Con sus comentarios, no hay forma de perderse. Cuando me lo presentan en su garita del Casino, con su balcón a la calle, comprendo por qué Luis López Vela está al tanto de todo: le basta con asomarse al balcón para enterarse de quién pasa por debajo. Y... ¡así, no vale, señor Vela!

CAMPEONATO DE AJEDREZ ENTRE LOS CASINOS. LA PEÑA OLE Y OLE, EN TODAS PARTES

En las aceras de la Corredera, los socios del Casino degus-

tan la mañana repantigados en los sillones. En una acera, los del Casino Montillano. En la otra, el Casino de Artesanos, bien frente por frente, de tal manera, que los unos no tienen más paisaje que el de los otros, a sólo unos tres metros de distancia. Rivalidad, lo que se dice rivalidad, no hay mucha, porque la mayoría de los socios pertenecen a la vez a los dos Casinos. Y se turnan. En este momento, la única pugna está en el Campeonato de ajedrez. Mientras por los altavoces Vela sigue halagando oídos, en el patio del Montillano unos señores muy sesudos se devanan los sesos para desplazar un peón a un centímetro de distancia de donde estaba anteriormente.

Y es en el Casino Montillano donde está el centro de operaciones de la Comisión de Festejos. O de las Comisiones de Fes-

tejos. Porque yo creo que, además de la Comisión oficial, está la Comisión aficionada, la Comisión porque sí, por entusiasmo y por afán de ayudar: son los componentes de la Peña Olé y Olé.

La Peña Olé y Olé es una institución en Montilla, y de la misma manera que en la feria tienen caseta aparte, haremos aquí con ellos punto y aparte. Porque los de la Peña hacen de todo y sirven para todo. Lo mismo para un barrido que para un fregado. Ellos ayudan a lo que sea: se organizan y se adornan su caseta, cantan, bailan y animan a todo el que aparece por allí a comportarse de la misma forma. Y guay del que no lo haga.

Ya en el primer día de fiesta, los de Ole y Olé arman su tinglado de escenario y decorados en la plaza de José Antonio y representan entre todos una serie de estampas vivas de la vida de San Francisco Solano. Y de ahí en adelante, hasta el último día de fiestas. El micrófono es una de las especialidades de la Peña, porque a la Peña pertenece el locutor. En realidad, la especialidad de la Peña es cualquier cosa... cualquier cosa que signifique alegría. Por eso, Angel Ortega, su presidente, es alguien con quien el señor Al calde, don Rafael Ruz, viene siempre a contar.

MONTILLA. DE TIROS LARGOS

De todo han hecho los montillanos para que la feria fuese completa. Para empezar hubo que pensar en poner a la ciudad de tiros largos; pero no sólo a base de farolillos, que duran menos que los cinco días de las fiestas, sino sólidamente y de verdad. De esto se ocupó el Ayuntamiento en serio. Tan en serio, que se pavimentaron y arreglaron veinte calles, que han quedado que da gloria verlas, sin que de ellas haya desaparecido ese sabor típico que les daba el empedrado.

La tarde que llega el Gobernador Civil de la provincia a inaugurar las calles, toda Montilla se vuelca en la Puerta de Aguilar. Ni un solo montillano queda dentro de su casa. A la calle todo el mundo. Y como la manifestación tiene el encanto de la espontaneidad y el desfile

de carrozas resulta de lo más brillante, con muchos gigantes y más cabezudos, cuando no prosopopéyicos heraldos con antorchas, el señor Gobernador queda encantado. Se entera bien del programa de fiestas, se informa de que los ciclistas Jiménez Quílez y Gómez del Moral están aquí para tomar parte en una carrera; admira las casetas en el Llano de Palacio y le satisface, sobre todo, la labor llevada a cabo por los montillanos en todo lo relativo a la Feria de Muestras y Exposición de Arte Sacro, acontecimiento de primera magnitud, tanto en el orden industrial como en el artístico, para la vida de la provincia.

LA CASETA EN LA MANTANA. LOS «NINOS» Y LAS «NINAS»

El montillano, que es lento y señorón, se despacha a su gusto durante las fiestas. Bajar a la caseta en la mañana, tiene lo suyo. Se baja pasada la una de la tarde, cuando Montilla es toda luz, y se instala uno en una mesa, en la que sea, en alguna de las de la caseta del Casino Montillano, por ejemplo. Y aquí empieza el desfile de los vinos, de los magníficos vinos de la tierra, mimados y mimosos caldos incomparables, y el desfile de «tapas», bien despaciosos, porque las prisas en esta tierra resultan poco elegantes, y el sol le pone a uno una «perreira» por todo el cuerpo, que aquí quisiera ver yo a los dinámicos chicharros del norte de Europa. Así que, a beber y a ver bailar a las de los trajes de lunares, y, de vez en cuando, a contemplar cómo hace el ganso algún «niño» simpaticón y casi con bigote.

—Antonio Alda, pongo por caso de estudiante—intentando ligar unas sevillanas, hecho un lío entre brazos y piernas.

Las «niñas», mientras tanto, vestidas de calle, hacen palmas desde la mesa. La tertulia está formada: llega Julián Ramírez, asombroso ejemplar de dinamismo y simpatía.

—¡Niño! Más tapas, hombre. Y las «niñas»—María Gómez, María Luisa Navarro, la pequeña Sarabia, Carmelita, Mary Carmen, etc.—hacen sus deágues y sus monerías, diciendo que no, que ni hablar, que ya no beben más. Todo, de una manera en-

cantadora y femenina, porque la mujer de esta tierra, aunque sea de verdad casi niña, como en estos casos, tiene un reposo encantador en sus modales, como de mujer ya hecha.

—Pues yo estoy «seco».

Antonio Cabello, un casi abogado, enamorado de su carrera, hace un alto en sus andanzas de foxes y pasodobles, para venir hasta la mesa. Y lo curioso del caso es que aquí los «niños» están siempre «secos», mientras no se demuestre lo contrario. Están «secos» a todas horas, y a ésta más, porque es precisamente la hora de las «tapas».

Suena la música en la caseta, repiquetean las castañuelas, y el sol es el protagonista principal por ahí afuera en esta hora sin sombra... Una copa y otra. Y luego, alguien, como sin querer, que apunta:

—¿Vamónos ya?

—Sí, hombre... «ya mismo»...

Los montillanos explicarían o que quieran en cuanto al significado de «ya mismo». Yo, cuando lo dicen, sé ya que hay para rato. Y, la verdad, ¿qué prisa tiene uno?

TARDES DE NOVILLADA. LOS APUROS DE LAS MADRINAS

Las tardes de la feria si son tardes de toros o mejor dicho, de novillos, son tardes movidas. Sobre todo, para las «niñas» que son madrinas. Porque hay que ver lo que las ocupa y preocupa a las «niñas» eso de colocarse airosamente una peineta y una mantilla en la cabeza. Para hacerlo con toda meticulosidad, se reúnen todas en una casa, después de haberse ido a buscar unas a otras. Claro que, con lo que decíamos del reposo y del no agitarse, cuando llegamos al punto en que las peinetas se empiezan a erguir sobre las nuca, andan las chicas bastante escasas de tiempo. Y como, además, ahora las «niñas» visten y se peinan igual que pueda hacerlo cualquier señorita de la capital de España, resulta que, con el pelo corto, es difícilísimo sostener ni un mal peinecillo en el piso inmediato superior a la nuca. Cada «niña» se lleva un paquete de horquillas y diez minutos, por lo menos. Y cuando terminan, la única puntual que espera en el coche de caballos, Adelita Sarabia, está morada de apuro.

—Vamos, «niñas», que es tardísimo.

—Que no...

—Que sí...

—Adelante...

La que da orden de arrancar al cochero, quiere decir «Pacheco», pero dice «Viruta», personaje más que conocido en Montilla, y las risas duran hasta que, al llegar a la plaza, el alguacil pone las cosas lo más negras que puede, asegurando que todo el mundo espera por ellas, aunque no sea para tanto.

—¿Lo veis, lo veis?

La novillada empieza. Empieza en la plaza de toros de Montilla, plaza de madera construida expresamente para la feria cerca del precioso barrio, construido por los Sindicatos, «Gran Capitán», y a la que no falta detalle, en lo que se ve y en lo que no se ve.



Detalle de la carroza que representaba la vendimia

Porque a un lado de la plaza está la enfermería, de nueva planta también, en la que se ha colocado todo lo necesario para una cura de urgencia: autoclave, mesa de operaciones, instrumental, cama, camilla. Los montillanos se vuelcan en sus ferias. Hablando de corridas, ahí está el ganadero don Juan F. Salas, con su ganadería en «Escorial» de Andújar, que ha regalado a su pueblo dos novillos-toros magníficos para los festejos. Aquí las cosas, está visto, no las hacen a medias.

PASEOS, HISTORIA Y ENSALADAS

Las otras tardes de la feria, las que no son de novillos, pasan de diferentes maneras. A los montillanos les saca siempre del sopor de la siesta la voz de Vela, al son de algún pasodoble con garbo, y en seguida les entera a todos de sí lo que van a ver son carreras de sacos o teatro de marionetas, a tal o a cual hora. Y entonces, ya uno despierto, si es que estaba dormido, se pueden hacer muchas cosas: ver Montilla desde su campo, en el coche de Manolo García Villalba o su hijo Pepe Luis, recorrer las calles en compañía de Pepe Cobos, asomándose—¡cómo no, yendo con Pepe!—a todos los rincones interesantes de Montilla. Entonces, crza uno el convento de Santa Clara, pasa por la parroquia de Santiago, sube al castillo a sentir el viento azotar las torres derruidas. O termina llenándose de sombras calle de Córdoba adelante, frente al juego de luces de la tarde, sintiendo el frescor de los preciosos patios en las casas humildes, mientras un viejo montillano vende caramelos a la entrada de su casa, y las chiquillas y las mujeres que cosen en el «rebató» se tiran de los delanteros al vernos pasar.

Claro que también es posible que terminemos comiendo ensalada—riquísima ensalada—en compañía de los dueños de la farmacia Cabello. O pimientos fritos y tomates frescos, con la jarra de vino de Montilla siempre alerta.

Y, sin embargo, en estas horas hay algo más que, por extraordinario, llama la atención de montillanos y forasteros, y acapara la atención de todos. Es la Exposición Regional de Industria y Artesanía, en la calle de San José.

ARTE, INDUSTRIA Y ARTESANÍA. «TODOS CO-LABORAN»

Siempre está llena, siempre hay gente. La Exposición es algo demasiado ambicioso y demasiado importante para que pase inadvertida. Meses y meses se ha trabajado en su preparación, y de esto sabe mucho el señor Alcalde, don Rafael Ruz, y su primer teniente de alcalde. Porque la Exposición comprende la serie completa de las especialidades industriales montillanas, desde el esparto a la talabartería, pasando por las botas de roble, maquinarias vinícolas, curtidos, material de construcción y muebles. A ella acuden, además, con magníficos stands otras casas españolas de todos los ramos in-



Los bailes españoles han tenido destacado lugar en las fiestas de Montilla



Montilla ha presentado en estos días una artística iluminación en las calles

dustriales, y la artesanía montillana de la provincia está ampliamente representada. Y la Exposición «no es sólo esto»; la Exposición tiene también una Sección de Arte, el Salón de Arte Sacro, en el que, por primera vez, se expone la mayoría de las joyas artísticas que encerraban los conventos y las parroquias del pueblo, entre ellas, una magnífica custodia del siglo XVIII, un San Pedro de Alcántara de Martínez Montañés y toda una colección de cuadros, que va desde los primitivos españoles a obras de Vicente López.

Si se tiene en cuenta también que a la Exposición concurren diversos artistas montillanos con obras de gran inquietud artística en algunos casos, y que el Ayuntamiento tiene establecida una serie de premios para los concurrentes con obras de mayor mérito, se comprenderá fácilmente el movimiento que suscita esta Exposición Regional de Industria y Artesanía dentro y fuera de Montilla.

El montaje de la Exposición ha estado lleno de dificultades, pero después de planeado todo, al cabo de semanas de trabajo, la Exposición, lo material de la Exposición queda acabado en poco más de cuarenta y ocho horas.

Julión Ramírez sabe mucho de esto.

—Mira, aquí todo el mundo ha trabajado de lo lindo, la mayoría sin cobrar nada, simplemente porque tenían interés en que resultara como ha resultado.

FIESTAS CON FONDO DE TRABAJO, UN MAYOR NIVEL INDUSTRIAL Y ARTISTICO EN EL PUEBLO

Por los salones de la Exposición, la gente curioseosa y se extasia. Es tanto el interés del pueblo, que el Alcalde decide cobrar la entrada a dos pesetas los hombres y una peseta niños y mujeres, para que de esta manera todos puedan verlo. Y al pueblo le gusta todo: la colección de armas que ha cedido el capitán de la Guardia Civil, los trabajos de taxidermia de un artista montillano, que se llevan la mayoría del público infantil, sobre todo, por aquello del «congreso de ratones», lleno de gracia y habilidad. Los magníficos trabajos de las Escuelas Profesionales Salesianas de Sevilla, los del Taller de María Auxiliadora y tantos otros.

En el stand que presenta la Casa Americana, «Átomos para la paz», el representante de la Casa, Antonio, andaluz casado con americana, que ha sido mi compañero de mesa en alguna comida oficial en días anteriores, enjuicia un poco todo esto.

—Llevo viniendo a Montilla va-

rios años seguidos; me parece que éste es el cuarto año, y créeme que esto va cada vez mejor. Después de luego, como este año, ninguno. Esta gente entiende sus fiestas de una manera extraordinaria, y les colocan un tondo de trabajo y de aprovechamiento para la industria y la artesanía de Montilla como no es fácil ver en otros sitios.

Sí. Es como si Montilla cada año, al llegar sus fiestas, hiciera recuento de lo hecho durante el año. Como si Montilla dijese a sus vecinos: «Divertíos ahora, alegraros bien contemplando lo hecho... y quizá lo por hacer. Porque Montilla está llena de inquietud, de afán de mejora en todos los sentidos. Y Montilla, pueblo afortunado de viñas, de olivos y de cereales, Montilla industrial e industriosa, con sus fanegas de tierra bien repartidas, ya que casi todos los montillanos son propietarios, aunque sea en pequeño, con su trabajo y su inquietud, es un punto de la geografía de España donde hay que poner la atención.

CARRERAS DE TODAS CLASES, HAY PARA ESCOGER

Con esto de la inquietud, el Ayuntamiento de Montilla igual atiende los gustos de los aficionados a la pintura que los de los melómanos. Y no se iban a quedar fuera de concurso los deportistas. Lo de las carreras, sobre todo, tiene muchísimos «hinchas». Y aquí se hacen carreras de todas clases: pedestres, de sacós, de bicicletas.

Un día, al despertar al son del acostumbrado pasodoble, se siente o se presiente que la «bulla» en la calle es algo mayor de la ordinaria. Ni tiempo de pensarlo me da. Algo dicen por el micrófono de Jiménez Quilez y comparsa, así que, ¡a la calle se ha dicho! Y menos mal que el circuito marca-

do para desarrollo de la carrera pasa justo delante de la puerta del hotel Comercio, que es el mío, que si no llegaba tarde. Como estoy en la mismísima Corredera, al lado de los Casinos, sólo tengo que sentarme tranquilamente a desayunar en el bar del hotel para presenciar la carrera. Pero hubiera creído presenciaria aún de no estar allí. ¡Hay que ver cómo se le da al locutor eso de meterle a uno el corazón en un puño! (Y ustedes perdonen tanto locutor, pero es que he tenido un altavoz colgado casi a la cabecera de la cama, y pueden creerme que todavía no puedo soñar otra cosa.) Bueno, pues el locutor le da a uno todo masticado.

—A ver, usted, señora, no cruce, no cruce, no cruuuu... ceeeeee... Todos en la calzada, to... ¡Ya vienen, ya llegan los ases del manillar! ¡Jiménez Quilez y Gómez del Moral, con una vuelta de ventaja sobre el pelotón!

El representante de la Casa Americana desayuna cerca de mí bastante tranquilamente. En cambio, María-Joaquina, la hija de la dueña del hotel Comercio, junto con su madre y otra colección de «niñas», no pueden más de emoción. El de la «barra» corre a la puerta en cuanto oye decir que vienen. ¿Jiménez Quilez o Gómez del Moral?

Luego gana este último y, deshecha la incógnita, todos respiran. A esperar las carreras de sacós —con activísima participación de la Peña Ole y Olé— y las pedestres. Y a los que no les gustan las carreras, que se vayan al tiro de pichón. Aquí hay para escoger.

NOCHES EN LA FERIA: COHETES Y CHURROS SALDO DE ALCALDES BAILANDO

Sólo en la noche se unifican los gustos: los pequeños, al teatro de marionetas. Los mayores —y a veces también los ciudadanos anteriores—, a la feria.

Pasado el Arco, paseo de la Rosa adelante, la ciudad se aquieta en la noche. Ahora duermen los patios, hundidos en las laderas, retrepados en lo alto. En el Llano de Palacio ya se sabe: música, luces de colores y bastante humo. La gente hace, como es de rigor, «¡ah!», comiendo churros, mientras contempla los cohetes que estallan y las bengalas, que lueven silenciosas. Desde la caseta de la Peña Ole y Olé, alguien observa en voz alta que «pasa la noche andaluza». No se sabe si es guasa. Ellos andan cantándose y bailándose a sí mismos y haciéndole quitar la corbata a todo el que se arriesga por aquellos andurriales.

—Rogamos al señor Alcalde... ¡que se quite la corbata!

Y de ahí, para abajo. En la caseta del Casino de Artesanos la gente bebe y baila. Las caras se repiten. Las señoras casadas no se menean del sitio una vez que lo cogen, pero a los señores les gusta ir «a echar un vistazo» a las otras casetas. Con todo, los «coches locos» y el «látigo» son para la juventud... Juventud es Rafael Cabello, lanzado como un bólido con su cochecito loco contra todo el que aparezca en la pista que sea conocido.

—¡Vieira!...

Pepe Luis García Vieira intenta esquivarle cuando puede. Pero puede muy pocas veces.

«Pasa la noche andaluza», vuelven a recordar los de Ole y Olé. Y de repente la frase ya no resulta una broma. Porque es triste saber corta la noche y saberla transcurriendo. Prudencio, las de Llamas, Antonio López Guerrero y los Morilla siguen animando la caseta de la Peña, su propia caseta. En la del Casino Montillano, la orquesta coge una «perra» que le dura bastante tiempo:

«Manolo mío, Manolo de mis amores, tú eres mi vida...»

y algunas cosas más. Los Manolos no saben dónde meterse. Manolo Ortega, el médico, prefiere hacerse el distraído. Pero no hay modo. La orquesta repite y repite:

«Manolo mío, Manolo de mis amores...»

Hasta que se le pasa y le dedica un vals al señor Alcalde y a su señora, que son de los recalitrantes del baile, y suelen abandonar la pista al mismo tiempo que se retira la orquesta. Los «niños» beben y bailan: el abogado José Luis Villalba, los Sarabia, los Luque... Lo bueno de Montilla es que las familias son numerosísimas y los apellidos se repiten hasta el infinito. Así que no hay problema de memoria. De los Sarabia está, por ejemplo, Antonio, Alcalde de Monturque, que ha permanecido aquí estas fiestas y ha hecho todo lo que ha estado de su parte por animarlas. Bailar, sobre todo.

«PASA LA NOCHE ANDALUZA»

Pero la noche andaluza —las noches andaluzas— está pasando, y acaba por pasar. Y después del reparto de premios y del concierto del último día sólo queda un ridículo espacio de tiempo entre el baile y el amanecer. El temible toro de fuego es ya sólo una cabeza inmóvil arrinconada en cualquier parte. De los castillos de fuego queda el esqueleto. Este amanecer de feria no será para Montilla como los otros, ni iremos a escuchar al «cantor» Rafael, en la quieta madrugada —después del trillado chocolate con churros— cómo canta en la soledad de unos cuantos amigos sus coplas de amanecer. Hoy iremos...

—A la plaza del Mercado —dicen Pepe Cobos y señora—. Tomaremos té con aguardiente, que es lo que toman por aquí los madrugadores.

Y a la plaza del Mercado, cinco, eran cinco, a tomar el nuevo mejunje. Ya hay gente disponiendo el trabajo.

—Con Dios, don José.

—Con Dios.

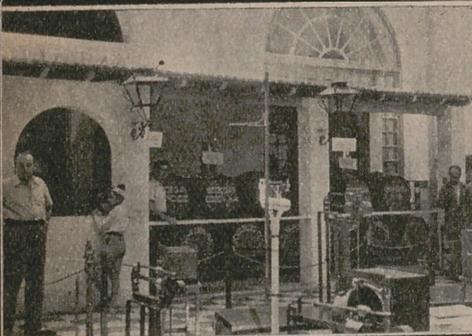
—Con Dios, Pepe Luis.

Con Dios, todos. El cielo, un momento de un azul increíble, es ya normalmente monótono. Y brota la copla porque sí, porque es necesaria, con casi necesidad de angustia.

«Caña con corcho,
corcho con caña,
tú eres la reina
de mis entrañas...»

María Jesús ECHEVARRIA
(Enviado especial)

Caseta de las Bodegas Reunidas, donde se daba a todo visitante una copa de vino



Edificio de la Tercia, donde sitúa Cervantes «El coloquio de los perros»



EUROPA, AÑO "0" DE LA LIBERACION

**DEL EJE BONN-
WASHINGTON, HA
NACIDO UNA NUEVA
POLITICA EUROPEA**

**Un Estado alemán
microcefálico, en un
cuerpo económico y
social elefantiásico**

**ALEMANIA, A DIEZ
ANOS DEL DILUVIO**

BONN. (De nuestro enviado especial, M. Blanco Tobío.)

CUANDO hace ahora exactamente dos años estuve en Bonn, Alemania era todavía una nación vencida y ocupada, y el señor Theodor Blank, hoy ministro de Defensa de la República Federal, un nombre oscuro y un tanto misterioso, instalado en un edificio también oscuro, para la vida oficial, en el que se encontraba la Amt Blank, la Oficina Blank.

Al volver a Alemania en este mes de julio de 1955, este país ha recuperado enteramente su independencia y su soberanía; las tropas de ocupación se han convertido en tropas «invitadas» a vivaquear en suelo alemán para la defensa de Europa, y Theodor Blank se ha transformado en una de las figuras políticas más discutidas y más aireadas en la Prensa diaria.

Lógicamente, una de las primeras preguntas que se le ocurren a uno al llegar a Alemania, es la siguiente: ¿En qué se nota el hecho de que la Alemania occidental se haya convertido en una nación libre y soberana? Dar una respuesta a esta pregunta es el motivo principal que me ha traído a estas tierras.

Pues, señores, si bien es cierto que este acontecimiento histórico ha tenido horribísimas repercusiones de tipo político y, claro está, administrativo, en la calle, en la fachada exterior de Alemania, yo no he advertido ningún cambio; todo sigue exactamente igual que antes. He visto a los mismos soldados franceses deambular, abu-



Ex prisioneros de guerra alemanes depositan una corona ante las ruinas de una iglesia de Hannover y ante la cruz erigida como homenaje a los caídos

rridos, por las calles de Coblenza; he visto a los G. I. hacer otro tanto en Francfort y Múnich, y lo mismo pasa con los ingleses en Hamburgo. Alemania, en una palabra, produce la impresión de que sigue ocupada, y esta impresión no es puramente superficial. Antes, las tropas de ocupación estaban aquí para proteger a Alemania contra los alemanes; ahora, siguen aquí para proteger a Alemania y a Europa contra los rusos y para tranquilizar a los franceses.

En París escuché dos versiones contradictorias sobre la reacción del pueblo alemán ante el acontecimiento a que vengo refiriéndome: Según una versión (de un soldado francés), los alemanes, en cuanto tuvieron conciencia de su soberanía, cambiaron radicalmente de actitud, traduciéndose de la noche a la mañana su sumisión en insolencia. Según otra versión (esta vez, de un oficial del Ejército francés), los alemanes no han alterado en lo más mínimo su conducta.

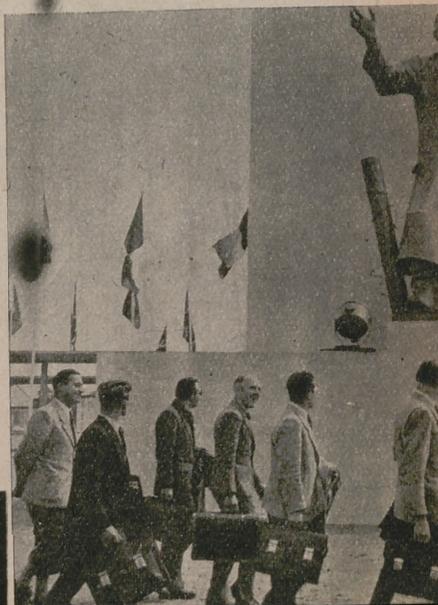
Por mi parte, creo, por lo que he observado, que ambas versiones se aproximan a la verdad. En los que pudiéramos llamar medios populares, el desprecio hacia el francés persiste vigorosamente, y ahora se manifiesta con más evidencia. En los medios intelectuales, este desprecio, casi

Un grupo de ex prisioneros alemanes ante la estatua de Fritz Thellmann, en Hannover, que representa un prisionero de guerra

innato en el alemán, se quiere superar a toda costa, en beneficio de Europa y de la idea de una Europa unida.

A todo lo largo de mi largo viaje he advertido, en efecto, que se está creando ahora, lentamente, una «conciencia europea»: la conciencia de pertenecer a una entidad supranacional; pero de esto hemos de hablar en otra crónica, más adelante.

Quedamos, pues, en que la re-



cuperación por la Alemania occidental de su independencia como nación, no ha modificado el clima psicológico del pueblo alemán ni su fachada exterior. Ocurre, en realidad, que ese pueblo alemán no ha tomado conciencia de este hecho, y la explicación del por qué es muy sencilla: No «siente» a la Alemania occidental como su «patria alemana», entera y total. Sabe que «su» Alemania no termina en el Elba, ni tampoco en el Oder-Neisse, y sólo se sentirá alemán soberano e independiente cuando esas otras dos Alemanijs irredentas se rediman y se integran en una sola Alemania. El territorio alemán puede ser dividido en tantas partes como se quiera y devuelta la libertad a una o varias de esas partes. Pero el alma es indivisible, y esa alma «piensa» a Alemania, todavía hoy, situada entre el Mosa y el Niemen, el Adigio y el Belt.

«WIEDERVEREINIGUNG DEUTSCHLANDS»

Otra pregunta: ¿Qué intensidad tiene en Alemania el deseo de reunificación del país?

La respuesta hay que matizarla mucho. Existe, indudablemente, el deseo de reunificar a Alemania. La expresión «Wiedervereinigung Deutschlands» está en boca de todo el mundo, y especialmente, claro está, de los políticos y de la Prensa. Pero esta expresión no tiene el mismo sentido para todo el mundo, ni mucho menos. Para los políticos, la reunificación es una luz roja que avisa de la inmediatez de una zona peligrosa, por la que hay que transitar con muchas precauciones. Para un político profesional, es tópico obligado referirse a la «reunificación» en términos exaltados, y considerarla como el deseo más profundo que hay en su corazón. Un olvido en esto puede serle fatal.

Para la inmensa mayoría de la gente que vive en el territorio federal, la reunificación significa, ante todo, el inmenso alivio de ver marchar a sus casas a los diecisiete millones de refugiados que pesan sobre el cuerpo social y económico de la Alemania del

Oeste como una piedra incrustada en los riñones. A nadie se le oculta que estos pobres refugiados son recibidos en el Oeste con el mismo optimismo con que un agricultor recibe el granizo. La reunificación y la devolución de sus tierras a estas gentes pondría parcialmente fin a este gravísimo problema de los refugiados.

La cosa no es muy romántica, ya lo sé; pero es así. Es absurdo creer que un problema de irredentismo ha de estar impregnado de romanticismo y de generosos sentimientos patrióticos. Detrás del elegante y heroico gesto de Gabriel D'Annunzio, cuando la primera posguerra mundial, estaban empujando vigorosamente graves cuestiones económicas y políticas, menos románticas y menos heroicas, pero infinitamente más humanas.

De Alemania podemos decir otro tanto en esto de la reunificación. Y tratándose de esta nación, la cosa tiene todavía muchos más matices.

EN BUSCA DE UNA CONCIENCIA NACIONAL

Uno de ellos es muy importante y conviene que lo tengamos en cuenta desde el principio.

Seguramente, al lector le costará trabajo creer que hasta muy recientemente los bávaros se negaban a que ondease la bandera federal alemana al lado de la bandera de Baviera. Sin embargo, así fue, y esto habla bien elocuentemente de lo que pudiéramos llamar «cantonalismo» alemán, o dicho con otra palabra más familiar para nosotros: separatismo. Este separatismo se encuentra en diferente grado de «virulencia» en casi todos los «länder» que integran la República Federal.

Es preciso recordar que el hoy canciller Adenauer fué un separatista renano después de terminarse la primera guerra mundial, y que Baviera, por ejemplo, fué un reino secular, sometido sólo nominalmente a la autoridad imperial. Recordemos, finalmente, que Alemania sólo alcanzó la unidad como nación en 1870, o sea, hace menos de un siglo.

La unidad de una nación puede conseguirse, ciertamente, en muy pocos años. El que un pueblo adquiere una conciencia nacional es cosa que exige mucho más tiempo. Y dicho esto, bien se puede afirmar que una conciencia nacional alemana no puede entenderse en el mismo sentido en que se entiende la conciencia nacional española o francesa. En Alemania, esa conciencia no existe, o existe muy tenuemente; en todo caso, va ligada a un recuerdo particularmente aborrecible para millones de alemanes; al de la supremacía militar de Prusia y a su fuerte tendencia centralizadora.

Los esfuerzos que se hicieron a lo largo de la Historia para crear una conciencia nacional alemana, sobre todo por parte de ciertos intelectuales, han sido baldíos en gran parte. Fué un gran

alemán quien dijo: «Ya que nosotros no somos capaces de hacerlo, llamemos a un burro para que nos unifique.» A estos intelectuales, el buen pueblo alemán les llamaba «afrancesados». Porque en el centro mismo del alma alemana está el espíritu tribal, la conciencia de clan y eso, incluso, se ha proyectado en la estructura de la economía alemana.

Si tenemos en cuenta todos estos factores, y principalmente el de una casi total ausencia de eso que llamamos conciencia nacional, que entre los españoles y franceses es tan fuerte y tan lleno de recursos, comprenderemos que en Alemania el sentimiento de la reunificación sea mucho más «pobre» en resortes emocionales y políticos de lo que nos sentimos inclinados a creer. Esta es también la razón por la que este problema jamás ha tenido dramatismo, jamás hizo llorar a los alemanes, como hicieron los franceses cuando perdieron Alsacia y Lorena, o como hicieron los italianos cuando tuvieron que abandonar Pola.

Todo en este mundo tiene sus ventajas. Esta falta de dramatismo que decíamos, permite a los alemanes plantear en frío el problema de la reunificación, sin que, fuera de la Prensa, cree estados de ánimo tensos y tal vez peligrosos. Ponemos los ojos en la más pasión y más indignación en el asunto de Gibraltar, que desde el punto de vista material, es bien poca cosa, que las que ponen los alemanes en la reivindicación de muchos miles de kilómetros cuadrados de territorio alemán expoliados.

Sin duda, a ustedes les habrá extrañado alguna vez la violencia de los chipriotas en su lucha por la Enosis con Grecia, y la apatía alemana en el asunto a que vengo refiriéndome. Claro está que la situación es diferente, y que hoy todas las cuestiones alemanas tienen una dimensión internacional de suma trascendencia. Pero aun así, los hechos son los hechos.

Por eso cuando los franceses, eternamente suspicaces en cuanto se trata de Alemania, expresan el temor de que este país pueda lanzarse un día a una «sagrada guerra de liberación» para recuperar los territorios situados al otro lado del Oder-Neisse, yo pienso que, a pesar de todo, su conocimiento de los alemanes es bastante superficial. Alemania sólo podría lanzarse a una empresa semejante bajo la dirección de un Führer que previamente unificase de nuevo sentimentalmente al pueblo alemán. Y esto, hoy, y en Europa, me parece tan remoto como la luna. Creo sinceramente que hay más alemanes dispuestos a batirse por Europa que por los territorios perdidos en el Este.

Finalmente, y como colofón a todo lo dicho, añadamos que el pueblo alemán tiene poca conciencia de que el asunto de la reunificación del país depende mucho más de los rusos y de los ahora aliados de Alemania que de los alemanes mismos. Y esto también pesa, naturalmente, en los sentimientos alemanes en esta cuestión.



Una guardería infantil establecida por las autoridades del Berlín occidental

UN ESTADO LIBERAL DECIMONONICO

Otra pregunta que, sin duda, están ustedes deseando hacerme: ¿Y cómo va la democracia alemana?

Vayamos por partes. En primer lugar, la democracia alemana, que es la más joven de Europa, es también la que tiene menos contenido político de Europa. Parece como si los alemanes, en el momento de redactar su Constitución, hubiesen pensado: «Arreglémonos de tal manera que la política se interfiera lo menos posible en la vida económica del país, permitiendo la libre expansión de su dinamismo.» Y así ha sido.

La política trabaja en Alemania en función exclusiva de la economía, y en todos estos últimos años, de la reconstrucción material del país. Podemos decir que Alemania ha tenido y tiene una política internacional, siempre bajo la dirección de Adenauer, y que sólo en un sentido muy restringido tiene una política interior. En todo caso, no constituye una preocupación para nadie. En Alemania, la indiferencia hacia la política es todavía mayor que en Francia. No es un tema de conversación, en una palabra.

Yo encuentro esto bastante lógico. Un país que tenía que partir casi del cero absoluto en 1945 no podía perder tiempo y energías en la lenta construcción de una estructura política. Necesitaba una Constitución que garantizase a los ojos de los vencedores la imposibilidad de que surgiese un nuevo Adolfo Hitler, y esto se logra con bien poca cosa.

Así, el afán del Gobierno de Adenauer ha sido siempre el de administrar a los alemanes lo mejor posible, pero sin darle a los problemas, sobre todo a los económicos, como queda dicho, un contenido político. El pueblo alemán quería fundamentalmente levantar sus fábricas, reconstruir sus casas, crear riqueza, aumentar incesantemente la producción, elevar su nivel de vida, y todo esto es lo que ha tenido. Tal vez sea hoy Alemania un símbolo vivo del liberalismo doctrinal decimonónico: gobernar lo menos posible; dejar hacer, dejar pasar. El Estado alemán es hoy microcefálico en relación con la elefantiasis económica del país y con su propia organización social.

Este concepto de la política tiene una curiosa proyección en el asunto religioso. Los protestantes constituyen el 59,7 por 100 de la población total de Alemania; los católicos, el 35 por 100. El resto se lo reparten otras religiones y los que no tienen ninguna religión. La Alemania occidental propiamente dicha tenía mayoría católica antes de la guerra; ahora, católicos y protestantes están casi equilibrados, ya que la inmensa mayoría de los refugiados procedentes del Este son protestantes.

Este equilibrio exige una política también de equilibrio, y los cargos políticos se distribuyen con esta preocupación. Así, si el canciller es católico, el presidente del Bundestag debe ser pro-



Ferrovianos alemanes utilizando aparatos de desinfección contra la fiebre tifóidea

testante; si un ministro es católico, el subsecretario debe ser protestante, y todo lo demás por este orden. Bastante complicado.

Para nosotros los españoles, que desde hace muchos siglos no tenemos el problema de la unidad religiosa, no estamos en situación de comprender muy bien lo que significa la división de un país en católicos y protestantes; división que en muchos aspectos es más grave para el pueblo alemán que su partición territorial, puesto que la falta de unidad moral es prácticamente insoluble. Por de pronto, el catolicismo alemán se ha encontrado ante el gravísimo trance de tener que

elegir entre el proselitismo militante, que es la esencia del dinamismo espiritual católico, y la «convivencia pacífica» con el protestantismo. Porque la política alemana lo exige así, ha tenido que optar por, esto último, condenándose a la tibieza y a una especie de inmovilismo. E. C. D. U., o sea, el partido demócratacristiano de Adenauer, que se encuentra en el Poder, como ustedes saben, no es un partido católico, ya que en él militan católicos y protestantes en partes proporcionales, y es esta falta de unidad moral, precisamente, la que le obliga a ser un partido «administrativo», sin una concep-



Un grupo de refugiados alemanes de Silesia danzan en la concentración para pedir el retorno de esa región incorporada ahora a Polonia

ción profunda de la política, que le llevaría a moverse en zonas espirituales, de principios, donde el pensamiento católico y el pensamiento protestante entrarían inexorablemente en colisión.

CIVILIZACION MATERIAL

Este vivir «más acá» de la política, en la inmediatez de los problemas económicos, no nos permite ver a dónde se dirige Alemania políticamente. Yo diría que no se dirige a parte alguna. Personalmente, la impresión que me produjo Alemania ha sido la de una nación lanzada vertiginosamente a la creación de una fabulosa riqueza material, de una potente civilización mecánica y técnica, de un altísimo nivel de vida, sin el menor contenido espiritual colectivo. Entiendo, por ejemplo, como contenido espiritual un sentido de misión histórica y una elaboración de una nueva cultura. Nada de esto he visto en Alemania, lo cual no quiere decir que no exista. Estoy hablando personalmente.

Creo, en fin, que los alemanes lo único que se proponen, a diez años de la terminación de la guerra, es vivir lo mejor posible y disfrutar del confort material que crea su ingenio y su trabajo. La espiritualidad alemana está todavía sin reconstruir.

LA JUVENTUD ALEMANA

En cuanto a la juventud alemana, sobre todo la intelectual, ésta se encuentra en pleno sarampión democrático. Un español joven—es mi caso—difícilmente puede entenderla, y muchos compatriotas nuestros han quedado muy desconcertados después de una conversación con un universitario alemán. Nosotros estamos acostumbrados a atribuirles a los alemanes unas virtudes raciales determinadas, y nuestra natural espontaneidad ibérica nos inclina a veces a manifestar nuestra admiración ante esas virtudes. Por ejemplo: la combatividad y heroísmo del soldado alemán, la grandeza guerrera de Alemania, etc. Para nos-

otros, estos valores no desaparecen con la suerte de las armas. Por lo visto, para la actual juventud alemana, sí.

Lo más inadecuado que se le puede decir hoy a un joven universitario alemán—hablo en términos generales, claro está—es recordarle esas virtudes raciales a que vengo refiriéndome. Su respuesta puede ser ésta:

—Usted me está hablando de una Alemania que ya no existe, afortunadamente (sic). Estamos hartos de tanto héroe y de tanto heroísmo, y, por lo demás, el de soldado es un oficio que no nos gusta. Vestir el «feldgrau» es una degradación.

En cambio, ese joven que habla de manera tan inesperada está dispuesto, en cualquier momento, a suministrarle a usted un elocuente sermón sobre los beneficios de la democracia y sobre lo lamentablemente equivocados que están los que no son demócratas. Han pasado tantos años de humillación escuchando de los ocupantes lecciones contra su totalitarismo, que ahora les encanta repetir la lección, pero ya en plan de profesores.

Uno no sabe si tomarlo en serio o en broma.

Por otro lado, no resulta aconsejable manifestar una incondicional admiración por sus verdaderamente grandiosas construcciones materiales. Generalmente, lo que suele ser por nuestra parte un halago meramente cortés puede ser considerado inmediatamente como una confesión de inferioridad y como un reconocimiento expreso de la superioridad germana en todo lo demás, cosa que excede, con mucho, de la realidad. La predisposición alemana a creerse superior a los demás es algo que tampoco han destruido las bombas.

Quiero que comprenda el lector que estoy haciendo un enorme esfuerzo de objetividad para escribir todo esto, y si se me tachase de imparcial, sólo desearía que la Prensa alemana fuese la mitad de objetiva con nosotros de lo que es la nuestra con los alemanes.

Ello no impide, naturalmente, que todo lo español sea muy po-

pular en Alemania y que todo lo alemán sea muy popular en España. Lo cortés no debe quitar lo valiente. Pocos países están llamados a entenderse tan bien, en Europa, como España y Alemania, y esto es lo que importa, y sobre lo que me he de extender en otra ocasión.

AFINIDADES ELECTIVAS

Hoy, en 1955, a diez años justos de la derrota, Alemania, es decir, la Alemania occidental, no sólo es una nación libre e independiente, sino también una primera potencia mundial. El éxito alemán en política internacional y en economía no puede ser más completo. Éxito que ha conseguido con la combinación de dos «fuerzas»: la extraordinaria laboriosidad alemana, por un lado, y los 4.600 millones de dólares de la ayuda americana, por otro. Lo que se ha llamado «milagro alemán» es el resultado de la conjunción de esas dos fuerzas. Quiere decirse que la mitad del «milagro» es norteamericano.

Y teniendo esto en cuenta y los resultados que a la larga está dando el Plan Marshall en Europa, y de los que también nos ocuparemos más adelante, uno no puede por menos de admirar, con estupor, lo que España ha conseguido sola, sin ayuda de nadie, y frente a medio mundo hostil. Nosotros hemos hecho el «milagro» en un 100 por 100 español, y, como de costumbre, a veces creemos que no hemos hecho nada importante...

Viajando por Alemania y tratando a los alemanes uno comprende por otro lado que este país haya sido—y esté siendo—tan mimado por los Estados Unidos, que fueron inicialmente los que se condujeron de manera más dura e implacable con los alemanes. No olvidemos, por ejemplo, que el Plan Morgenthau era norteamericano. Y decimos que comprendemos perfectamente el que alemanes y norteamericanos hayan llegado a entenderse perfectamente, por la sencilla razón de que son iguales o casi iguales en su mentalidad y en sus aspiraciones y aficiones. La misma pasión por el trabajo, por la organización, por el método, por la mecánica por la civilización material. Sin contar con el elevado porcentaje de sangre germana que circula por las venas de las últimas generaciones norteamericanas.

Era mucho más lógico que los americanos se entendiesen mejor con los alemanes que con los franceses, por ejemplo, y así ha ocurrido con el tiempo. Tenían que identificarse y se identificaron, y de esta comprensión y amistad ha nacido una nueva política europea: un eje Bonn-Washington, que tiene mucho más sentido que el eje Washington-París de hace unos años. Porque para los franceses, dígame lo que se quiera, su «eje natural» es París-Moscú.

M. BLANCO TOBIO



La aviación alemana empieza a resurgir. Un instructor explica el funcionamiento del avión «Piper CU-6», utilizado para entrenamiento

CARA Y CRUZ DEL FESTIVAL INTERNACIONAL DE CINE EN SAN SEBASTIAN

ITALIA PARTICIPO CON UNA DE LAS MEJORES SERIES DE SU PRODUCCION CINEMATOGRAFICA

SAN Sebastián es, sin discusión posible, el marco ideal que en España puede encontrarse para colocar el Festival Cinematográfico. Porque las grandes ciudades son lugares en los que el mundo del cine, ese «mundillo» con tanto duende, se pierde y se busca sin encontrarse. Y el mundo del cine tiene necesidad de encontrarse a cada momento, cada nombre desea verse rodeado de amigos y ser estrechado por el público. Y para eso nada mejor que una ciudad como San Sebastián. No demasiado grande, pero propicia al exhibicionismo y al turismo tanto como al descanso.

La mayoría de los componentes de la constelación del Festival se pasa si no el día, si la mañana en la playa. Rica vida la de la arena y el agua. Pero escasa, por desgracia. Como se acuestan tarde, se levantan también tarde. Sin embargo, casi todos bajan a la playa. Este año no ha habido ningún baño imprevisto, como le sucedió el año pasado a Tito Junco y a Florián Rey. Pero a poco hay una baja por ahogado, Miguel de Echarri, el secretario general, sufrió un calambre bañándose en Ondarreta, que hizo necesarios los auxilios de Fernando Rey y de Rubén Rojo para sacarlo hasta donde no cubría.

En las fiestas de tarde es cuando se encuentran todos. Como el otro día en la fiesta en el Tiro de Pichón de Gudamendi. Como son fiestas al aire libre, el papel más importante se lo reserva el paisaje. Y así hubiese sido en Gudamendi de no haber andado por los alrededores Pedro Rodríguez y sus modelos, que hicieron las delicias de astros y estrellas, cada cual por diferentes motivos.

Los que, en cambio, no disfrutaron nada fueron los pobres pichones, que de una en una iban siendo destrozados por los participantes en la competición de tiro II Festival Internacional del Cine. Eran muchos los que únicamente se sentían satisfechos cuando el «cero» se inscribía en el casillero de algún tirador, y el pichón volaba en libertad. Ganó un simpático eibarrés: Boni Gui-



Paquita Rico rodeada de admiradores en petición de autógrafos

sasola. Pero los aplausos de la tarde se los llevó María Asquerino, que para eso fué la vencedora del concurso femenino. De un tiro, pájaro. Y a recoger la copa...

LA VIDA DE LAS ESTRELLAS...

Dentro de la vida del Festival no hay nada que interese más que la vida de las estrellas. Es lo que interesa, y a ello vamos en seguida. Además, no puede ser más sencilla de contar. Comienzan por levantarse tarde, porque para eso se han acostado también tarde. O si no es que es ésa su base de partida, pues el día de la llegada todos están cansados por el viaje en tren o en coche. Menos mal que en el mes de agosto entra en funcionamiento el muy próximo aeródromo de Fuenterrabía, y ya el año que viene tendremos aeródromo par-

titular para el Festival, cosa que no deja de ser importante para facilitar los desplazamientos de las figuras famosas.

Una vez levantados tarde, queda muy cerca la playa, y es muy incitante el sol y el mar como para no aprovechar estas vacaciones. Lo del sol importa menos, porque hay quienes no se han dejado de bañar ni un solo día, aunque estuviese nublado o amenazase lluvia. Claro que cuando hace sol es mucho mejor. El domingo, sin ir más lejos, hubo muchos que se quedaron en la playas sin comer. Y es lo que decía Rubén Rojo:

—Comer, como todos los días. Pero un día tan estupendo como el de hoy será difícil que vuelva a verlo en todo el verano.

A las cuatro de la tarde estaba lloviendo, pero no importaba. Esas son cosas de San Sebastián, y el refrescar el ambiente después del calor que hacía por la mañana fué realmente agradable. Así todos fueron muy contentos a la plaza de toros, donde, como no hay más remedio, se celebraba una novillada para cumplir con la servidumbre a lo típico. Mas sigamos con la vida de las estrellas, tan igual que no necesita de explicaciones especiales.

No puede decirse que haya muchas estrellas para contar cosas de ellas. A última hora todo se anima, porque eso mismo sucede en todas partes y en todos los Festivales. Pero ha habido unos cuantos días que apenas había nombres que llevarse a la crónica festivalense. La cosa comenzó fría, pero luego se ha ido animando. Y al final batirá pleno de estrellas con seguridad casi absoluta. Lo que más se echa en falta es el censo de artistas extranjeros. En realidad, la rubia Jacqueline Plessis, que sospechamos que es mucho más conocida en España que en su país, Francia, pasó unos días y fué figura, ante la insignificancia de Elizabeth Mannet, a quien nadie cono-



Carmen Sevilla y Francisco Rabal, una pareja popular en el Festival

ce, pese a que ella diga que acaba de terminar «Los héroes están fatigados», dirigida por Yves Ciampi, y al lado nada menos que de Yves Montand y María Félix. Otro nombre de fuera que acaba de llegar es Dominique Wilms. En Francia tiene cierta fama. Aquí es desconocida; pero por lo menos es llamativa con su larga cabellera rubia y su buen aire de «wanja».

Hay más que contar. Porque los demás extranjeros asomados por acá pueden muy bien ser considerados como acaudalados en España. Y algunos hasta cree el público que son españoles. Esto sucede con los portugueses Antonio Vilar o Virgilio Teixeira; o los hermanos Rojo, uno Rubén y otro Gustavo, uno mejicano y otro uruguayo. Y si el brasileño Alberto Ruschel es otro incluyente en la adscripción española, ya se completa un buen grupo de galanes asistentes que tuvieron una compañía española cuando llegó Fernando Rey, que acaba de terminar su trabajo en «Gil Blas de Sanillana», o se le sumo Alberto Closas, o finalmente, Paco Rabal, venido para asistir al estreno de «La pícara molinera».

Maria Asquerino, Silvia Morgan, Paquita Rico, Carmen Sevilla, Emma Penella, Laly del Amo, Julita Martínez, son nombres que ustedes conocen muy bien. Y por eso mismo no es necesario hablar demasiado de ellas, porque asisten casi por obligación, en representación del cine español. Si, en cambio, se les puede añadir el nombre de Isa Ferrido, una galleguita que dará que hablar, porque acaba de empezar en el cine y porque es muy guapa.

VIVIENDO DE RECUERDOS.—PASADO Y FUTURO DEL CINE

Los temas que trataron en sus reuniones fueron los siguientes: «Política de la Federación respecto a las dificultades que existen en el comercio internacional de películas», «Manifestaciones cinematográficas internacionales» y «Problemas del cortometraje». Reuniones de cuya definitiva conclusión y de los acuerdos adoptados, en el momento en que escribimos no hay aún referencia oficial. Mas de cualquier manera, no deja de ser digna de señalar esta Asamblea de la F. I. A. P. F. cuando es ésta la primera vez que una de sus reuniones se celebra en España. Dieciséis países han estado representados en San Sebastián, incluida, además, la Unesco, y sus acuerdos serán, sin duda, de la máxima trascendencia.

Nada mejor que el Ciclo Retrospectivo del Cine Español para avivar recuerdos. Había que oír decir al señor Romero-Marchent:

—¡Mira Carmen Viance. Era la figura cumbre del cine español. A ella le hice yo mi primera intervenció periodística...

Las figuras más populares del Festival, aunque sea a última hora, son, sin duda, Paco Rabal y Carmen Sevilla. La presentación de «La pícara molinera» fué algo apoteósico. Pero la salida de ambos del cine estuvo a punto de provocar una «masacre» colectiva

de gente de cine. Todo porque los guardias se distrajerón de su obligación de servicio, asombrados por la belleza de Carmen Sevilla. Cosas... El mejor descubrimiento del Festival es de Alfonso Sánchez. Lo mismo que en Venecia, como es natural, y que en Cannes, como no es tan natural, el mejor café de San Sebastián lo da un italiano. Vittorio es un local a apuntar en las agendas de todos los viajeros, por culpa del cine...

Y sin irnos por las ramas, volvemos al Ciclo Retrospectivo del Cine Español, que ha organizado la Filmoteca Nacional.

Desde luego, los deseos de la presentación de su director, Carlos Fernández-Cuenca, se han cumplido con creces. Su aspiración era que este ciclo contribuyese a aclarar un poco el conocimiento de la difícil trayectoria del cine español y a demostrar que, entre tantos y tantos errores, tanta incompetencia y tanta desorganización, hubo algunos esfuerzos dignos de consideración y aprecio dentro del cine nacional. Como esto lo ha logrado con creces, Carlos Fernández-Cuenca ha empezado así a cumplir una de las misiones fundamentales que corresponden a la Filmoteca Nacional.

Cada realizador significativo estuvo representado por la obra característica de su modo de entender el cine: el intento de universalización de los temas populares españoles de Benito Perojo palpita en «La verbena de la Paloma»; el fuerte sentido del drama rural, de pasiones y luchas, alcanza su cumbre en «La aldea maldita», de Florián Rey; José Buche luce en «Prim» la plenitud de su sentido anecdótico de la Historia del siglo XIX; «El bailarín y el trabajador», de Luis Marquina, es un modelo de comedia cinematográfica; en «El sexto sentido» brilla el concepto poético y humorístico de un cine sin concesiones que propugno Nemesio M. Sobrevilla; y, finalmente, «Asesinato y muerte de don José Canalejas» (1912), la más antigua de las obras que figuraron en esa selección, demuestra la habilidad de un gran operador español, Enrique Blanco, en el difícil género de las llamadas «actualidades reconstituídas», que tuvo como maestros a George Méliès y Ferdinand Zecca.

Buscando el hallazgo de significaciones y tendencias, este Ciclo Retrospectivo del Cine Español ha sido nota destacada del Festival. De ninguna manera monótono y siempre aleccionadora quedará de ello el mejor recuerdo al haber logrado encontrar puntos de coincidencia de distintos realizadores, a través de géneros muy diferentes, en la búsqueda de un estilo de expresión cinematográfica. Y con su buena asistencia de público, este ciclo representativo dió ocasión de dividir al público en dos grandes apartados: los aficionados al cine por el cine, deseosos de aprender, y los aficionados al cine como espectáculo, que se aburrían como ostras durante esta clase de proyecciones.

Y, desde luego, lo más delicioso eran los comentarios en voz alta, favorecidos porque casi todas las

películas proyectadas eran mudas...

CINE DE VERDAD... «LA PÍCARA MOLINERA» HACE RUIDO... ¿QUIEN ES «TIRMA»?

Si el «ciclo retrospectivo» para muchos espectadores era cinta de mentirijillas, valdrá la pena ya, a estas alturas, de meterse en el cine de verdad. En ese que plenamente se ha reunido en color, y que como única distinción tenía la de «oficial» o «fuera de concurso». Oficialmente no han concursado demasiadas películas, y las presentadas tampoco tenían demasiados valores.

España dió cara y cruz. La cruz, vaya por delante por lo mediocre, fué una coproducción hispanoinglesa, de esas en que los españoles no ponemos más que la «co». Nos referimos a «Contrabando»; argumento, guión, dirección y responsabilidad, del inglés Lawrence Huntington. Una película policíaca ambientada en una Barcelona donde los interiores de las casas son andaluces de época, y en la que los españoles hacen los papeles de malos, mientras los de buenos se reparten para los extranjeros. Olvidable película esta de «Contrabando», filmada en un vulgarísimo y «superazul» Eastmancolor.

La cara la dió «La pícara molinera» también coproducción (hispanofrancesa); pero donde los españoles, a la inversa, hemos puesto la producción y los franceses la «co». Realizada en España, por técnicos españoles y en laboratorios españoles, en cuanto al color (Gevacolor), que es lo que importa, puede afirmarse que es uno de los mejores colores que hemos visto en el Festival, además de que se trata de una película grata, simpática, divertida, donde se repiten las aventuras del molinero y la molinera, el corregidor y la corregidora. Las coplas del romance popular de Arcos de la Frontera han vuelto a hacerse cine bajo la dirección de León Klimovsky, en un hábil guión escrito por Jesús María de Arozamena, y con un reparto de figuras entre las que destacan Francisco Rabal, Carmen Sevilla y Mischa Auer.

Esta fué la representación oficial de España, a la que hay que sumar otra coproducción más, ésta con los italianos, «Tirma» («La princesa de Canarias»), en Ferrnialcolor, dirigida por Paolo Moffa, y en la que se cuentan algunos hechos históricos de la vida canaria. Puede quedar incluida como un film de aventuras, y son Silvana Pampanini, Gustavo Rojo y Marcello Mastroianni sus principales intérpretes.

HA LLEGADO ITALIA. HISTORIA DE AMOR Y SUBMARINOS

Italia ha sido, sin duda, la que ha presentado el mejor lote de películas. En realidad, es la que mejor lo ha organizado todo, con profusión de grandes *panneaux* colocados en los alrededores del teatro, con amplia información, conferencias de Prensa y cock-

tail especial. Todo este rodeo publicitario sirve de mucho. Y si entre su selección puede quedar incluida también «Tirma», pues para eso es una coproducción. por su parte han presentado un buen conjunto de films de los más varios estilos...

Su película representativa con carácter oficial fué «Giorni d'amore» («Días de amor»). Realizada en bellissimo Ferraniacolor, es su director Giuseppe De Santis, el mismo de quien se conoce en España solamente «Arroz amargo». Es un muchacho de aspecto jovencísimo (aunque nació en 1917), que ha asistido a la presentación de su película. Y que ha mantenido una interesante conferencia de Prensa. Para él su mejor título es «Roma ore 11», donde relataba aquel hecho auténtico de la muerte de varias jovencitas al hundirse una escalera cuando en gran grupo hacían cola esperando una plaza de mecanógrafa. Quizá después de este Festival para todos quede el gran recuerdo de «Giorni d'amore», con su historia sencilla, del mejor estilo neorrealista, de la pareja de enamorados que no puede contraer matrimonio por falta de medios de fortuna. Marina Vlady y Marcello Mastroianni son los intérpretes ideales de este bello relato, ambientado en el pueblecito de Fondi, el mismo lugar donde nació el mismo director. «Muchos de los intérpretes me han tenido en brazos de pequeño», nos dijo el mismo De Santis. Y a fe que en su película ha puesto lo mejor de su cariño a la tierra que le vio nacer. Así ha salido de lograda su película.

Fuera de concurso acompañaron en nombre de Italia a «Giorni d'amore» dos títulos bien distintos. «La gran esperanza», de Duilio Coletti, relata la vida de un submarino durante la última guerra, con los mejores acentos de esperanza, basada en la solidaridad de los humanos y expresada en imágenes de la mejor emoción. Y «Cavalleria rusticana», de Carmine Gallone, y también en Ferraniacolor, es el libro de Giovanni Verga que va de texto con la música de ópera de Mascagni. Aquí la música sirve de fondo a la pura acción dramática. Y es Anthony Quinn, el protagonista, quien provoca la mejor emoción de una historia no bien realizada y a la que se debió de sacar mejor partido.

El lote francés fué en su conjunto francamente mediocre. Ya se ha hablado algo más arriba de la doble aventura en el desierto. El film oficial fué «Fortune Carrée», que es al mismo tiempo el primer cinemascopio de Francia. Aventuras en el desierto, en Eastmancolor, según la narración de Joseph Kessel, y reiteración de motivos que no pueden hacer agradable film tan sin interés. Ni siquiera la presencia de Pedro Armendáriz le presta mayores alicientes.

Otra cosa sucede con «Ali Babá y los cuarenta ladrones». Importa poco que el autor del guión sea el padre del neorrealismo, Cesare Zavattini. Ni que la dirección sea obra de director tan importante como Jacques Becker.

Lo que interesa es la presencia de Fernandel, quien logra otra de sus interpretaciones con toda clase de concesiones al público, que provocan la más amplia de las sonrisas.

El último de los films franceses, presentado, como «Ali Babá», fuera de concurso, fué «Mademoiselle de Paris», que es el segundo film francés realizado en «cinemapanoramico», que viene a ser lo mismo que el cinemascopio ése. Es la historia de una casa de modas, con algo de folletín, bellas vistas de tarjeta



Alberto Closas y señora durante uno de los actos del Festival

postal de la Costa Azul y Jacqueline François dedicándonos lo mejor de sus canciones.

LAS COMEDIAS DE ESTADOS UNIDOS E INGLATERRA. — LA NOVEDAD DEL EASTMANCOLOR

Entre las otras cinematografías está Estados Unidos, que oficialmente nos trajo una divertida comedia titulada «La guerra privada del mayor Benson», sin categoría de festival, pero con gracia suficiente de cara a la futura explotación comercial.

Fuera de concurso, y en representación de Norteamérica, figuró en la gala inaugural la ya citada «Veinte mil leguas de viaje submarino», donde el clásico relato de Julio Verne es hecho cine por Walt Disney, con un gran cuarteto protagonista: Kirk Douglas, James Mason, Paul Lukas y Peter Lorre.

Por su parte, Inglaterra presentó otra comedia graciosa filmada por Ralph Thomas, titulada «Doctor in the house», y donde se narran de forma divertida las aventuras de unos cuantos estudiantes de Medicina en el último escalón de su carrera, antes de dedicarse a la práctica de la profesión.

Y ya no queda citar más que la participación de Alemania, fuerte optante al premio del color con «El cura de Kirschfeld», realizada por Hands Deppe, con Ulla Jacobson como protagonista, y que trae a primer plano el nombre de los alemanes, siempre

grandes técnicos en los procedimientos de color. Esta vez no es el clásico Agfacolor, sino un Eastmancolor que logra excepcionales matizaciones cromáticas.

WALT DISNEY EN EL FESTIVAL. — UNA MARAVILLA DE DIBUJOS

Con esto queda cerrado el censo de películas de largo metraje. Mas queda el capítulo de los cortometrajes, donde la más seria aportación, y casi la única, ha sido la del No-Do español. Excelente aportación la suya, con dos No-Do, los números 6 y 7, en los que especialmente el primero recoge paisajes de Tarragona y la Costa Brava de maravilla en cuanto al color por Gevacolor. Y no desmerecen a su lado los documentales «En la luz de Gran Canaria» y «Ronda y Pedro Romero». Todo ello bien conseguido y que acredita la categoría del No-Do.

Mas lo mejor del Festival y de muchos festivales fué la proyección del primer cortometraje de dibujos animados en cinemascopio. Walt Disney y su equipo de colaboradores en la línea de los dibujos animados de la U. P. A., que realiza Stephen Bosustow, logra con «Toot, Wistle, Plunk and Boom» la más genial de sus creaciones del lápiz. Doblemente premiada en Cannes el año 1954, era la primera vez que se proyectaba en España y causó una asombrosa sensación. No es más que la historia de la evolución de los instrumentos de viento («Toot» y «Wistle»), de cuerda («Plunk») y de percusión («Boom»). Lo que menos importa es esa evolución; lo que vale es la gracia del dibujo, que recuerda al mejor Steinberg, y el nuevo estilo que implanta con gracia y arte Walt Disney.

ULTIMAS JORNADAS. — PREMIOS Y SATISFACCIONES

Los últimos días del Festival, las últimas sesiones tienen ya una tensión y una emoción lógicas. ¿Qué cinta se llevará el premio? Se sabe que el premio no se lo ha de llevar la mejor película en color, sino el mejor color de una película, la que sea.

Cuando se proyecta «Tirma» en sesión especial, con asistencia de la esposa del Jefe del Estado, todos los ánimos están en vilo.

Jornadas de emoción y casi de despedida. Las conversaciones, las buenas, se centran en las cuestiones que a todos atañen. En el momento en que se sabe la decisión del Jurado de conceder el primer premio a la producción italiana «Giorni d'amore», se deshace la tensión y desaparece la incógnita, todos respiran con mayor o menor desilusión. Los españoles como se llevan una mención por la extraordinaria película «La pícara molinera», no quedan del todo mal satisfechos. Últimos apretones de manos, los técnicos opinan. Todos se desean: ¡Hasta la próxima!

En España o donde sea. El mundo internacional del cine se seguirá encontrando. Hasta muy pronto.

Francisco ECHEVERRÍA
(Fotos Marin.)

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

ARTE, GRACIA Y BELLEZA

**CARA Y CRUZ
DEL FESTIVAL
DE CINE EN
SAN SEBASTIAN**



La belleza de las artistas femeninas ha sido una de las notas más características de este Festival Cinematográfico.—Arriba: Dominique Wilms, la «exótica francesa», como la llamaban en San Sebastián, fué el centro de la admiración general.—Izquierda: Carmencita Sevilla, otra preciosa «muestra» de nuestra pantalla

**ITALIA PARTICIPO CON UNA DE LAS MEJORES
SERIES DE SU PRODUCCION CINEMATOGRAFICA**